

ENSAYO



CLELIA

(Car. Rn)

POR

KARL LEHARDY

*(Carlos M. Vian) quien retira
la tirada*

R.R.R.F.

2ª

BIBLIOTECA
DEL
D. F. S. ZEBALLUS

BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

LIBRAIRIE GÉNÉRALE

51 — CALLE PERÚ — 53

M DCCC LXXXVI

CLELIA

La vida no tiene, y á fé que no es poco,
Mas que uno, aunque loco, frenético amar ;
Así como el día tan claro y radioso,
No tiene, aunque hermoso, mas que un lumínar.

Así, no se tiene, mas que una querida,
Una alma, una vida, mas que un corazón ;
Una época sola de gozo y martirio,
Un solo delirio, mas que una pasión.

(CUENCA.)

CLELIA

PRIMERA PARTE

ALBERTO ROQUER

I

La sociedad elegante de Buenos Aires, reunida y alegre, estaba aquella noche en el Club del Progreso.

Pocas veces se había visto una tertulia de disfráz tan concurrida. Parecía que el contento se había desparramado á montones allí, tal era el murmullo, las palabras y

chistes, que se cruzaban en el vasto salon y el continuo va-y-ven de las parejas : formaban un confuso laberinto de trajes y modas, que con sus colores representaban todas las épocas y edades, que aunque no se mostraban, gracias á la careta, pedian prestado en esa noche al artificio, siquiera por un momento, lo que la naturaleza en mejores dias les otorgó y el tiempo les despojara.

En medio de aquel tumulto, ligera como una corza, alta y esbelta, con sus grandes ojos llenos de vida, que brillaban al través de los ojuelos de su antifáz, cruzó una máscara que iba en busca de un jóven, que contemplaba la inmensa balumba desde un ángulo del salon y oía á otras máscaras, que en ese momento, confundian á palabras á un amigo con quien antes conversára.

En seguida, acercándose al jóven, exclamó :

— Al fin te encuentro; y con calor vehementemente, agregó :

Te he buscado toda la noche !!

— Feliz de mí contestó el aludido, que

soy buscado por la gracia y juventud... nada mas podré agregar, pues si me permitiera preguntar, quien es la máscara, á la que ciñe ese dominó color celeste, la cintura mas elegante y flexible del salon, no me complacerías.

— Bueno... ~~ace~~ptado... ó no ~~ace~~ptado, lo que dices; lisonjas á un lado... Sabe si, que cándida niña, ~~ven~~go en tu busca á solicitar el apoyo de tu brazo... Qué dichosa me consideraría, si pudiera alegrarte un momento y apartar de tu fisonomía, esa sombra de tristeza con que te veo esta noche... No estés melancólico!... alégrate hombre! y al decirle así, le dió con gracia una leve sacudida.

¿Quieres diga la verdad? Muchas veces observándote, me he imaginado te fastidias — qué hombre... já!... já!... já!... parece hubieras comprado el derecho de aburrirte en todas partes.

— No... no creas es aburrimiento, lo que, á tu entender, me fastidia, es que tantas cosas como sucedenme y la salud por otra

parte, me han traído á ménos... me tienen así... como tú ves... ¿entiendes?

— Ya te vas á lamentar, pues mira, á mi no me gusta oírte esas quejas y sábetete sí, que ya tengo el distico que ha de servir para pintar tu personalidad moral... Si supones has de morir prematuramente, no podré cantarte como Menandro, pero en tú pedestal á manera de epitafio gravaría mi estrofa.

— ¡Ah! eres poetiza! interesante máscara... lo veo... el alma lo adivina... estoy por suponerme que eres tan seductora en lo físico como en lo moral.

— Tá-tá-tá: dejemos eso, repito, mira que no quiero lisonjas, pues si me he acercado á tí es para decirte... es para decirte... titubeó un momento y agregó; seré franca: que soy una naturaleza excepcional en éste mundo que nos rodea... mundo al que por otra parte no le profeso mucha estima, desde que sé, lo que valen sus atractivos... lo que cuestan sus triunfos... No vas á suponerte por eso *ché*, que soy romántica .. cuidado ¿eh?... prosigo.

Soy de edad juvenil sin duda; siento aún el perfume de los primeros tiempos, pero no soy de esas flores que se abren á la vida llenas de ilusiones y esperanzas... yo como tú, experimento tristezas, existe en mí un fondo de pesar — repito vas á llamarme romántica, ¡já! ¡já! ¡já! — y si es motivo que mi vida empieze como debiera terminar, ya he recogido experiencia... ¡asombrate!

— Vamos, á éste paso máscara, pienso vas á darme una leccion de filosofia, que agradeceré tanto mas, cuanto salen las palabras de tus lábios inocentes y niños... sigue... sigue encantadora criatura, te escucho con un placer inmenso.

— Mira; lo que soy ya lo dije... un temperamento excepcional... ¿sabes por qué?... Te voy á decir el secreto, despacio... muy despacio, para que nadie escuche; oyémé... ¡leo en el fondo de las almas!.. ¡conozco el secreto para ser feliz!... soy espiritista!

He engolfado mi escasa inteligencia en esos problemas árdusos y misteriosos, que

á veces asustan... ¿entiendes? pero que familiares á mi espíritu que vá en esa corriente, le causan placer.

— Entónces sabrás muchas cosas... habrá que mirarte con temor... no te escaparán las miserias que experimentamos.

— ¡Ya lo creo que las conozco!... Mira: cuando toda ésta gente, que aquí ves, se rinde al sueño, yo... en esas horas tranquilas de la noche... en los momentos del silencio y del reposo, me pongo en comunicacion con el espíritu amigo y me dice cosas muy bellas y muy ciertas... oh! si muy ciertas.

— ¿Y qué te dice el espíritu?... espílicate... ¿qué te dice?

— Que el mundo es un mentidero continuo... ya ves que en eso habla la verdad... que no tenemos sino dos caminos á elegir, el sentimental — el tuyo, *ché*, un tanto fuera de moda...caído, y el de la carcajada, querido mío... que en el primero, es mas lo sufrido que lo gozado, y que en el segundo, sinó se siente, en cambio no se sufre, y en

consecuencia, bien vasé lo uno por lo otro : entre el placer y el dolor está el dilema...

That is the question.

— ¿Has leído á Shakespeare?... sabes el inglés...

— Nó... es decir, en parte sí y en parte nó... He leído á Hamlet, la historia ó fábula de ese desventurado príncipe de Dinamarca.. lucha inmensa de pasiones, problemas duda y estremecimientos de cólera... He llorado por Ofelia, cuando en homenaje al amor mas puro, se abandonaba á las ondas coronada de adelfas...en eso no encontrarás nada de particular... En lo que se refiere al idioma inglés, no lo sé... lo hablé alguna vez, se olvida muy pronto lo que difícilmente y mal intentó aprenderse... Por lo demás en ello, sigo la corriente de mis semejantes, en el cambio diario de afecciones é ideas, usurpando lo que escucho á los otros ; en ésto no hay nada de malo, al fin los mas como yo — pobres farzantes — no saben gran cosa, viven masticando una que otra lectura y basta, que en Buenos Aires, para

muchos, el tiempo escaséa y vivimos de prisa.

— Voy viendo sabes mas de lo que imaginé y que dotada de un espíritu sutil y observador, no te escapa el lado vulnerable de nuestra especie... sus debilidades... parece conoces sus defectos.

— ¡ Y como no conocerlos!... si te he dicho lo que soy, mal puedo admirarte... á más, la luz, que en mi cerébro arde, no ves que es la del espíritu amigo... Soy como la luna que recibe la luz del sol, es decir prestada ; así yo tambien procedo por accion refleja, las ideas salen de mí, pero no son innatas, me vienen de otra parte... Dios sabrá en qué mundo-planeta, está el espíritu que las dicta.

— Pero... dime ; entre tus afiliados se te considerará como una maravilla !

— Ah ! nó ; soy especie aparte ; á esa condicion se formuló el pacto ; exigióseme como formal promesa, no me trataria con ninguno de ellos, ni divulgaría estos misterios, á ménos encontrase un carácter bastante

sincero, capaz de guardar el secreto... Héme al fin llegado á mi objeto simpático, Alberto: hace cuatro años te conozco por tus hechos, que sé mas de lo que supones, y en prueba de ello me acerco á tí confiada y recomiendo su guarda.

— Nunca de mí saldrá.

— Bien... ahora entro en materia; vas á ver si soy tu amiga, y si es cierto ó nó, como antes dije, que leo en el fondo de las almas... ¿has amado alguna vez?

— La pregunta... francamente.

— Si, ya sé, vas á decirme que la respuesta no es para darla á una máscara y mucho menos nigromántica y desconocida... Como el tiempo urge y ésta noche me siento animada por el espíritu amigo, pues experimento la tarántula de la palabra... me lo voy á hablar todo por tí... ya verás si sé, ó dejo de saber... Principio:

Hasta 1870, año en que comienza la historia que voy á narrarte, tú no habías querido nunca... es decir sentiste simpatías, mas ó menos pasajeras, por aquellas que

el acaso había puesto en tu camino, acogíendote á ellas para buscar una satisfaccion y alimentar el espíritu.

Paso por alto, pormenores que no vienen al caso, pero, puedo y debo asegurarte, para que admires lo mucho que alcanza mi penetracion, que nunca hasta allí, habías experimentado esa gran sacudida que produce en las almas la pasion

Pasó el tiempo, me interesabas y me empené en seguirte... Cuál fué mi asombro, cuando observé, que tu indiferencia, tu desden, habian desaparecido... ¡Te transfiguraste!

No le escapa á la inteligencia menos avisada, que á caras como la tuya, les es imposible disimular el goce ó la pena; por eso te notaba taciturno, para concluir viéndote como al presente, andando de aquí para allá, ido... sí ido, esa es la palabra... ¿Qué te sucedía?... ¿Te habías enamorado deveras?... Pues ya lo creo!

Era tanto aquel amor que te perdiste pobrecito, y así empezó para ti una vida

que no es para contarla, tan tejida de incidentes está la tupida malla que la envuelve.

Vivias constantemente absorbido en el recuerdo y tú que hasta allí, habias llevado una vida.. así.. así, te precipitaste al mundo con tal ahinco, con frenesí tan raro, que eras un personaje infaltable en todas partes.

Siempre atisbando á tu hermosa, tejiste un idilio de esa pasion... podia decirse de ella que era tú otro yo, tanto vivias, en tú Cármen... pero como en éste mundo no todo ha de ser absolutamente bueno, aquel gajo de laurel que ella ciñó á tu frente, se secó bien pronto... no podia ser de otra manera, era sólo un aletazo de felicidad.

Cármen, cual la heroina de ciertos cuentos te se fué á tierras lejanas; lo que en romance nuestro quiere decir, que sus papás se la llevaron á Europa... — viejos torpes y chochos, tratarte así, — y tu perdiste la brújula para andar sin norte ni guía, como te veo.

Ahora que he terminado añadió, privando de la palabra á Alberto, que iba á con-

testarla, quiero pedirte un favor.... como gusto abandonarme á los giros alegres de un wals, ruégote me acompañes á bailararlo.... ¿Oyes?.... la orquesta hace sonar el *Morgen Blätter* de Strauss.... música inspiradora.... ¡qué lindo! ¡qué lindo! bailemos.

Momentos despues la hermosa pareja se deslizaba rápida por el salon al compas del wals.

Cuando terminó éste, Alberto que se sentia dominado por la curiosidad que le despertaba la espiritual máscara, preguntóle:

— ¿Quieres hacerme un favòr?

— En el limite de lo posible sí, contestó.

— Te soy deudor de un momento de la mas grata sociedad, en el que lo escuchado no pasa de una broma de carnaval, engalanada con los matices de tu conversacion que fluye fácil y elegante de esa tu boca divina, que no puede ocultar el antifaz... De lo que decias hace un momento, en parte hacíasme justicia... me clasificabas de sincero, no te equivocas lo aseguro... en

nombre de esa sinceridad pido un favor... dime como te llamas... yo te juro...

— Já! já! já!... es pretension.

— No, es un favor divina... es un favor.

— Déjate de hablar eso y pedir favores en Carnaval... ¡ Ah! Larra... Larra.

— No es el momento de hablar de Larra... dejémosle tranquilo... pobre, ya no existe.

— ¡ No existe, dices!... ¿ y sus obras, ese trabajo de fina critica en que pintaba tan á lo vivo nuestras miserias... nuestros defectos, son poca cosa? ¿ Qué pluma? eh!... qué pluma!... fina y penetrante, como la punta de un agudo y filoso estileto... y con todo eso matarse jóven como era, y matarse por una mujer... hasta dónde hubiera ido su inteligencia ha haber vivido más.

— Me asombra oírte hablar así máscara! ¿ qué querias hiciera?

— Vivir!... vivir!... mas nunca suicidarse.

— Es que á veces nacen pasiones, que bastan para trastornar la cabeza mejor organizada ó doblar el carácter mas varonil.

— Y qué!... ¿el mundo, es nada?... la gloria, poco?... Acuérdate de Goëthe, ese sí sabía girar á tiempo... era hermoso, dicen... muy hermoso! y despues; poseia aquel génio que le reverberaba como una intensa luz... Muchas le amaron y con todo, á pesar de ello, si Elena, Cristina, Lili, Carlota, lo elevaron á algo como un cielo de felicidad, no consiguieron jamás quebrar el apostolado de ese predestinado de la gloria... las amó, pero siempre adelante.... adelante siempre! llegó sereno al término de su carrera, hasta que sintió apagarse aquella brillante vida, cuyo recuerdo será imperecedero, tal es la inmensa huella de luz, que ha impreso su inteligencia en la literatura moderna.

— Me admira máscara mas que tu inteligencia, esa facilidad asombrosa con que te expresas... la ilustracion poco comun que revelas esmalta tu conversacion... ¿Cómo y dónde has leído esas cosas?

— ¿Cómo?... en los libros!... ¿Dónde?... en mi casa!... Despues el espiritu, ya sabes;

con eso, es bastante para saber muchas cosas. Lo único que me dá un poquito de escozor, es que cuando ya no exista, en la Tierra, no me van á dejar vivir tranquila mas allá, y no ha de faltar un *medium* que quiera evocarme á cada instante... te aseguro que eso no me causa gracia alguna, y háseme pensar, que el descanso de los sepulcros está demás...

Verdad que la ventaja no es chica... Te parece poco tener noticias ciertas de lo que sucede despues de la muerte... pues es nada !

No ves que todas esas constelaciones que brillan en el firmamento, son otros tantos paises, Alberto, al que van á vivir todos aquellos, que recorrieron antes éste universo-mundo.

Qué le dejamos nosotros al siglo venidero por saber... mira, ni ésto ; y haciendo un ademán lleno de gracia, se puso el pulgar sobre la nariz y exclamó: ni un pito !

Nada ignoramos Alberto... ¡ nada !... He-

mos adelantado tanto, que discutimos con brillo poco comun hasta la existencia de Dios y así como en los tiempos primitivos existian profetas y elegidos que hablaban muy sueltos de cuerpo con Él, hoy nosotros mas adelantados... ¡oh! mucho más, que esas pobres gentes, les decimos desde la altura de la tripode y con toda la suficiencia del saber: vosotros fuisteis unos tontos, no supisteis *nickis*, torpes ignorantes. Nosotros que lo sabemos todo, lo conocido y lo desconocido, tenemos poderosas razones para deciroslo; oid: todo es materia... pura materia... nada mas que materia... La existencia Dios, no es ni un problema; un mito sencillamente, ilusos: Dios no existe. Aceptad nuestras lecciones humanos, porque si al fin el resultado no llega á ser positivo, es mas cómodo vivir así, sin creer en nada, ya que el Liberalismo por una parte y el Catolicismo por otra, han convertido á la Religion en un saltibanco, que inspira lástima, cuando en su descrédito, lánzase por los caminos á buscar adeptos... Pero me

aparte de la conversacion que tengo empeño en seguir.

— Es verdad, recordabas á Larra á propósito del suicidio.

— ¡No!... es muy sério... muy lúgubre para una noche semejante, ese tópico... Rememoraba al escritor, precisamente porque estamos en Carnaval, y ésto que nosotros solo estendemos á tres dias, él lo aplicaba á la vida entera, y creo, tenia razon... ¡Sombra de Asmodeo, levántate!

— Sí... fué un crimen, que ese hombre se matara por una mujer.

— ¿Por qué insistes tanto en esas ideas... qué en ménos tienes á las de tu sexo?

— No tal... es que acostumbro á darme cuenta exacta de las cosas y digo: Si la mujer á la que amaba, no le seguia correspondiendo, ya todo era inútil... ¿á qué luchar?... Puede fuera el caso, quisiera ella volver sobre sus pasos; porque impedirlo entónces, no era correcto, caballerezco, hacer lo contrario... Si era coqueta... ¿á qué hablar? La mujer coqueta es liviana, ver-

sátíl en sus procederés ; para decirlo todo de una vez : mala... y tú sabes lo que importa dejar de querer á una mujer semejante, lo que se gana mirándola con el mas profundo desprecio. — Mas veo que me estiende y hablo, y hablo... si es de dia !

— No importa... hay todavia muchas máscaras en el salon.

— Es verdad... mas tengo que retirarme... mis compañeros me llaman ; aparte de que me disgusta, ver éste amanecer despues de un baile... siento tristeza, inspiran melancolia esas luces del gas, pálidas, descoloridas ante la brillante claridad del dia... Esperimento, presentimientos estraños cuando presencio ésto... Como uno se marea en la atmósfera de un baile, imagina, siempre vá á durar el aturdimiento y sucede... ya lo veis ; ahí está el dia, el trabajo, la realidad, y cambiando la conversacion, dijo :

— Ahora, al despedirme Alberto, quiero me escuches... no hagas caso de lo que te he dicho, no obstante haberte hablado mas

que una pitonisa, un Pico de la Mirándola ó una literata, me son insoportable esas mujeres que gustan de hombrearse; mi conversacion no pasa de una broma de Carnaval... me voy... me voy, espíritu noctámbulo; adios... adios.

— Un favor... un favor antes de separarnos, dijo Alberto.

— ¿Cuál?

— Repito que, te debo, un momento de la mas grata sociedad, en el que, aunque lo escuchado no pase de una broma, para mi será inolvidable...

— Estás insoportable esta noche con tus lisonjas.

— Escucha: salvando el limite de la broma, hablemos sério, y házme el favor de decirme tu nombre.

— ¿Es eso no mas?

— Para mí, eso es mucho.

— ¡Y bien!... me llamo Clelia.

— ¡Ah!... ¡Clelia! dices: ¿podré verte alguna vez?

— No me verás jamás.

Y diciendo así, se desprendió rápida de su acompañante, cruzando como una saeta el salón y desapareciendo entre las máscaras, que se retiraban del Club.



II

El Carnaval á que nos referimos, habia sin duda dejado grata memoria en el espíritu de los que lo gozaron, el año que aconteció el suceso narrado.

Pero para Alberto Roquer, protagonista de la escena del baile del Club del Progreso, aquello habia sido mas que un incidente fugáz: habia dejado tales recuerdos en su ánimo, la conversacion con Clelia, que á partir de aquella noche, decidió averiguar quién era la máscara, dónde podria encontrarla.

Para otra naturaleza que la suya, aquel recuerdo hubiera sido impresion de corto momento, pero para él, cuyas pasiones podian medirse por la vehemencia de su

carácter, ese deseo de conocer á la que buscára, tenia que ir hasta la realidad, fuera para su dicha ó su desgracia.

¿Qué pretendia? — ¿Por qué iban su pasos en prosecucion de una mujer de quien solo conocia su conversacion, que ignoraba quién fuese, y que tal vez podia considerarla perdida, cual lo habian sido el éco de sus palabras la noche del baile?

¿La amaba? ¿O era que hasta aquel momento nuestro héroe, habia vivido sólo, cansado y creía era llegado el dia, de buscar en un cariño correspondido los lazos simpáticos de la vida?

Como se verá, mucha parte de ello, fué sin duda, la causa principal de su determinación.

Hasta entónces Alberto Roquer, habia llevado la vida de los jóvenes de su tiempo, pero sus dias no fueron felices; educado en Inglaterra, aplicado despues al trabajo, no habia gozado la vida y ménos tenido ocasion de disipar el tiempo, gracias á lo cual logró sacar su alma, sinó pura, libre de

los vicios que la corrupcion amontonára en otros.

Así, no se estrañará que Roquer, hombre de carácter, jóven y soñador, llegára á cumplir aquello que se propusiera, teniendo una voluntad capaz de realizar sus deseos.

Frecuentando el movimiento social, inquirió á sus conocidos y acudió á todos los sitios, donde suponía encontrar á Clelia. Pero... nada! En ninguna parte adquiria noticias que pudieran orientarlo.

Viendo la imposibilidad de hallarla, no obstante su contrariedad, tomó su partido y disimuló, confiado le vendrian tiempos mejores, en que libre de todo lazo, podria correr en busca de lo que deseaba, suponiendo que aquella niña, no habia de permanecer siempre misteriosa, desconocida.

Y pensó así, porque á los veinte y cinco años, necesitaba su espíritu dejar por un momento el trabajo, y buscar en la mujer ese vinculo que le faltaba, ese alimento que le era imprescindible gustar, pera llenar el vacío que experimentaba.

La conversacion de la máscara, le traia por otra parte, algo como un recuerdo risueño, le parecia no podia ser otra, que una belleza porteña, que muchas veces admirara en los salones de Buenos Aires y cuyos atractivos ocasionaban el elogio que en su favor se hacia.

*
* *

Aflua numerosa concurrencia al Teatro de Colon la noche del veinte y cinco de Mayo del año 1872 y una larga fila de coches dejaba, á la entrada del coliseo, parte muy principal de la sociedad porteña, mientras en la calle inmensa cantidad de gente se retiraba de la Plaza de la Victoria, despues de admirar los prodigios de los pirotécnicos que habian agotado en esa noche, los recursos de su arte, con las variadas cambiantes de los fuegos.

Mal dirigida ó debido á la casualidad, acaeció que una bomba fué á explotar cerca del carruaje que arrastraba un tronco de

briosos oscuros, que con el estampido, se encabritaron, abalanzándose.

Las voces de la familia que llegaba en el coche y sus confusos y agitados ayes, alarmaron á las personas allí cercanas, pero gracias al oportuno auxilio prestado por la autoridad y los presentes, las señoras, pasada la emoción, pudieron bajar salvas del coche.

No sin dificultad se abrieron camino y cruzando el vestibulo ascendieron á los palcos.

Muchos admiradores debia tener una de las niñas que acababa de entrar, porque á su paso, se levantó un murmullo de simpatía, entre los que veian penetrar á la concurrencia.

Los acordes de la orquesta, anunciaron que la funcion empezaba, y la gente penetró al interior del teatro, para escuchar de pié las notas del Himno Argentino, que en ese momento se preludiaba.

Si ha de decirse, que es á veces espectáculo hermoso una funcion teatral, pocas hubo como la de aquella noche.

La platea, con su larga fila de sillas, ocupada por damas adornadas con los variados gustos de sus trajes, que ostentaban todos los colores; los caballeros vestidos de rigurosa etiqueta; las hileras de palco llenos de niñas que realzaban su belleza con vestidos livianos y vaporosos, envueltos en tules ya rojos, celestes ó blancos, y por último, la cazuela donde se veían confundidas señoras y jóvenes, cuya conversacion debilitándose bajaba como un murmullo y llenaba el teatro; los acordes de la música; las mil luces que envueltas en sus globos de vidrio alumbraban el recinto, llenándolo de brillo, todo favorecía á aquel momento, en que los espectadores buscaban un olvido risueño á las tareas de la vida activa.

Entre las bellezas que se señalaban en los palcos, llamaba la atención el ocupado por la familia que descendiera del carruaje á que nos hemos referido, y á la que Alberto Roquer, habia contribuido á salvar del peligro.

Cuando terminó el primer acto de la re-

presentación, Roquer se acercó á un grupo de amigos y paseó la mirada por la concurrencia, deteniéndola en un palco que era objeto de la conversacion de los que le rodeaban y uno de cuyos amigos señalándolo y refiriéndose á los que lo ocupaban, dijo.

— ¿Has visto cara mas linda de muchacha?... ¡Es una deidad!...

— ¿Quién es? le preguntó Roquer.

— ¡Cómo quién es! ¿No la conoces?... Si es una de las que salvaste de inminente riesgo ... Ernestina Roldriguer!... Alberto ... Ernestina Roldriguer! el tipo mas lindo de todas las presentes — y de las ausentes tambien — espresó el amigo, dando un giro gracioso á la palabra.

— Si.... es muy linda á la verdad, por eso la he estado mirando, contestó Roquer.

El telon que se levantaba, cortó este diálogo, y el público volvió atento á prestar oidos á los artistas, que aquella noche cantaban *Los Hugonotes*.

Las armonías que el genio de Meyerber volcara en aquella gran ópera, llenaban

con sus acordes el teatro, y el canto con que los artistas interpretaban aquella creacion, el ritmo de la música, los aplausos tributados al arte, las ovaciones á la Mariani que en esa noche estuvo admirable, formaban un conjunto animado y hermoso.

Aquella música, aquellos aplausos y manifestaciones de entusiasmo, nada empero significaban para Alberto Roquer, que abstraído ante la belleza de Ernestina, la contemplaba absorto.

Despues, notando admirado que ésta fijaba sus ojos en él, experimentó una fuerte impresion, que pasó rápida por su espíritu: sintiendo aún tibio el incidente del baile del club, volvió con la imaginacion á recogerse en el pasado y censurándose como un delincuente, rememoraba á Clelia, á Clelia cuyas palabras inducian dias felices para él y cuya despedida le habia entristecido tanto, porque veia á su pesar que aquello, habia sido sólo un rayo de luz en una vida que presentia no seria tranquila.

Es así que, cuando las últimas notas fina-

lizaban la funcion, dirigióse Roquer al vestibulo pensando en Clelia y sin quererlo, arrastrado por una fuerza irresistible, se detuvo en el corredor á esperar bajáran las familias de los palcos.

Envueltas en sus abrigos, se retiraban las señoras, y estaba Roquer, temeroso que Ernestina hubiera partido, cuando su impaciencia calmóse, al verla acercarse apoyada al brazo de un jóven, su conocido.

Maquinalmente fuese aproximando, para pararse por donde aquella debiera pasar y mirarla detenidamente.

Fué entónces, que recién pudo admirar aquel rostro de mujer en que parecia, la naturaleza habia querido derramar toda su belleza, siendo pródiga para con ella, como con ninguna.

— ¿Qué te parece? dijo el amigo, que la habia indicado. — ¿No es verdaderamente linda, esa muchacha?... Mirala bien... ¡Qué ojos!... qué boca!... qué cútis!... Un modelo acabado de arte.

— Tienes razon, contestó Roquer; ahora,

que la he visto de cerca, me parece mas linda... Sus ojos... solo otros he visto parecidos, y recapacitando, como el que teme ser indiscreto, agregó... no recuerdo dónde.

— *¡Lástima grande!... no sea verdad tanta belleza,* murmuró el amigo.

— ¿Y por qué dices eso? preguntó Roquer.

— Dicen, que és coqueta.

— ¡Dicen!

— Si... dicen... que dicen.

— Pues yo por el contrario, creo ver una alma pura, al travez de sus ojos divinos.

— ¡Poeta!... adios... dijo el amigo y despidiéndose, tomaron ambos distintos rumbos.



III

El tañido sonoro de la campana de la Catedral, llamaba á las devotas á la Misa de una, un dia domingo del mes de Setiembre.

Por las aceras de la calle que conduce á la Iglesia, se dirigian las damas á cumplir los deberes de su religion y á estasiar sus oidos con el sermón del orador sagrado, que acostumbraba á perorar en el templo.

Era tanta la concurrencia reunida con ese objeto, que las naves principales y del costado, se encontraban llenas.

Fué así, que cuando terminó la parte primera de la Misa, aquella gente que oía el oficio divino elevando sus preses, se movió un instante, produciendo leve rumor, á ob-

jeto de acomodarse y escuchar la palabra del orador.

Las luchas entre el Catolicismo y la Reforma, era el tema elegido para la disertacion de aquel dia.

Por ello, desde que el padre principi6 el discurso, reinaba profundo silencio 6ntre ese auditorio, de cuya preparacion decia, la actitud ser6fica con que era escuchado por los caballeros que con las manos cruzadas ante el pecho y la mirada elevada al cielo, no perdian una palabra de la esposicion, y la acogida con que tanto ellos, como las damas, apoyaban las im6genes y los giros que imprimia el padre 6 su estilo pintoresco.

La Reforma en su entender, habia ahogado en sangre 6 la Europa en los siglos xv y xvi, destruyendo parte de lo que hasta alli habia mantenido firme y unida 6 la Iglesia ; violando deberes sagrados y buscando con su pr6dica mal sana, relajar los v6nculos de la familia y del hogar, destruyendo los templos, y profanando hasta las tumbas de los m6rtires cristianos, cuyas lozas habian sido

manchadas por la sangre vertida en la omnípota reyerta ; todo porque guiaba á los reformadores el propósito de atacar el dogma católico-apostólico-romano, al cual la humanidad debia todos sus progresos en las distintas y vastas esferas de la actividad y del saber.

Dogma, que por otra parte habia salido triunfante de esa lucha, entónces, porque su éxito en ese tiempo como habia de acontecer en el porvenir, se fundaba en sus inmutables verdades ; lo debia á la santidad de su culto, á la pureza de sus creencias, mal pesara al liberalismo ateo, destinado á apartar al hombre de su mision, para perderlo en un mar de dudas y contradicciones.

Liberalismo tanto mas absurdo, cuanto destruia las nociones de lo bello, negando todo y precipitando á los hombres en una senda inmoral, donde olvidaban la grandeza de su destino, para ceder ofuscados á los atractivos de una ciencia empeñada en luchar en vano contra las verdades del Catolicismo, cuya luz tenia que brillar eterna-

mente con esplendor purísimo y no con los siniestros reflejos de la hoguera del protestantismo, aunque se llamen los reformadores Arrio, Wiclef, Juan Hus y Gerónimo de Praga en la edad antigua ó Lutero, Zuinglo y Calvino en los tiempos modernos.

Cuando terminó la homilia, algo como una fruicion sublime cautivaba á los oyentes, tal era el sentimiento que se revelaba en los semblantes y las palabras de admiracion y elogio que se cambiaban las señoras en orden al sermón de aquel dia; sermón notable, segun decian, porque alli en cada una de las metáforas que lo adornaban, habia envuelto el autor una groseria ó un insulto acerca de los defectos aparentes de vida de la mujer argentina, ó del lujo que segun él gastaban, descuidando la educación de sus hijos y faltando á las prácticas religiosas.

*
* *

La hilera no interrumpida de carruajes cuyo confuso rodar alegraba la calle de la

Florida, indicaba que las familias que salían de los templos, se dirigían á Palermo en aquel hermoso día de primavera.

Las emanaciones frescas de la brisa, llevaban ese perfume que se aspira en esta estación, embalsamando el aire, las flores de las quintas y jardines que circundan á la ciudad por el Norte.

Landoés, coupés, factons, victorias, coches de todos los gustos, descendían la barranca de la Recoleta dirigiéndose á largo trote por la ancha Avenida á Palermo, y entre los que desfilaban iba una elegante victoria, arrastrada por un hermoso tronco de tordillos, que ocupaban Alberto Roquer y su amigo Horacio Ortiz.

Cuando los carruajes empezaron á aglomerarse en la Avenida, colocáronse en línea, y tomaron el andar pausado para regularizar el corso.

— Ya estamos en el paseo, exclamó Ortiz, dirigiéndose á Roquer, ahora... á mirar.

— ¿A mirar qué? contestó Roquer; ¿acaso los arneses que adornan las yuntas?

— Yá estás renegando.

— ¡Y como nó!... Es así que se entiende un paseo... venir á mirarse y saludar una y otra vez y despues otra, y otra, en las veinte vueltas que dura la continua gira.

— Sí señor, á mirar... sí señor, á mirar, mal pese á Vd. señor censor... Es el paseo de moda y en él acostumbrese á estar así.

— Pues, á mi ver, diré me parece bastante ridiculo, que en los veinte años ó mas, como ha tiempo dura ésto, no se haya inventado otro atractivo.

— ¿Y qué te se ocurre inventar ya que criticas?

— ¡Hombre... yo!... yo!... lo diré: suponiendo que todas las que aquí concurren; cual más, cual ménos, vienen vestidas elegantes, para lucir, podrian descender de los carruajes y pasear, luego se caminaría por el bosque, lo que por otra parte es mas higiénico y saludable, y encontrándose aquí y allá los amigos y conocidos, se formarían ruedas, se hablaría en fin; ya ves que hermoso seria y cómo no nos ha-

biamos de aburrir ó ahogarnos; porque mira... así, como vamos rodando en éstos coches cerrados, á uno, á veces danle ímpetus de saltar y salir volando.

— Cuestion de nervios, contestó Ortiz, y lanzando un enfin, se arrellenó de la mejor manera en la victoria y empezó á describir arcos con el brazo á objeto de saludar á los que pasaban, cuando repentinamente tocando á su amigo, exclamó:

— ¡Calla *ché!*... ahí va Ernestina Roldri-guer... ahí va!

— ¿Dónde? preguntóle Roquer... si estaba en la Catedral.

— Allí... en aquel landó tirado por caballos oscuros; y como Roquer no la distinguiese, Ortiz insistió diciendo: — allí, hombre: no la ves delante de aquella volanta grande, que parece casa de inquilinato ambulante... ¿no la ves?

— ¡Ah! si... ¡qué linda!... Yo no sé que tiene para mí esa muchacha; cuando más la miro más me gusta, me parece más linda; cada día que la encuentro, se me presenta

con un atractivo más: jóven, preciosa, elegante, con una cintura de mimbre y las ondas negras de su cabello, y la boca y sobre todo los ojos, cuyas pupilas fascinan, todo hace de ella una mujer como para trastornar el seso, para volverse loco.

Cuando terminó, le dijo Ortiz:

— Te he estado escuchando y de temor de las miradas de la gente no me he reído á todas ganas... ¡has estado divino! idealizando... En todas las cosas eres así... siempre exagerado.

— Muy bien... ahora vas á contradecirme... á negar lo que digo, cuando todos en lo que se refiere á ésta niña, piensan y dicen como yo.

— No hombre, no voy á negar nada, pero... quiero decirte, no hay á que irse de banda á banda para hacer un elogio, y tú mucho ménos... vez pasada, despues del baile aquel del Progreso, me llenabas la cabeza con el recuerdo de Clelia... por poco no te ponias á llorar en plena calle, y lo mas gracioso del caso, era que solo por induccion

hablabas de ella, porque al fin no la conocías, nadie te había dicho quien fuese... una máscara espiritual decías... cosa rara en este tiempo que corremos, aceptado, mas te apuesto á que ha sido tal vez alguna vieja... calavera fiambre.

— Si... como tú eres un escéptico... no crees en nada.

— ¡Psch!... yo creo en lo que debo creer... Pero... atiende: Ernestina y la familia bajan del coche en este momento, ya ves que algunas descienden y paséan para hacer higiene segun tu frase... complácete... ¿Quieres rompamos el fuego y demos ejemplo á los que no pasean? ¿deseas te presente?... bajemos... acerquémosnos.

— Pero... advierto que!...

— No me adviertas nada... vamos.

Y así diciendo, Horacio Ortiz, aproximóse á la familia de Roldriguer, y cambiando los saludos de estilo presentó á Alberto Roquer.

El primero que rompió la conversacion fué éste, quien dirigiéndose á Ernestina y

dejando que Ortiz se encargara de la madre y de la tía, le dijo:

— Hacia tiempo tenía el placer de conocer á Vd. — desde Lóndres — y celebro mucho, gracias á Horacio, haberle sido presentado... Dá la coincidencia, tiene Vd. muchos amigos que tambien lo son míos, y me consta que ellos hacen ausencias muy justas de su interesante sociedad.

— Es Vd. muy cortés, señor Roquer y ellos muy indulgentes, contestó Ernestina. De hoy en adelante tendré un amigo mas, que estoy segura, no será ménos que los otros.

— ¿Y cómo dice Vd. eso señorita, si recién me conoce?... le observo puede engañarse.

— No... no puedo, ni quiero engañarme, y tan es así, no lo estrañe, que ya habia tenido ocasion de hablar de Vd. antes de tratarlo... Mis amigos me hicieron referencia, elogios de Vd., ya ve, no es un desconocido y mucho ménos un inferior comparado á los otros... ¿Qué dice Vd. ahora?

— Que parece, me vé Vd. al travéz de un

lente, aumentado de mis modestas proporciones, por eso no me estrañan sus palabras... Sus finas atenciones obligan mi gratitud... yo sabré conservarla.

— Mil gracias... y ahora permitame Vd. una pregunta.

— Las que Vd. guste.

— Bien... Va Vd. el Viérnes al baile en casa de Valdelares. Dicese que se hacen grandes preparativos... que vá estar espléndido... y debe ser así, á juzgar por lo atreadas que están las modistas... Si viera Vd., estuve en casa de una de ellas, y le aseguro que apenas tiene tiempo para atender los pedidos... Volviendo á mi pregunta y pidiendo disimule mi curiosidad... ¿Va Vd. al baile?

— Si... estoy invitado é iré... Pienso como Vd. que aquella será una hermosa fiesta... hará época, como dicen... Permítame preguntarle á mi vez, si piensa concurrir.

— Creo que si... han prometido llevarme.

— Entónces será Vd. tan complaciente,

que desde ya, pueda permitir le ruegue quiera acompañarme esa noche.

— Accedo con el mayor gusto... me place siempre, complacer en lo que puedo á los amigos.

Una indicacion de la madre advirtió que en ese momento se retiraban, y despues de acompañar Alberto y Horacio á la familia hasta el carruaje, se despidieron con gran pesar de Roquer, que hubiera deseado se prolongára aquella conversacion.

Cuando los amigos volvieron á la victoria Horacio acariciando á Alberto le decia:

— ¡ Y, qué tal!... ¿ soy todo un hombre? ¿ me he portado?... ¿ sí ó nó?

— ¡ Gracias!... gracias!... mi buen Horacio... te debo un momento el mas feliz... Esa muchacha, es encantadora!

— Y yo te advierto, que si vez pasada en Colon, te dije poeta, hoy te llamo enamorado, iluso, soñador.

Los amigos continuaron la conversacion mientras las sombras del crepúsculo, iban envolviendo al paseo, que dejaban los car-

ruajes para dirigirse en tropel á la ciudad, semejando á lo léjos la luz de sus faroles, grandes luciérnagas que corrian caprichosamente á lo largo del trayecto.

Cuando la victoria de Ortiz, dejaba á Roquer á la puerta de su casa, aquel decia á éste.

— Disimula, si durante el camino te he arrojado todas mis flechas... Anda canalla, agregó cariñoso, de todos los que se encontraban en Palermo, el único que verdaderamente ha gozado eres tú... ¿no es así?

— Es verdad.

— ¿Y tú Clelia?

— Ah!... ella! ella!... Adios.

— Adios.



IV

Vestido de rigurosa etiqueta, cruzaba Alberto Roquer, la calle de Maipú, la noche del Viérnes en que tenia lugar el baile en casa de Valdelares, y su paso acelerado, indicaba la prisa que tenia en aparecer en aquel salon, donde debia encontrar á Ernestina, segun ésta se lo habia advertido en Palermo.

Por eso, no bien se despojó Roquer de sus abrigos, penetró á los salones haciendo caso omiso de sus conocidos, para mirar á todos lados, á objeto de ver á Ernestina.

No tardó ésta en pasar por cerca de él, apoyada al brazo de uno de sus amigos: llevaba un vestido de raso color marfil, adornado de flores que la modista habia

desparramado con arte en la pollera. Ceñía su esbelto busto, una bata de terciopelo rojo-escarlata, que dejaba ver el blanco mate de su escote, y ceñía el centro del pecho un ramo de violetas, que ocultaban con simbólica modestia, aquel seno digno de cincel.

Dominando su emoción, Roquer cruzó ante ella y saludándola, dijole, con temor mal disimulado.

— Me permito recordar á Vd. el cumplimiento de una promesa.

— ¡Ah!... es verdad! la cumplo, ofreciendo mi programa.

— Ya vé, dijo, entregandolo, que tiene grandes claros y lo cedo gustosa, para que escoja.

— Que su programa no está vacío, lo dicen los muchos nombres que en él figuran, motivo por el que solo puedo escojer el segundo wals, y despues... Vd. decidirá.

— Si señor, contestó sonriendo Ernestina, le prometo á Vd.... que decidiré.

— Hasta el segundo wals.

— Hasta entónces.

Roquer, permaneció admirando alejarse aquella cabeza con la que empezaba á soñar, hasta que llegó Ortiz que habia observado la escena y le dijo :

— ¿Y qué tal, señor Roquer?... ha puesto Vd. sus piezas en bateria?... ¡cuidado no se las vayan á desmontar!... no pueda Vd. romper los fuegos.

— Me ha prometido el segundo wals, contestó Roquer con acento de gozo, pero... á qué dices eso!... ¿por qué me atemorizas?

— ¡Ah! ¿Por qué?... Porque soy tu amigo y paréceme te van á tomar la plaza si te descuidas.

— ¡Bah!

— Bueno.

— Mira... bromas aparte, hasta el segundo wals, tengo tiempo sobrado, no quiero permanecer aquí, voy á *empaparme* mirándola y eso no es ni bueno ni discreto... vamos á la mesa á tomar *maelstrang*.

— ¡Ah! no!... quieres ahora embargarme y eso no lo consiento.

— ¡Qué!... ¿vas á bailar? ó á contemplar

el lujo chillon, que adorna la casa, donde se ostenta el mal gusto del gaucho americano.

— Nó.

— Y entónces... ¿á qué te quedas?

— Para disfrutar de un momento el mas alegre, oye: aquí como en todas partes unos critican, pero yo hago mas, observo... Hace un momento, conversaba con una señora de la vida europea... Cómo ha hablado de Paris! abusando de mi indulgencia... todavia me aturden los oidos... Decia, que no existe nada como aquello... que ésta ciudad es una aldea... que aquí no se vive... que el pavimento así, que aquello asá, que las calles enlodadas ú oscuras... qué se yo, cuantas cosas más...

Yo contesté á mi turno, que despues de Paris, á lo ménos para mí, Buenos Aires; y le dije eso, por no decirle otra cosa... Yo no sé, ni me esplico, por qué si estas criticonas poseen fortuna y les gusta tanto la Europa, no se mandan mudar de una vez, que aquí no hacen falta, ya que les es tan

insoportable vivir en el país donde nacieron, debieran proceder así, ó callarse, siquiera eso sería más discreto... En lo que se refiere al momento alegre, de que antes te hablaba y con el que quiero compensar la conversación de la señora, escucha :

— Ves aquello... aquella maritornes sentona tan ataviada y lujosa, llena de encajes y joyas, que apenas puede moverse con su montón de trapos?

— Sí... la veo... ¡es una vieja!

— Precisamente: es una vieja; había parado la atención en ella porque estoy haciendo un análisis psicológico... ¡Ay! querido... ¡qué fea! se vuelve la mujer á la vejez... Pobre *etoile tombé*... y eso habrá sido bello... si señor, muy lindo! y habrá atado una cadena de corazones á sus caprichos... muchos... ¡Oh! muchos! habrán sin duda perdido el tiempo y el seso por ella, andando á la ventura, soñando con sus encantos... El tiempo... eh?... el tiempo; ese inmenso espejo que sucesivamente se va agrandando á nuestra vista, le muestra al

fin la realidad, y qué realidad tan amarga...
já! já! já!...

No hay nada mas gracioso que buscar estas comparaciones... ¿no te parece?... Protesta vieja... protesta, yo en éste tu simil, vengo tal vez muchos de los desengaños que por ti se padecieron... Vamos... Vamos Alberto á tomar *maeltrangs*.

Luego que ambos amigos fumaron sus cigarros, conversaron largo, hasta que Roquer dejó á Ortiz para volar en busca de Ernestina; habia llegado el segundo wals.

-- Es este el wals; dijo Roquer deteniendo á Ernestina.

— Este; le contestó aquella.

— ¿Entónces?

— El señor... observó Ernestina

— Va á disimular, si viene Vd. conmigo, advirtió Roquer al caballero que la acompañaba; quien la cedió.

Apoyada al brazo de Roquer cruzó despues gentilmente el salon.

La orquesta, tocaba el wals, pero Roquer que no descaba bailarlo, invitó á Ernestina

á dejar la atmósfera sofocante del salon y retirarse de allí, á lo que ésta accedió.

— Se ha divertido Vd. mucho, le dijo ofreciéndole una silla, cuando llegaron á un comedor que caia al patio.

— No mucho... y ¿Vd.?

— Méenos... Es recien, ahora que voy á pasar un momento feliz.

— Siempre amable y en seguida variando la conversacion, preguntó Ernestina:

— Mas, dígame Roquer, y su preferida... no está aquí?

— ¡Mi preferida!... dice Vd. mi preferida! si yo carezco de ella.

— Perdona diga, no es Vd. sincero... á su edad... no puede faltarle.

— Pues me falta.

— Pues me cuesta creerlo.

— Y con todo, digo la verdad.

— Dicen, Roquer, que Vd. es indiferente.

— Timido debiera decirse.

— Timidez... sentir timidez, un jóven de veinte y cinco años, ilustrado, conocido, así-

duo frequentador de todas las fiestas... tímido... vamos, esto sí que es gracioso.

— Si nó es timidez... será señorita?

— Que el tímido, anda en amores, y dicen es una amiga mía, la causa de sus preocupaciones... A eso me refería, cuando ha un momento, hablaba á Vd. de preferida.

— Volviendo la oración por pasiva, le dijo embarazado Roquer: yo podría á mi vez, alegar, mejor informado, es de Vd. de quien se refiere un compromiso.

— Si así fuera no estaría aquí... carecería de papel en esta reunión.

Iba á seguir Ernestina la conversación con Roquer, cuando un jóven se acercó á pedir le acompañara, como se lo tenía ofrecido.

— Son muy rápidos los momentos de la dicha, dijo Roquer á aquella, despidiéndose.

— Y yo, al separarnos debo decirle, es exagerado el elogio... con todo, de Vd. depende el volverlo á gozar, á ser cierto lo que dice.

— Hasta dentro de un momento, entónces.

— Está bien.

— Quedó Roquer preocupado breves instantes, cuando dió vuelta, para ver á Ortiz, que se acercaba cantando bajo: *cuéntanme de uno que se murió esperando.*

— ¡Que dices!

— Que ya apareció aquello... el pretendiente pues.

— ¿Y quién es?

— Cuando te decia, que te iban á tomar la plaza.

— Pero... ¿si es cierto, por qué no lo habias dicho antes?... ¿cómo es que te consta?... ¿cómo sabes?

¡Bah!... la prima hace un momento, me contó de plano esos amores; no te queria dar una noticia tan triste, porque supuse tal vez se equivocaba ó me engañaba... pero, ahora mejor informado te diré, que tambien refiriómelos una amiga de ella y mia, la de Hernandez... ya no hay la menor duda... Con todo, si no fuera muy hecho, tu que eres diestro táctico, podrias entrar á tiempo y correr al otro.

— No... en ese caso, si está comprometida, renunciaré á ella, antes de dar tal paso.

— Amigo: entónces *paciencia y barajar...* al fin te quedará tu Clelia.

— ¡Oh! me quedará el infierno, repuso convulso Roquer.

— Aquella Clelia, continuó tranquilo Ortiz, con la que tanto me calentabas la cabeza, hablándome hasta de su toz... aquella Clelia que hasta ahora guarda el incógnito, y que se ha visto sustituida por ésta, no obstante decirme tú hoy mismo, no mas, te inspiraba el más grande cariño... que estabas apasionado de ella... cosa transitoria es el amor... caro amigo!



No debía ser halagüena la sociedad del acompañante para Ernestina, porque en vez de seguir con él, pretestó cansancio y le rogó, la acercara á un grupo de señoras que conversaban, haciendo comentarios del baile.

— ¡Has visto! decía una de las señoras que

frizaba en los cincuenta años, dirigiéndose á otra no menos vieja... has visto á éstas de Ketter, no faltan á ninguna parte y eso que como es notorio, el padre ha perdido todo... Me consta, no tiene cómo llenar las necesidades mas apremiantes.

-- Qué me vas á decir tú á mi, contestaba la aludida, qué vas á decirme... Figúrate que mi marido me ha contado, lo desesperado que andaba Ketter últimamente, hasta le pidió un dinero para pagar no sé qué diferencia ó alquileres de casa... sí, alquileres de casa precisamente... Por supuesto, que Adolfo no ha visto aun el dinero prestado y va pasando el tiempo, sin que se lo vuelva, ni Adolfo que es tan generoso se lo cobré... ni lo participemos.

— Y qué te parece, agregó otra de las circunstancias... fijate en aquellas de Zamora, ¡qué lujo! eh?... ¡qué lujo! vieran que cuenta les tiene mi modista! Decía el otro día sin ir mas lejos, que no puede ver un peso y eso que van para dos años que anda detras de su cobro.

— Observa Ernestina, decia una muchacha, fea y escuálida, que no se habia levantado en toda la noche del sitio en que la sentaron; que cache y viejo es el vestido de aquella... se lo conozco desde ha tres años; se lo he visto por lo ménos en ocho bailes.

— Pues el mocito que va con ella, agregó la señora que antes hablára, buen calaverita habia sido... Figúrense Vdes. que tiene unas relaciones escandalosas, las mas reprehensibles, con una perdida de la cuadra de casa... como que lo veo entrar á todas horas.

Y como si la picara la fiebre de la palabra, la señora continuaba su conversacion ya refiriéndose á unas, ya á otros — Llegó luego el turno para un ministro, que asomó la cabeza tras de un ramo colocado próximo á la portada. No lo hubiera hecho, pues mas tardó él en aparecer, que aquella en estallar como una poseida.

— Ahí lo tienen, decia, al *famoso* Ministro... qué hombre por Dios...! qué cara de suficiencia!... lindo partido!... bien pobre de hombres importantes debe ser, cuando así

echa mano de insignificancias patentadas... ¡Ah!... si los nuestros estuvieran en el poder, ya verian, lo que es gobernar bien.

— Te recomiendo Ernestina, aquella bata color celeste, decia otra muchacha del grupo, qué cursi!

Incomodada Ernestina con esa crítica, se cansó de sentir aquella tijera, que sin lástima, repartía tajos á todas partes y exclamó con enojo mal reprimido:

— Pero... á mí qué me supone Elvira, que aqui se venga con una bata mal cortada, que otras se presenten con un vestido que han llevado á ocho bailes... que un jóven sea calavera, ó que las de Ketter no tengan dinero... quién me ha nombrado á mí censora de los demás, fiscalizadora de sus defectos?... pues estaria lindo!...

Si las unas no tienen dinero... si las otras llevan vestidos viejos... si la de mas allá es ridícula... si un jóven es calavera — que no tengo á qué saber cómo viven los hombres — no es á mí á quien toca parar la atencion en esas cosas, y mucho ménos

criticarlas... que cada uno viva con lo que tenga... se vista como pueda, ó haga lo que quiera y santa paz.

La observacion, no debió ser del agrado de los oyentes, . puesto que algunas de ellas no pudieron reprimir una señal de enojo, que contestado por gesto depresivo de parte de Ernestina, obligola á abandonar aquella rueda, que llevaba la nota guaranga del baile y á la que se habia acercado por deshacerse del acompañante.

Levantándose, hizo muy á su pesar una seña al jóven que allí la dejára, quien ofreciéndole su brazo, la condujo á otro salon.

Que las palabras de Ernestina habian chocado, lo decia el leve rumor, que produjose cuando se levantó, rumor que le indicaba era ella en ese momento, la víctima expiatoria de aquella crítica.

Llegaba Ernestina á un saloncito preocupada con aquel incidente, cuando Roquer que acompañaba á una señora le preguntó:

— ¿Tiene Vd. frente para bailar ésta cuadrilla?

— No voy á bailar Roquer, siento no poder complacerlo ; mamá me llama, vamos á retirarnos, contestó Ernestina.

Luego contra mi pesar guardo para otra vez deseos antes manifestados.

— Si, para otra vez... para otro baile.

Cuando Roquer dejó á la señora, siguió á Ernestina con la mirada hasta el *toilette*.

Avido de hablarla, é inter el jóven que las acompañaba hacia llamar el carruaje, movió conversacion á su bella conocida, preguntándole :

— ¿ Se ha divertido Vd. ?

— Yo asi... asi... ¿ y Vd. ?

— Yo tambien como Vd... asi... asi.

— Entónces nos hemos divertido mucho los dos.

— No obstante lo que Vd. dice, me parece haberla visto muy entretenida.

— O procurando distraerme.

— ¿ Y distraerse por qué ?

— Porque á veces, Roquer, en un gran baile, suele uno aburrirse grandemente.

— Mas cuando como Vd, se tienen tan-

tos conocidos y se va bien acompañada señorita, ya no es posible el fastidio de que Vd. habla... esa es una queja injusta.

— Ah! se concibe que lo dicho suceda á los hombres, que pueden ir donde quieran y andar con quien gusten... pero á nosotras llenas de trabas y dificultades, acontece nos va de bien desigual manera.

El llamado del caballero que les advertia esperaba el carruaje, cortó á pesar de Roquer aquel diálogo, no sin antes, prometerse uno y otro se verian, en algunas de las reuniones que sucedianse en aquellos dias.



V

Un mal negocio sobre el que habia guardado silencio Alberto Roquer, obligólo á ausentarse de Buenos Aires durante seis meses, para dirijirse á la Provincia de Catamarca, con el objeto de vender un campo que alli poseia.

Hecha la venta volvió á la ciudad en el mes de Enero.

Eran las ocho de la mañana, cuando el coche que lo conducia, detúvose en la puerta de la casa de Horacio Ortiz, con quien vivia Roquer desde la pérdida de su fortuna.

Descendiendo de la volanta, subió las escaleras, penetró en el cuarto donde dormia Horacio, lo despertó y despues de cambiar esos espresivos abrazos que se dan los ami-

gos que han estado separados; Horacio habló:

— ¿Llegas recién?

— En este momento.

— ¿Y cómo te ha ido?... ¿cómo te ha ido?

— Si he de serte franco... mal.

— ¿No conseguistes vender la estancia?... ¿cuánto te dieron?

— Veinte mil fuertes; ya ves que cuando hay que pagar cincuenta mil...

— Linda situación, dijo Ortiz, arrugando el ceño; y todo por haberte lanzado á proteger al amigo ese, amigo... hasta por ahí no mas, que lanzado en especulaciones locas, no sólo perdió lo suyo, que nada me supone, sinó que te arruinó á ti que es, lo que mas importa.

— Ya está hecho... qué hacerle Horacio.

— Está bien, en tu situación, á la verdad lo mejor es conformarse... te han de venir tiempos mejores.

— Y tú ¿cómo lo has pasado?... ¿qué novedades tienes?... ¿qué noticias me das?

Por lo pronto te diré que mi vida no ha cambiado, hecha escepcion de un suceso de anoche precisamente... Fui como de costumbre al Club, formamos mesa para jugar al *lansquenet*.. Hubieras visto... la *timbirimba* estaba tremenda ; me ganaron en minutos no mas : dos mil patacones. .

— ¡Qué barbaridad!

— ¡Bah!... no importa... *son bienes de Adam, que como vienen se ván...* yo se los arrancaré del alma á otro, eso, y tal vez el doble ó triple, hoy... mañana... pasado... cualquier dia... Hablemos de ti.. es preferible... me dices te cuente novedades... algo que á ti se refiera.

— Sí!...

— Aunque en mucho te vaya.

— Si... si...

— Pues bien, dijo Horacio, haciendo un esfuerzo y echándose para atrás : Ernestina se casa.

— ¡Qué dices!

— Lo que oyes... Que se casa y dentro de quince dias... hasta los diarios, que nada

callan, se han hecho éco del caso, y lo anunciaron precisando la fecha... Pero!... ¿qué demonios tienes? ¿qué te hace tanta impresion la noticia para mudársete la fisonomía?... te advierto que al decirte eso... solo pensaba que sentias por ella una simpatía pasajera y nada mas... ¿no es así?

-- Mira Horacio... me han sucedido tantas cosas, que ésta no me estraña... Despues de perder lo que poseia y que poco tambien importa, porque eso bien puede repararse, cayeron tantas cosas sobre mí que me han impresionado indudablemente... pero... ninguna como ésta... me duele de veras.

— Eres francamente incomprendible; importarte el casamiento de Ernestina... no me esplico cómo... ¿ó estabas acaso entendido?... le habias dicho la amabas... ¿Te correspondia?... ¿Qué diablos tenian?... A la verdad, que nunca contastes nada, y como eres tan reservado, respetaba tu silencio... era lo correcto.

— Voy á ser franco Horacio, escucha: mal

podía haberme manifestado á Ernestina, cuando han sido tan pocas las veces que he tenido ocasion de hablarla... La veía desde ha tres años, en los paseos, en los bailes, en todas las reuniones donde asistia... Con ánimo de acercármele, siempre trepidaba, á causa de lo inseguro de mi posicion.

— Si... la falta de medios bastantes... etc... entiendo.

— Es cierto, carecía de la posicion que necesitaba para pretenderla; continuó: antes de fallecer mi padre, quien nunca me habia querido manifestar el estado de sus negocios, llamóme y declaró, me dejaba lo bastante para que pudiera iniciarme con éxito en el mundo... Supe entónces, que si en realidad no era rico, poseía lo necesario para pasar una vida decente y así, seguro ya de mi porvenir, seguí con estímulo mi carrera, buscando siempre á Ernestina de la que estaba enamorado... me gusta tanto!... Fué una noche en Colón... era el Veinticinco de Mayo, ¿recuerdas?... no sabiendo como disimular mi turbacion, te pregunté, quien era

— no conocía otra cosa — pero sabía la tratabas... que era tu amiga ó conocida, y tenía hambre me hablaran de ella... Sucedió la presentación en Palermo... el baile de Valdelares.

— Ya entónces conocí la amabas.

— En ese baile referiste, habías oído decir que era pretendida ó novia de Augusto Marquez, que supongo será con quien casa... No puedo... no sabría explicarte, el efecto que me produjo la noticia... quedé frío y si fué aquella la noche que pensaba manifiestarme... ya no pude hacerlo, tus palabras me quebraron... no tuve valor para decirle nada... no hubiera podido explicarme.

— Entonces quizá hubiera sido tiempo... te lo advertí.

— Tenía que pensar.

— Es que á veces hay que hacer las cosas sin pensarlas.

— Prosigo... Salí del baile aquella noche, desconcertado como comprenderás .. Vino el suceso del negocio, por favorecer á Eduardo Mendez y halagado tambien á decir ver-

dad, entré en la malhadada operacion del Banco Nacional, yo... hombre de estudios que no entendía nada de esas cosas.

Bajaron las acciones... el negocio se lo llevó el diablo, y así perdí el dinero que el pobre viejo á fuerza de años y prueba de economía y trabajo juntára... Sin embargo, todo eso era para mí muy poco... creedlo... esperaba reponerme y unirme á esta niña.

Hice mi retirada á tiempo, porque así las cosas, mal podría pretenderla... Fui á Catamarca, vendo lo poco que quedaba y vuelvo del viaje para presenciar este desenlace, que epíloga de una manera inesperada todos mis sueños, porque desvanece todas mis esperanzas.

Ahora, á qué entrar Horacio en por menores inútiles sobre el cariño que me inspira Ernestina... Tú eres hombre de mundo y sabes lo que son estas cosas... A más, si te hiciera esas ingénuas confianzas, te reirías.

— ¡No tal!... no señor.

— Sábetelo solo, que su belleza, su gracia, su carácter, los recuerdos que de mí hacia,

todo eso llevábame como dominado por fuerzas ocultas, á gustar de ella... digo mal... á quererla si... á amarla mucho.

Arruinado, sin un peso, mal podria entrar á pretenderla... á ella que era rica... Méenos podria animarme á arrancarla de las comodidades que gozaba en su familia y caso que Ernestina, me hubiera atendido, habia llegado para mi un dia, en que recibiendo un golpe rudo que se llevaba todo de mi lado, hasta la tranquilidad, era preciso renunciar á esos ensueños.

Tú sabes que, al estado que han llegado las costumbres entre nosotros, el matrimonio, sin un mediano pasar, es imposible. En mi posicion, nunca hubiera podido llamar á su puerta en busca de cariño y mal podria ir á contraer compromisos, que no podria cumplir... Ahora, dime, dime, si es posible que á un hombre le vaya peor.

— ¿Y qué vas á hacer? le observó Ortiz.

— Aún... no sé.

— ¿Quieres permitirme?

— Puedes hablar.

— Definiendo posiciones, te diré: entre un cariño que nace como el tuyo y que no se corresponde, en razon de impedimentos ó dificultades, y otro, que se rompe ó desata, porque el lazo no es bastante fuerte para conducir unidos á los dos, existe una distancia enorme.

En tu caso, á la muchacha no se la puede culpar, á ser adivina podía haber sabido lo que por tí pasaba... de asi no serlo, queriéndote, puede hubiese abandonado al otro... mas se casa, y esto prueba evidentemente, que solo puede haber abrigado por tí afecto, nada mas, de nó, te habría esperado, dicen que la mujer espera, que el amor así procede, cosa que á mí no me consta... Piensa pues, que no te ama, desde que se casa y en tal emergencia, no debes pensar mas en ella, busca otra ó no busques, eso es lo discreto, lo justo y lo lógico.

— Admirable modo de dilucidar dificultades, exclamó Roquer.

— Pues si así no se vence, escucha el consejo: véte á casa de Ernestina; trata de ha-

blar con ella, manifiéstale que la amas y termina haciéndole una confesion paladina de tu posicion... ¿qué te parece?

— Eso no es posible.

-- Pues entónces, á lo anterior, no hay mas camino, el dilema es de hierro.

— ¡Qué situacion, Dios mio!

— Mira Alberto: contra mi modo de ser, te estoy hablando en un sentido que no acostumbro... hubiera deseado ahorrarme todo este gasto de inútil filosofia... Como las cosas han llegado á un punto dificil... Como conozco tu carácter, veo vas á sufrir si encaras el caso bajo otra faz que la presentada... Es menester veas la verdad desnuda... á qué hablar de otra manera.

Yo sé, que en la vida existen momentos dificiles; cuando estos llegan... cuando se presenta un caso como el tuyo, se lanza uno al mundo en busca de otras impresiones, es bien grande... caben en él todas las ambiciones, todos los deseos... otra cosa no son los hechos con que todos los dias tropezamos... es así como se manifiestan.

Juzgar la vida de otra manera, es lastimarse inútilmente el corazón... ponerse á llorar y si deseas verter lágrimas, toma la sábana y empápala con tu llanto... eso no dejará de causarme gracia en medio de todo.

Terminando de vestirse y dándole otro giro á la conversacion; agregó Ortiz:

— Ahora... hazme el favor de observar bien mi traje... es nuevo como ves... pues sin andarme con ámbages, como dijo un amigo, me he mandado hacer cuatro trajes, está flamante... es un prodigio de mi sastre... ¿qué te parece?

— Muy elegante.

— Cuando! como aquellos que nos hacia en lo de *Pool*... recuerdas? querido... recuerdas?

— Sí eran muy lindos.

— Está bien el *planchao*... ¿está bien?

— Sí hombre... muy bueno.

— Entónces, me voy á la calle de la Florida, paseo obligado de los tontos—y de los que no lo son—á hacer una gira... á las cuatro te espero en el Club; y ahora que recuerdo!

exclamó abriendo el escritorio y llamando á su mucamo Andrés, y despues de tomar un cheque al portador por dos mil nacionales que puso en un sobre, dijo: lleve Vd. eso á quien va dirigido el sobrescrito.

— Felices los que piensan como tú Horacio, dijole Roquer al despedirse.

— ¡¡Felices!! Alberto... eso lo discutiremos otro dia... me voy á mirar á las bellas, y asi diciendo, salió de la habitacion, haciendo girar entre los dedos un baston de ballena y cantando: *La donna e mobile*.



VI

— ¡Eh!... ¡dormilones!... Abran la puerta para dar paso á la gente decente.

Así, dando voces y golpes de puño, ante el dormitorio de Alberto y Horacio, llamaba una mañana de Febrero, un jóven alto y delgado, cuyos vivaces ojos azules realzaban su expresiva fisonomía, que á juzgar por su escasa patilla, indicaba uno de esos jóvenes que entran llenos de brios á la vida.

— Acabarás de gritar é incomodar, exclamó Horacio abriendo la puerta á Manuel Martinez, que era quien llamaba... Es posible, seas un muchacho tan molesto, que obligues á abandonar la cama nada mas que para darte paso.

— Es cinismo espresarse de tal modo,

contestó Martínez; hago veinte cuadras al solo objeto de ver una entidad como la tuya y me recibes así, Horacio; y en seguida dirigiéndose á Alberto, que en aquel momento se daba vuelta para saludarlo, dijole:

— ¡Hola!... Alberto... ¿cómo te va? ¿Todavía dormías?...

Al fin te muestras con cara mas natural, que la que te ví cuando llegastes de Cata-marca... ¡qué diablos tenias ese día! nunca te noté así. Le pregunté á éste, á alma glacial, dijo señalando á Horacio... pero... nada, tampoco me dió respuesta.

— Los negocios andaban mal, murmuró Alberto.

— ¡Los negocios!... ¡los negocios!... vaya un motivo, que por andar mal los negocios, fuera uno á llevar cara de espanto... Aprendiz de mi... yo aunque...

— ¡Adios!... interrumpió Horacio; tomas-tes la palabra y no la vas á soltar en todo el día... Eres tan sempiterno hablador, que la atención mas poderosa es impotente para seguirte... es un torbellino tu cabeza... no

me esplico cómo te nacen las ideas... Te observas, preguntas y contestas... haces todo á la vez... y amontonando ideas sobre ideas, atropellas con tu palabra por todas partes; con razon te llaman, cabeza parlante, se esplica el epíteto.

— Por otra causa y con mas justicia, te dicen á ti alma glacial, le contestó Martinez; hombre incapáz de sentir, y en seguida sentándose sobre un sillón y encendiendo un puro que tomó de la mesa, continuó.

Que ni vivieran en casa de vecindad!... Hagan abrir esa puerta que uno se ahoga aquí de calor... miren que dormir hasta las once, en este tiempo... en Febrero... es un colmo!

— De elegancia... de *savoir vivre*, le contestó Ortiz, á mas si tú te levantas temprano, es porque eres hombre de costumbres atrasadas... nosotros nó, querido... pisamos mas alto... obramos á la inversa de la chusma... gente decente, nos recordamos tarde y levantamos mas tarde aún... ¿para, qué? dirás, para pensar: en la cama siempre se

raciocina bien, ya ves que no vivimos mal... es el uso del día.

— Es elegancia dejarse estar hasta las doce en la cama.

— Elegancia y la mas refinada... supones acaso, que como tú, vamos á seguir con la moda de nuestros abuelos, levantarse temprano, para respirar las esencias que adornan las puertas de calle, y dime á propósito de modas... ¿dónde te vistes?

— ¿Qué?... lo preguntas acaso por éste levita que llevo.

— Si hace á lo ménos tres ó cuatro años que te lo veo... ¿qué virtudes posees para llevarlo siempre nuevo?

— ¡Oh! son los prolijos recursos de que hablaré alguna vez... recursos que sirven al hombre pobre como yo, para andar decente.

— Pero... Cómo!... Cómo! ved que á mí, tambien puede servirme.

— Pues mi amigo, con una friega de aguardiente de cincuenta grados, lo hago todo, y te aseguro que despues de ese baño... ni Prat.

Y siempre hablando continuó :

— Qué bello desórden, el que se vé aquí en todas partes... No hay sinó que recorrer los cuartos para admirarlo, y sinó el ejemplo... En la sala, sobre el sofá un baston, guantes y el sombrero... Mas allá, en una silla, el chaleco... aquí, el frac... en la pieza de estudio otro gran monton de trapos... botines y ropa blanca en los rincones... corbatas en otra parte... todo por aquí... por allá, convertido en el barullo mas espléndido... Vése que son ustedes hombres solteros... no se nota aquí la mano pulcra y hacendosa de la mujer.

·Este cuarto sin ir mas léjos es un laberinto... no sé que pueda existir un desórden mas bonito.

— Este cuarto será todo lo malo que quieras, cabeza parlante, contestó Ortiz, pero á que no has visto ninguno que ostente como él, mas troféos elaborados por las pulcras manos de la mujer, como decias: tohalleros, paños bordados, carpetas, papeleras, relojas, tarjeteras de marfil, que enseñan tier-

nos recuerdos, señales de libro y por último esta coleccion—dijo, señalando la pared, donde colgaban una cantidad de retratos, ¿qué série eh?... artistas, bailarinas y ex-doncellas, hay para todos los gustos, rubias, de ojos azules, blancas de reluciente cabello negro, brunas — como dicen los italianos — de ardiente mirar, altas, bajas, delgadas gruesas... ¡Oh! todas... todas, han ido pasando por aquí, dejando un recuerdo que duraba el tiempo que otro lo sustituía... pobres... Piensa, sin embargo, que todo lo mostrado es sin ostentacion, sirve no mas, para significar que el soldado que anduvo en las lides de Vénus, se ha prendido unos gajos de laurel, siendo mas las victorias que las derrotas.

Y eso, que aquí no están todas, faltan algunas, una planchadora, por ejemplo la muchacha mas limpia y buena que he conocido, y sobre todo una tampera, ante la cual no puedo ménos que detenerme un momento para pintarla.

Tenia veinte y un años.... qué edad

eh!... se enamoró de mí... ¿de qué? ni yo sólo; pero es el caso, que llegó á sentir una pasión tremenda.

Era alta y fornida; sus carnes, frescas, rosadas y blancas, más que la leche que espendía á los consumidores, sus ojos inmensos y negros, su pelo abundante, su boca gruesa, sus labios rosados, hacian de esa muchacha una belleza particular; habia en las formas llenas de vida de mi cerrana, algo de la naturaleza salvaje de las montañas, donde habia corrido su infancia.

Cuando llegaba la hora de dirigirme al tambo, apartábame de los amigos y aparecia allí á su presencia, eran verme los ojos de Juana y relampaguearle de alegría: ¡cómo me quería, y decíame en vascuence; te amo!

Por parecer fina, cometia á veces las mas groseras torpezas, pero yo, á quien no escapaba la razon de sus yerros, se los disimulaba.

Al fin cayó, tenia que suceder asi y ese amor duró tres meses, hasta que se casó

no obstante lo mucho que me costó desahirme de ella—con un lechero, su paisano... yo se lo aconsejé ¡pobre lechero!

Ya ves cabeza parlante que para algo le servi.

— Sí, contestó Martínez; veo por el aire burlon con que te espresas, que no respetas nada... todo te es indiferente, y que á esas demostraciones de cariño que aquí se ven, contestabas con la sonrisa de desden de tu pesimismo, engañando á las que tal vez se te entregaban con el corazon.

— ¡Engañarlas!... engañarlas... ¡cándido!... creias acaso que debia hablarles la verdad, cuando sabia que antes de venir á mí, ya habian mentido á otros... no seas pavo, y atiende:

Referia Napoleon el grande al Doctor Antomarchi, que cuando emprendió su campaña de Italia, el ruido de sus triunfos entusiasmaba á las italianas, que lo seguian por todas partes, pero que despues de la batalla de Marengo, á él, solo lo seducia la gloria, que no les hacia caso, aunque era

verdad que ellas se desquitaban con su estado mayor... Yo aunque, no tengo del primero de los Césares, sinó la figura humana en lo parecido, puedo decir como él, que las mujeres ménos paran mi atencion, las miro como á cosas, porque solo me seduce el tapete verde—mi mal crónico—el ruido de las fichas, las cartas y baste esto, para explicarte mi proceder y sigue con tu crítica; pensando que si al fin no las amo, no les hago una deslealtad, otros las tratan peor, yo no hago tanto—no las lanzo una insolencia, cuando pasan por mi lado, no las sigo las cuabras y cuabras; no las escribo cartas zonzas, que otros llaman de amor; no las ostigo, parandomé en las esquinas de sus propias casas y tantas cosas más, cual hacen la mayor parte de esos mozos vivos, que pregonan de afortunados

— Ya lo creo que he de seguir, dijo Martinez, y continuó:

— Sí, hasta los libros de la biblioteca, véñse en la mas tremenda confusion... Qué mezcla!... *Quel degradinglade!*...

Al lado de Graciella, Nana... los cuentos de Boccacio, codeándose con la Imitacion de Cristo... Los Amores de Ovidio, en medio de las obras de Lord Macaulay... ¿á qué seguir? es la biblioteca el simil, el reflejo mas exacto de los dueños... de Vdes.

Mapas, obras de derecho, confundiéndose con libros de matemáticas, globos, compases, recortes de diarios, cuerdas de la guitarra, que yace abandonada y rota, debido á algun arranque de nervios del dueño... todo por allí... por aquí... revuelto... confuso... entregado á la buena de Dios que es grande.

— ¡Acabarás! cabeza parlante! gritó Ortiz... ¿hasta cuando vas á hablar?... ¿hasta que te den calambres?

— Bueno... me callo, repuso Martinez, exhibiendo una tarjeta, ya que Vds. lo desean, mas ántes, quiero hacerte una pregunta Horacio... ó á ti, Alberto.

— Anoche, al volver á casa me he encontrado con esta targeta—invitacion, que dice: «*Mariano Roldrigger y Maria E. de Roldri-*

guer, tienen el honor de participar á usted el enlace de su hija Ernestina, con el Sr. Augusto Márquez, é invitarlo para la ceremonia que tendrá lugar el quince del corriente á las 9 de la noche, en su casa, calle de la Victoria, etc... » Segun ven, soy de los invitados y como dicen que la fiesta va á estar espléndida, iré; ¿van ustedes?

— Yo pienso asistir contestó disimulando Horacio; en cuanto á Alberto, ignoro si irá.

— Yo tambien voy, contestó Roquer, arrugando la frente.

— ¡¡ Vas!!... le observó Horacio asombrado.

— Sí, iré... al ménos que no suceda algo extraordinario.

— Siendo así, mis queridos amigos, allí nos veremos el Juéves... Con qué... hasta esa noche... me voy, tengo que ver á mis enfermos.

— A mis víctimas, debieras decir; contestó Ortiz, en son de burla.

— Víctimas... un médico como yó... dis-

tinguido... que salva... levanta, al que está postrado, devolviéndolo á la vida salvo.

—Sal farsante, ahora vas á hacer creer que salvas á todo el mundo, porque tienes como tus cólegas, patente para matar.

— Devolviendo broma por broma te diré, que si ese fuera el mote de la carrera médica: matar, bien podría afirmarse de la tuya la abogacía, que á veces no pasa de ser un robo disimulado, porque es cierto que tambien acontece, *que el pillo viva del zonzzo y el zonzzo de su trabajo.*

— La abogacía es una profesion noble, que evita todas las dificultades, repartiendo equitativamente sus servicios; el abogado el que defiende en juicio los derechos de tercero, salva...

— O arruina.

— No me interrumpas, cabeza parlante: salva decía, levanta de la desgracia á muchos de esos infelices, que despues Vds. despachan al otro mundo, enviándolos al cementerio, para emprender el largo viaje.

Verdad es que existen sus excepciones,

que no siempre el abogado suele cumplir como debiera con sus obligaciones, pero esos son defectos inherentes á la profesion. No quiero con esto decir, que procedan rectamente, más de un abogado, que ha hundido en la miseria á una familia; ó que cumplan con su deber ciertos jueces, que no pasan de ser unos holgazanes inamovibles.

Y aquí es el momento, les relate un hecho propio, ya saben que yo soy el hombre de las anécdotas. El caso es el siguiente: Me habian nombrado síndico de un concurso, en época que, pobre como Amán, principiaba mi carrera forense. Dias aquellos, no exagero, en los que viví á fuerza de copas de leche, alimento nutritivo y sobre todo el mas barato.

Corriame el hambre y me devoraba solo, con la sonrisa en los lábios, el dolor; era esa mi virtud, porque aquí entre nos, está bien les advierta, que al estado á que hemos llegado, á la gente le choca ó le disgusta, que vaya uno á manifestarle sus sinsabores y

penurias, porque á más de que no daran nada, — vamos revistiéndonos del egoismo calculador de la sociedad inglesa, — muchos piensan en sus adentros, al oír la queja: *embrómate*, por no decir otra cosa.

Como abogado, habiame convertido en roedor de tribunal; en una especie de hurón, que echaba mi voráz mirada sobre las páginas amarillas y garabateadas de los expedientes, buscando modo de satisfacer mis apremiantes necesidades... vida de lucha, pero insoportable.

Recuerdo que en uno de esos días sombríos, se venció una obligacion, que era para mí un caso de honor. Acudi á tres *amigos* millonarios, á objeto que me salvaran del compromiso — tratabasé de una insignificancia — y les rogué en vano, no tenían como socorrerme: en cierto día y á determinada hora, sus cajas se encontraban vacías para mí, no se podía hacer un préstamo. Aquella fué una vergüenza inútil, y víme obligado á dejar sus casas caminando no sé cómo: así recorri las calles en una

noche de frio espantoso y preguntandomé : donde están los caballeros.

Estás sólo Horacio!... sólo!... han supuesto ibas á robarlos ; y caminando anduve en todas direcciones, diciendo para mí el adagio : *qué amigos tienes Benito*; hasta que estallé en una carcajada de dolor.

Cayó, como decía el nombramiento de síndico, que fué para mí, presente del cielo. Corridos los trámites legales, hizose la graduacion de créditos, pero no se presentaron los acreedores á reclamar la ínfima cantidad que los cesionarios habian dejado libre, y digo *cesionarios*, faltando á la verdad; pues aquello no habia sido tal cesion de bienes, sinó la quiebra mas fraudulenta y escandalosa de que haya memoria... en fin, debieron-me los tales *cesionarios*, los libertase de la vergüenza y prision consiguiente.

Los acreederes no verificaron sus créditos y aunque el tiempo urgía, esperé sin embargo ; mas estaba de Dios, que el dinero existente debía ser mio.

Solicité, como era natural, se cerrase el

concurso, por insuficiencia de *activo*, lo que se ordenó.

Quedábamos tres acreedores, dos Bancos y yo, que como síndico, tenía privilegio por mis honorarios.

Los bancos poseían mucha plata, yo moría de hambre, según lo tengo dicho, y exhibí mi cuenta y se me pagó.

Poco tiempo después, presentóseme un abogado, mas pobre que yo, figúrense cómo sería, de la más ínfima categoría; á juzgar por la *catadura*, el tál, no podía ménos que haber salido de algun Juzgado de Paz. Páreceme verlo todavía, con su largo leviton cargado de lamparones, su sombrero alto de forma cilíndrica y un pantalon de color indefinible. Venía á reclamarme en nombre de los que lo acompañaban, acreedores, los fondos del concurso.

Le contesté no existían, pues de ellos había-seme pagado mi honorario y alumbré al respecto el artículo del Código Civil pertinente al caso: bendito artículo !

— Pero todo se lo llevó señor, observóme.

— Es natural... todo... ¿qué?... ¿acaso quería se lo dejara para Vd.? — Protestó luego unas palabras de excusa y volvió á salir con su procesion de acreedores.

Supe despues, que había concurrido á la oficina, á reclamar un saldo que suponía quedaba en el Banco... el pillo queria guardárselo, porque no me esplico, que con cien fuertes fuera á pagar treinta mil que se adeudaban, y como el Secretario le advirtiera que tambien yo los había extraido para reponer los sellos: abriendo desmesuradamente los ojos y con tamaña boca dijo: ¡Tambien se los llevó!... ¡però ese hombre es insaciable!... ¡Es como el fuego !... ¡nada le basta!

Ved, en el cuadro presentado, *matasanos*, si fui pillo ó tonto ó discreto. ¿ Tú no lo habrías hecho... cabeza parlante?

— Horacio que estás bromista!... Deberas tomar ejemplo de Alberto, que entregado á sus meditaciones permanece abstraído... me voy... si permanezco aquí, va á sucederse un pugilato de palabras, cuya conclu-

sion me obligará á alzar, ese medallon de Voltaire, que me gusta tanto.

A más... tengo que dar mi exámen de tésis, prepararme, estudiar, y ...escribir un libro.

— Prepararte... estudiar tú... ay! Alberto... qué rico... dice va á estudiar, pero .. si no tienes á qué hacerlo... tomando el hilo del discurso, aturdes á palabras á la mesa... desmayas á los catedráticos... anda... anda... pobres examinadores. En cuanto al libro que vas á escribir te pido le pongas por titulo: *El gran sotreta ó el buey sólo bien se lame*; es de actualidad...

— Ya te contestaré otro dia, dijo Martinez y se despidió.

Ortiz, prestó atento oido á la salida de Martinez, y cuando estuvo seguro que se alejaba, dirigiéndose á Alberto, dijo:

— Hace un momento te oí, pensabas ir al casamiento de Ernestina. ¿Es eso cierto, Alberto?

— Es cierto.

— ¡Vas á ir!

— Sí... si... voy á ir!

— Me asombra deveras!!!

— ¿Tú no irías... es verdad?

— Yo, sintiendo amor.. queriéndola como tú dices quererla, antes de ir al casamiento, me mandaría mudar á los mares de la China... ¿Qué vas á hacer allí?... no me esplico tu presencia... Repito, que no vuelvo de mi asombro!

— Dejad no mas... yo se lo que hago.

— Francamente Alberto... si tal haces eres un valiente... un héroe... algo que no puedo esplicarme.



VII

En dirección á casa de Roldriguer, la noche que tenia lugar el casamiento, decia Horacio á Alberto.

— He venido guardando silencio intencionalmente, porque meditando, no puedo ménos de preguntarme, lo que vienes á hacer á ésta casa... no comprendo cómo, te animas á presenciar ceremonia semejante... francamente...

Por toda respuesta á las reflexiones del amigo, lanzó Roquer un enfin y contestó:

— Ya no es el momento de filosofar, llegamos al fin y esforzando la voz, agregó: aquí hay un mundo de gente, segun parece.. Ahora, dijo á Ortiz, haz lo que te plazca; en cuanto á mí... déjame... hablaremos mas tarde.

Habian llegado efectivamente á casa de Roldriguer y luego que penetraron y cambiaron los saludos entre los conocidos, que se encontraban en el *toilette*, ambos amigos entraron á los salones, donde los invitados esperaban el momento de la ceremonia.

Las damas y caballeros, aguardaban impacientes, el momento de la bendicion nupcial que se hacía esperar.

Sintióse al fin el rodar de un carruaje que se detuvo ante la casa, descendiendo de él, el doctor Esquirols, sacerdote tio de Ernestina, que iba á efectuar la union, y breves instantes despues, apoyada en el brazo de su padre, vestida de novia, coronada la cabeza de azahares, que le caian como una lluvia por la falda de su vestido blanco; realzada la hermosura por el albo traje, tierna, ruborosa, presentóse Ernestina en el salon, á jurar ante los presentes y en nombre de la religion, unir su nombre á Augusto Marquez para ser su fiel esposa.

Aquella concurrencia, aquellas damas y niñas, aquellos caballeros, que la vieron

aparecer mas bella que nunca, segun decian, no pudieron reprimir sus exclamaciones de admiracion, y mas de uno, sentia latir de emocion su corazon, como homenaje á aquella belleza porteña, cuyos hermosos ojos negros, de pupilas llenas de brillo, se ocultaban esa noche, velados por la melancolia.

Terminada la ceremonia y mientras Márquez era abrazado y felicitado por los amigos; Ernestina emocionada, sollozando, se abandonó en brazos de sus padres y depositó señora, el primer beso, en aquellos con quienes hasta entónces vivió feliz.

Pasado ese momento, los instrumentos de la orquesta hicieron sentir sus acordes, y los concurrentes dieron principio al baile, que debia amenizar el casamiento.

— Desde hace media hora te sigo con los ojos... no te pierdo pisada, dijo Horacio á Alberto, acercándose; dásme lástima de veras y creo que lo mejor que puedes hacer es retirarte... mandémosnos mudar... ven conmigo... tú aquí estas de más, y en cuan-

to á mí, como toda esta gente me es indiferente, te seguiré gustoso.

— ¡Qué!... quieres que me vaya con-
testó Roquer... ni lo pienso... voy á que-
darme un momento más... despues... cuan-
do ella se retire... entónces, te aseguro, que
yo tambien me iré.

— Está bien Alberto... voy y vuelvo...
quiero hablar á la señora de Rivera, que la
he invitado á bailar ésta cuadrilla... ¿vas á
quedarte aqui?

— Sí.

*
* *

Alberto permaneció algunos minutos,
pretendiendo distraerse en admirar unos
cuadros, cuando sintió que la señora de
Rivera acompañada de Horacio le decía:

— ¿Qué es esto Sr. Roquer?... ¿por qué
tan solo?... ¿no baila Vd?

— No señora, ya lo vé Vd... por el mo-
mento... no bailo... no he encontrado com-
pañera... están comprometidas.

— ¡Comprometidas tratándose de Vd...! diga mas bien que no desea bailar... ¿no es así Ortiz?... ¿cómo va á faltarle á Roquer con quien bailar?

Eso, precisamente, digo yó, contestó Ortiz; no baila porque no quiere sin duda; de lo contrario hay tantas... tanta hermosa niña, que basta mirarlas agitarse graciosas para que uno se alegre.

— ¡Y cuántas! agregó la señora;... cuantas! se complacerían en ser acompañadas por Roquer.

— ¡Ah! señora exclamó éste, á eso solo puedo contestar, que me sentiría elevado por encima de mis escasos merecimientos si así fuese... tan cierto es lo que afirmo, que si deseo pasearme con alguna dama, no sería sinó á Vd. señora á quien me permitiese hacer el pedido.

— ¿Cuándo?

— En cualquier momento; ahora, si Vd. gusta.

La señora de Rivera miró á Ortiz, y éste presentándola exclamó:

— Entónces, la cedo Alberto; y haciendo una cortesía retirósé.

— Con que el amigo no se divierte, dijo la señora.

— Yendo con Vd. sí; me encuentro contento... ¿por qué me hace Vd. esa pregunta?

— Como soy ingénuo se lo voy á decir: ¿no advierte cierta tristeza en esta reunion?... hasta en la cara de los dueños de casa se dibuja... ¿no le parece?

— No... no lo he notado.

— Hasta Ernestina... ella que es tan linda y que esta noche está como nunca... hasta ella, me parece tan triste... ni una sonrisa.

— Es natural, señora, despues de un momento tan imponente... A más, Vd. sabe que los novios no acostumbran estar risueños en casos semejantes... es á veces, tan incierto el porvenir, que por mucha fé que se tenga, siempre se teme.

— Con todo... pero... hablemos de otra cosa, exclamó la señora mudando de conversacion... ¿y Vd. cuándo se casa?

— ¡¡¡ Yo!!!

— *Ave-maria*, Roquer... se ha espresado Vd. con un modo... con una entonacion... ni que hablara del otro mundo.

— Vd. exagera señora, dijo Roquer, creyéndose vendido; es que yo, aun cuando muchas veces he pensado casarme, no he ensontrado en realidad; porque ha de saber Vd. que aunque la frase de no encontrar esté ya muy gastada... á mí, á decir verdad, es lo que me ha sucedido... no he encontrado... no he tenido suerte bastante.

— Diga mas bien que no ha querido... no está muy lejos de aquí una señorita, de quien se dijo alguna vez, que sentia grandes simpatías por Vd.

— ¿Y quién es esa niña, para poder siquiera saberlo?... ignoro completamente.

— Y si fuese tarde ya, ¿para qué saberlo?

— Para vivir unido á ella por la gratitud.

— Pues se ha afirmado, que la que ésta misma noche se ha casado... Ernestina, gustó en un tiempo mucho de Vd.

Algo, como una nube cruzó en aquel momento por los ojos de Roquer, pero do-

minando la emocion, invitó á la señora á sentarse.

Aquellas palabras le hicieron tal impresion que permaneci6 mudo algunos minutos, haciendo como que admiraba las parejas que cruzaban ante ellos; luego serenándose habló:

— Pues tiene Vd. bromas muy particulares... mire que decir á propósito de simpatías, que Ernestina las sentía por mí... suponerse podría quererme... ¡es singular!... no veo paridad ninguna entre una y otra cosa... A más, un hombre puede recoger simpatías, más ó ménos sérias entre las personas que lo traten... pero de ahí, á ser tan afortunado para hacer de una niña una amiga, en el sentido verdadero de la palabra, y de allí ir hasta el cariño... el amor... es tanta la distancia.

— Por simpatia se empieza Roquer... háse dicho, es ese un fuego fátu6 que despues enciende una pasion.

— Si... no opino lo contrario.

— Vengo á buscar á mi mujer dijo, el Sr.

Rivera, que en aquel momento para fortuna de Roquer se presentaba... Si Vd. permite Sr. Roquer voy á llevarla al otro salon... una amiga la llama... quiere verla.

— Que no sea yo impedimento para ello, contestó Roquer y dando las gracias se retiró.

Las palabras pronunciadas por la señora de Rivera habían confundido á Roquer; aquella noticia inesperada lo sorprendió; aturdido, mareado, anduvo ya de un lado á otro, sin atinar lo que queria, ni á donde dirigirse, hasta que vió á Ernestina, que apoyada al brazo del padre dirigiase á una salita, donde se sentó en un sofá permaneciendo sola.

Siguiendo sus impulsos, fué Roquer tras ella, yendo á recostarse en el marco de la puerta del saloncito.

Desde allí, solo, léjos de todos, podia admirar á la mujer que tanto amaba; á la que habia evocado como un estímulo para su vida, y que causas poderosas se la quitaban para entregarla á otro hombre.

Absorto en su contemplacion, impresionado por el agudo dolor que aquella sepa-

ración le causaba, sintiendo que las palabras de la señora de Rivera le herían los oídos, permaneció breves instantes, hasta que un movimiento suyo, llamó la atención de Ernestina, que al mirarlo allí, sólo, fijó en él sus ojos, volviendo triste á bajarlos.

— La llegada de Márquez y la invitación que hiciera á Ernestina para que lo siguiese, cortó aquel diálogo mudo, de dos miradas, que se encontraban, tarde ya, para que fueran felices.

Las personas que desparramadas en los patios y corredores, se paseaban aspirando el perfume de las flores que adornaban la casa, al sentir cruzar á los desposados les abrieron paso, y el ruido que poco después hizo sobre el pavimento el carruaje, anunció que la pareja se alejaba.

— Y ahora ¿qué hacemos? dijo Ortiz á Roquer, estrechándole las manos.

— Ahora, contestó éste; nos vamos... no puedo más.

Y dirigiéndose al *toilette*, los dos amigos, tomaron sus abrigos y partieron.



VIII

Cuatro años despues de aquella boda, Roquer y Ortiz, se encontraban de paseo en Montevideo gozando la temporada balnearia.

Era la estacion de moda, en la que muchas familias argentinas, por variar de vida las unas, ó para aprovechar los baños de mar las otras, acudian á la capital de la ribera opuesta, á pasar los meses de Estío, fortaleciendo asi los vínculos de simpatia de dos pueblos, que casi siempre y no obstante las peripecias de su agitada vida, se han encontrado unidos en el camino, luchando á la sombra de una misma bandera ó siguiendo unos mismos propósitos.

Mas pintoresca, aunque ménos poblada que la capital Argentina, presenta la ciudad de Montevideo en ésta estacion, un grado de

animacion poco comun allí, al que contribuye en no pequeña parte, la cantidad de viajeros que arriban en busca de distracciones y atractivos, y que llenan los hoteles, á punto tal, que es á veces difícil encontrar cómodo alojamiento.

Confundidos entre aquella masa de compatriotas y amigos, Roquer y Ortiz se prometían pasar unos dos meses de la mejor manera, pues negocios felices llevados á término por ambos, permitíanles el lujo de descansar, descanso que les era tanto mas amable, cuanto que siendo solteros y sin obligaciones podían dejar correr los días exentos de inquietudes.

Hombres jóvenes, amantes de la aventura y admiradores de lo bello, los dos amigos se trazaron como programa vivir esos dos meses, de la mejor manera.

Así ; no bien llegaron y consiguieron alojarse, preguntáronse lo que debían hacer, para dar cumplimiento á sus proyectos.

Habian pasado diez dias, cuando una mañana, paseándose por el dormitorio y dando señales de impaciencia, decia Ortiz á Roquer:

— Levantarse temprano..... temprano ¿eh?... ir á los baños... volver al Hotel... almorzar... dormir unas siestas que á veces duran todo el dia... salir por la noche á la calle del Diez y Ocho... visitar las relaciones, he ahí una cosa en la que nunca pensé y que va pareciendo dificil de cumplir, mi querido Alberto.

— Es decir que á pesar de no hacer nada, que es para tí tu mayor gloria, te quejas... pues mejor vida que ésta... ¿dónde encontrarla Horacio?... al ménos, por el momento, le observó Roquer.

— Dónde... dónde...

— Lo ves, tambien á veces, no tienes que contestar... á más, tu sabes que aqui se juega... y el juego que constituye para tí el mejor atractivo, debe consolarte...

— ¡Ay!... yo si me aburro querido... es-cepcion hecha del dia juéves, en que tuve la

dicha de conocer á la interesantísima dama de la calle del Daimán, no hice otra cosa ésta semana que fastidiarme de lo lindo.

— Si, dijo Ortiz, la dama áquella de los ojos verdes... aquella luciérnagas, que en tu sentir cuando miran ciegan.

— Y sobre todo, Horacio... ¡qué inteligente!... ¡qué gentil!... qué momentos deben gozarse en su casa, al lado de ella... El otro día, hubieras visto, con qué gracia me corregía mis garrafales disparates cuando hablaba el francés... si es tan *mona*!

— ¡Adios!... vas á enamorarte otra vez, desgraciado... — Entónces espera, que empiece á contar: Clelia... Ernestina...

— Y párate ahí, que basta, Horacio.

— Sí; la verdad, basta; pero... qué modo de querer! qué nérvios! y eso que no te habias entendido con ninguna de ellas... ¡Qué hubiera sido si te hubiesen correspondido!

— Llevo conmigo como una sombra el recuerdo de una de esas mujeres... no sé por qué, más cada vez que me acuerdo..., é iba

á continuar Roquer en ese sentido, cuando apartando Ortiz á su amigo de la conversacion, exclamó:

— Mejor es que dejemos eso... es tiempo perdido.

— Es verdad, dijo tristemente Roquer, es tiempo perdido.

— ¿Por qué no tratas de recuperarlo, con la dama de la calle del Daiman... á que te enamoras?

— Nó... yo nó... basta!... quiero estar tranquilo.

— Si se tratára de un hombre parecido á mí, lo creeria, pero de uno que se llama Alberto Roquer... declaro que es imposible.

— Bueno... bueno; á otra cosa — Quiero hacerte una pregunta.

— Habla.

— Dime Horacio... cómo tú, que tienes un carácter tan jovial y que segun parece nunca te agita una pena... cómo tú, que para este tiempo, nada urgente tenias que hacer en Buenos Aires, y que sin embargo deseabas salir de allí por unos dias, no querias

acompañarme á este viaje... ¿cómo se explica? responde.

— Es que he venido muchas veces á Montevideo, y ¡no constituyendo esto para mí novedad... no tenía gran gana... te empeñaste, pediste, luchaste y al fin conseguistes arrastrarme... ved ahora si soy tu amigo...

— Te agradezco mucho la amistad y te aseguro sé corresponderla; mas en cuanto á ver, lo que veo, es que tú andas aquí de mal talante por lo general; yo no quiero que por mí te violentes, cuando deseas volvamos, avisa... estoy dispuesto y pronto.

— Me es indiferente quedarme ó volverme, aguardaré aquí unos quince dias más y despues, si es que tu amor no aumenta, alzaremos las malas y nos mandaremos mudar... ¿entiendes?

— Cuando quieras, pero... ¿durante ese tiempo vas á pasarlo así?... como ahora, durmiendo el dia entero, para levantarte al solo objeto, de andar unas cuantas cuabras y luego, zás-trás al tapete.

— Y de lo contrario... ¿qué hacerle? el jue-

go, único recurso de ésta vida mia tan aburrida... Si vieras : ayer me descolgué con un golpe tremendo... estaba en mi noche... volví con trescientas cincuenta libras... ¿qué tal?

— No me esplico como no te duele eso.

— ¡Dolerme!... Si son esas las grandes emociones... ¡oh! sí las experimentases, verías... verías, cuantas cosas hacen olvidar ; y al terminar Horacio de hablar, púsose sombrero.

— ¿Qué te pasa? preguntóle Roquer.

— Nada... Pienso no más.

-- ¿ En qué?

— En nada.

— Valiente respuesta... y como viera que Ortiz seguía en el mismo estado insistió en la pregunta y dijo :

— ¿ Por qué te pones así?.. habla... habla.

— Es tu contagio, contestó Ortiz ; forzando la sonrisa... concluirás al fin por ponerme taciturno, y en seguida queriendo cortar el diálogo, encendió un cigarro y tomando el sombrero, dijo á Alberto.

— Ea... vámonos á los baños, que ha llegado la hora, — diré, en estilo elevado, — de sumergir nuestros cuerpos en las ondas saladas de la mar de Atlante, y dirigiéndose al corredor impulsó á Roquer que lo siguió.

*
* *

La playa de Ramirez estaba esa mañana llena de la gente conocida de Montevideo, por lo que Roquer y Ortiz, no tardaron en acercarse á los diversos grupos de bañistas que dejando rodar la conversacion aspiraban la fresca brisa del mar, propia de las mañanas de Diciembre.

Poseía en tal grado el arte del disimulo Horacio Ortiz, que Roquer no había notado que su amigo buscaba afanoso, entre aquel cuadro de bellezas orientales, á una que no aparecía, no obstante lanzar la mirada en todas direcciones.

Cansado de buscar en vano, preguntó al amigo:

— ¿Y, llegó la interesante dama de la calle del Daiman?

— Si... allí está, contestó Roquer; mírala con su lindo vestido de malla, que le cae con toda gracia, y con su cintura tan bien ceñida... Parece no toca el suelo... no hay ninguna como ella, busca y compara.

— ¡Cuidado!... no vayas á enredarte en esa red ó malla, según dices.

— No es para tanto... siento que mis pasiones se amortiguan.

— ¡Amortiguarse en ti las pasiones!... si eres un romántico.

— Debieras decir un hombre sentimental.. Mas en cuanto á tí, agregaré: ¿por qué me preguntabas en el camino, si vendría la chicuela que vimos ayer?

— ¡Ah!... porque me gusta.

— ¡*Helas!*.. te estás enamorando... ¡Bravo!

— Si... me gusta... mirarla; como me parece ver aquel par de *pavos*, dijo señalando unos novios; que vienen aquí á hacer sus amores en público, á estar muy juntos y hablarse al oído, como si les fuera á

faltar tiempo de mirarse, hablar y besarse.

— Me cuentan, que la *chiquilina* que te gusta, tiene una hermana la que fué á Europa y dejó una historia por allá... Tú que has estado en Paris, donde dicen sucedió el hecho... ¿sábes algo de eso?

— A ciencia cierta, contestó Ortiz como contrariado, ignoro... oí efectivamente, no sé que historia de amores, pero como no le iba gran cosa á mi curiosidad no le presté atención.

Siguieron conversando y haciendo comentarios á propósito de los saltos que daban las bañistas por la impresion que al entrar al mar, les causaba el agua, hasta que llegó la hora de la vuelta, en la que los amigos tomaron el tramway y volvieron á la ciudad, en compañía de los concurrentes á los baños.

Así, yendo á la Playa de Ramirez, paseando á todas horas, ó durmiendo como decía Ortiz, se pasaron los quince dias y los amigos volvieron á Buenos Aires.



IX

- Doy la fila con el *Wassy*.
- Voy mil á quinientos á *Marius*.
- Juego con *Hebreo*.
- *Terminacion* contra *Nana*.
- Tomo!
- Acepto!

Aquellos gritos y exclamaciones que, se oían en todos tonos y salían sin interrupcion de los lábios de los *sportman*, dando formas visibles á las apuestas, indicaba que la reunion de Otoño en las carreras, tenía lugar en el Hipódromo Argentino un hermoso domingo de Marzo, que invitaba á los concurrentes y á las familias á pasar el dia en esa diversion.

La aglomeracion de gente en la cancha, los grupos que rodeaban el recinto de la balanza, los hermosos caballos que esperaban el turno para medirse con sus rivales, los vistosos trajes de los *jockeys*, los que se detenian preguntándose sobre las condiciones de tal ó cual animal, aquellos que ya en un sitio ya en otro se convenian sobre las de las apuestas, los que corrian en todas direcciones, los numerosos carruajes que á cada instante llegaban y las familias que presenciaban la fiesta desde el gran palco, formaban un conjunto animado, alegraban la reunion.

Desde uno de los palcos, presenciaban las alternativas de la primera carrera, Alberto Roquer, Horacio Ortiz y otros amigos.

De pronto tocó Ortiz á Roquer y le dijo despacio, como para no ser oído :

— Ahí está.

— ¿ Quién ? .esclamó Roquer, que tenia los ojos fijos en los caballos que corrian, no entendiendo lo que su amigo queria decirle.

— ¡Cómo quién!... ¡quién ha de ser!... Ernestina.

— ¡¡Ernestina!! dijo Roquer, apartándose... ¿dónde?

— Ahí sube... no la ves, viene hacia aquí.

Efectivamente Ernestina Roldriguer de Márquez, llegaba en aquel momento, acompañada de dos amigas, y entraba á un palco próximo al ocupado por Roquer y Ortiz.

No bien las hubo dejado quien las acompañaba, que no era otro que Augusto Márquez, acercóse á Horacio y Alberto, preguntándoles :

— Y muchachos: á qué caballo juegan esta carrera que van á largar... supongo es la segunda.

— Voy á *Terminacion*; contestó Roquer.

— Y yo á *Diana*, dijo Ortiz.

— Bien... á mi esos caballos no me gustan... prefiero el *César*; juego contra los dos, doscientos fuertes.

— Aceptado; contestaron.

La carrera se largaba en esos momentos,

y los caballos cruzaron rápidos frente al palco, despertando la emoción de los que confiaban el dinero, á la mayor lijereza de sus favoritos. Siguieron confundidos en un principio, pero al empezar la segunda vuelta, el caballo á que jugára Márquez, les entró á sus rivales, pasando adelante é iba á terminar ésta, cuando á unos doscientos metros de la raya, se adelantó rápido *Terminacion* sobre los otros y cruzando como una flecha ganó la carrera.

Inter los hurras, vivas y aplausos saludaban al vencedor, Márquez dirigiéndose á Roquer y Ortiz, decia :

—Esta vez me han ganado Vdes. y en buena ley, he aquí el dinero... por el momento pierdo... no importa... he de resarcirme en las subsiguientes.

Siguieron nuestros conocidos hablando y entendiéndose sobre otras apuestas, hasta que Márquez, les dijo :

— Mi mujer y las que con ella vienen, me están llamando; vamosnos allí, harán Vdes. de paso sociedad; traigo dos muchachas

casaderas muy *monas* y tambien muy buenas, para Vdes. hombres solteros.

La aceptacion á la invitacion de Márquez no se hizo esperar, y Roquer y Ortiz penetraron al palco, donde estaban Ernestina y sus amigas.

El primer encuentro de dos personas que se han querido y á quienes la suerte ha separado, produce en el ánimo una impresion, que no se puede explicar.

Ya fuera temor, ya emocion, es el caso que despues de la presentacion, se encontraba Roquer en tal estado, que no acertaba á darle un giro animado á la conversacion, dejando que su amigo Ortiz hiciera todo el gasto de aquella.

Hablando de los paseos ó reuniones que tenian lugar en la estacion, se continuó la conversacion hasta que Ortiz, despidiosé dejando á Roquer, en compañía de las damas.

Terminadas las carreras, Roquer acompañó á la familia hasta el carruaje y al despedirse Ernestina, le dijo:

— Espero no sea ésta la última vez que nos veamos... Vd. sabe donde vivimos... los sábados recibimos á nuestros amigos... ¿Quiere usted hacernos compañía uno de esos dias?... cuando no tenga donde ir.

— Señora, contestó Roquer al aceptar agradecido tan galante y honrosa invitacion tenga Vd. la conviccion, que aunque tuviera donde ir, siempre preferiria la casa de Vdes.

— Entónces adios y hasta el sábado.

— Hasta el sábado, señora y diciendo así, se despidió Roquer de Ernestina, de las amigas y de Márquez.

No bien terminó aquella escena, Ortiz que la habia observado, se acercó á Roquer preguntándole.

— Y... ¿ cómo te ha ido?

— ¡Me han invitado á comer los sábados!... me han ofrecido la casa!... voy á ir!... voy á ir!

— Pero hombre... cálmate... ¡ qué emocion!... no es para tanto!

— ¿No es para tanto? replicó Roquer; y

he estado esperando cinco años esta invitación, que es para mí un presente del cielo... algo desconocido que yo no sé... no sé; me deleito al solo pensar voy al fin á verla... ¡qué digo, á verla! á hablarla!... á oirla!

— Y sabe Dios, donde irás á parar... ay! Alberto, en estas cosas siempre se conoce como principian, se ignora como terminan.

— Basta!... basta! de filosofía Horacio, acepto todo con tal de verla... si; acepto! y al concluir esta palabra, tomó á su amigo de la cintura y lo alzó sobre la victoria, diciendo al cochero:

— Juan: al *Café de Paris*.



X

Saltándole el corazón, sintiendo que las piernas se le doblaban, temblándole los labios, ya de temor, ya de placer, conmovido, no explicándose lo que experimentaba, se dirigía Alberto Roquer, la tarde del sábado convenido á casa de Augusto Márquez, en cumplimiento á la invitacion que le hiciera Ernestina.

Cinco años habia esperado aquel dia; cinco años que le parecieron siglos. Cinco años en que una preocupacion continua habia combatido su espíritu, porque el recuerdo de aquella mujer, constantemente le habia aparecido, presintiendo hacerla suya.

Al fin llegaba ese dia; al fin iba á visitar

en aquella casa, donde se prometia pasar las mejores horas de su vida, tal era la abstraccion que sobre él ejercia Ernestina.

El porvenir no lo preocupaba; sintiéndose hombre, se creía capaz de luchar en todo los terrenos, venciendo cuantas dificultades se le presentasen, por desiguales que fuesen sus medios para contrarrestarlas; nada le era eso, siempre que fuese amado por Ernestina, hacerla suya, como allá en sus pensamientos, en sus sueños de todos los dias la llamaba.

Habia vivido hasta los treinta años, aburriéndose segun decia, y era esa mujer la que iba á transfigurarle. Sentia hambre de cariño, como lo manifestaba á Ortiz en sus momentos de expansion, cuando tenia necesidad de desahogarse.

Jóven, vehemente, soñador, pensaba que aquel amor tenia que hacerle feliz y sintiendo le conmovia las fibras de su organismo decia: ahora!... ¡ahora! sí; me bato en retirada con el mundo, para entregarme solo á Ernestina.

Diciendo así, absorto en esos pensamientos, llegó á casa de Márquez, y tratando de reprimir su emocion, llamó á la puerta y entregó al mucamo su tarjeta.

Apartólo de su preocupacion una voz que desde el vestibulo lo llamaba, diciéndole:

— ¡Adelante!.. querido Roquer... adelante... cómo se hace Vd. esperar.

— Es que no siempre se tiene la fortuna de ser puntual, contestó éste, saludando á Márquez, quien lo recibió.

Cambiado los cumplimientos de estilo, hablaba con Márquez de los sucesos del dia, cuando presentóse Ernestina, exclamando:

— Al fin lo tenemos por aquí... ¡qué grata sorpresa!... Ha sido menester repetir hasta el cansancio ésta invitacion, para que Vd. quiera venir á pasar unas horas en ésta su casa... ¡por Dios!... como es la vida de los hombres solteros!... nunca se dan tiempo para nada, se conoce lo pasan entretenidos... ¿no es verdad?

— Señora, si se han de medir las visitas de un hombre, por la simpatía que las fa-

milias inspiran, debo declarar: nunca fué un deseo mas halagüeño, que el que experimenté cuando pensaba tener el placer de visitar á Vds.

— Y entónces, cómo se esplica no haya venido Vd. antes... conociéndonos desde Inglaterra. — Segun dice Márquez, él lo trata... es su amigo desde mucho tiempo ha, circunstancia que ha valido para que ésta casa le fuera ofrecida muchisimas veces.

— Por una razon sencilla, fácil de esplicar... tuve tanto que hacer en estos últimos meses, que á pénas me daba tiempo para cumplir mis atenciones... A más, por lo general vivo en el campo á menudo — reza-
gos de la vida inglesa — y esto me aleja de la ciudad como Vd. comprende.

— En ese caso, ahora estará ménos atareado... ¿verdad? motivo por el que confio será Vd. uno de nuestros visitantes.

— Lo juro; dijo sonriendo Roquer.

Despues la conversacion se hizo general, hasta que llegó la hora de pasar á la mesa.

*
* *

Era Alberto Roquer una de esas inteligencias claras, de ilustracion poco comun, que hermanando la rapidéz de la concepcion con la elegancia del buen decir, hacian de él un estilista, uno de esos hombres á quienes en nuestros salones dá en llamárseles y con razon, artistas de la palabra.

Dominado por Ernestina, cuya belleza le aparecia cada vez más deslumbradora, apeló á todos sus medios, tocó todos los resortes para parecerle agradable, no escapándole que por la brillante educacion que recibiera y mucho mas por la delicadeza de sus sentimientos. Ernestina estaba muy léjos de la vulgaridad de aquellas mujeres, con las que se rosaba todos los dias.

Sentado á la mesa, cayó la conversacion sobre libros y literatura, é invitado Roquer para que espusiese cuáles eran en su sentir, de los autores en voga, los de su predileccion, enumerando aquellos que por su celebridad eran los mas conocidos, analizó los méritos que en su entender poseian.

Se espresaba Roquer con tanta naturali-

dad, usaba de tal sencillez en la exposicion, luciendo un recto criterio, que Ernestina no pudo ménos que alabar aquellos conocimientos hasta exagerarlos, é inter que una ú otra de sus opiniones era rebatida por Ernestina que, gentil siempre al fin cedía, dieron término á la comida, pasando luego á la sala, donde aquella tomando el arpa, tocó unas variaciones de *Aida*, tan admirablemente interpretadas, que Roquer sentíase turbado al escucharla, recordando que pocos momentos antes se había permitido hablar de música en presencia de ella, que le había observado con toda gracia; cómo era así, que en gustos musicales estaba algo atrasado.

No era difícil por otra parte, para un hombre del carácter é inclinaciones de Roquer, que una mujer como Ernestina le despertara sus sentimientos mas caros.

La veía en su presencia, allí, en su casa; la contemplaba con su vestido color habana, cruzado á rayas de raso amarillo, ajustado á la cintura por un cordon de seda que le

caía con gracia sobre la faldas; la admiraba viéndola correr rápidas las manos por las cuerdas del arpa y detenía los ojos en su cuello, blanco y fino como el alabastro, sobre el que se alzaba su cabeza, aquella cabeza sobre la que hubiera depositado el mas puro de sus besos, á serle posible acercar los lábios á su cabello negro y reluciente como el ébano, que se volcaba profuso y en ondas sobre el cuello.

Apartado de todo, reduciendo su ser á la existencia de aquella mujer, pasaba la mirada por el salón intentando distraerse, mas impelido por la atraccion que le causaba Ernestina, la volvía hácia ella, en un momento en que ésta tenia precisamente fijos los ojos en él; confundido, clavó tambien su vista, permaneciendo ambos mirándose cortos instantes.

Augusto Márquez, que había quedado en el comedor hablando de negocios con un conocido, entró en ese momento al salón acompañado de un sacerdote, tio de Ernestina, el mismo que bendigera su union.

— ¡ Ah! tío querido!.. qué alegría... no le esperaba, exclamó Ernestina, dejando el arpa y presentándolo, se dirigió á Alberto, diciendo: mi tío, el Dr. Esquirols... un amigo, el Sr. Alberto Roquer.

Esta presentacion causó en el ánimo de Roquer malísimo efecto, pero dominándose pasó á conversar con Márquez, inter Ernestina atendía al Dr. Esquirols.

Era Augusto Márquez, el esposo de Ernestina un hombre que había llegado á los treinta y cinco años, pero cuya fisonomía representaba cincuenta, tan demacrado se encontraba por los signos de una vejez prematura.

Hombre acostumbrado desde niño á los goces de una vida regalada, y de jóven, á satisfacer todos sus caprichos, había pasado sus mejores años gastándolos en una vida turbulenta, sintiendo en la plenitud de sus años las consecuencias de su pasado.

Rico, con una posición brillante, no conocía no podía faltarle un buen partido, cuando se echara á buscarlo, y éste presentósele el día en que conoció á Ernestina.

Poco simpático, en un principio, tuvo que luchar con la repulsion de Ernestina ; pero los consejos de los padres, el empeño que manifestaron de que aquel casamiento, que en su sentir debía hacer su felicidad, se realizase pronto, hicieron lo demás arreglándolo todo, y no contribuyendo poco la fortuna que poseía Márquez, fortuna que halagó la vanidad de Ernestina.

Realizado el casamiento, unida á Márquez vivió con él cinco años, tratando de complacerlo en vano.

De carácter adusto, material, incapáz de apreciar la mujer que le había tocado en suerte, miraba Márquez á su esposa con una indiferencia que no se empeñaba en disimular ; y Ernestina, que en sus aspiraciones de niña, buscaba ilusiones, soñaba, se encontraba con un hombre que no la comprendía.

Callada y luchando, pasó los primeros años de su matrimonio, no queriendo renunciar al cumplimiento del deber, y tratando de tener contento á Márquez, espiaba los

menores detalles para complacerlo, pero todos sus empeños se estrellaban en su marido, siempre era igual, las mismas sus maneras groseras, cuando no aumentaba su frialdad é indiferencia.

La esposa para él, era cual esos muebles inútiles que se arrojan á un desvan, estaba demás; y aquel hogar se habia convertido en una Liorna, cuyos únicos momentos tranquilos sucedian, cuando Márquez lo abandonaba para salir á pasar sus noches fuera.

Hundida por el peso de aquella existencia, que cual mortaja de fierro la tenia ceñida y humillada en sus aspiraciones, empezó Ernestina á cansarse y dudar de todo, viendo que el mundo era cosa bien diferente de lo que se habia imaginado, cuando volvió á encontrarse con Alberto Roquer, al que conocia desde que viajára por Europa y por quien sentia una profunda simpatia.

Por eso fué, que al terminar aquella visita que para Roquer habia sido corta, no obstante, durar seis horas, Ernestina le despidió

rogándole se repitiera el concurso de su sociedad, en razon de haberle recibido en la casa, con la familiaridad que usaría para con un hermano.

Llegado á la puerta con el sacerdote que tambien se despedia, Roquer, que rehusaba su compañía le preguntó.

— ¿Por dónde va Vd. señor?

— Por aquí, por la derecha, contestó el doctor Esquirols.

— ¡Ah!... pues yo lamento no ir con Vd., tengo que dirijirme, hácia este lado, dijo Roquer, señalando la izquierda y despidiéndose.



XI

Para Alberto Roquer el primer paso estaba dado.

Aquella invitacion iba á retribuirse con una consecuencia, solo comparable, al amor que le inspirára Ernestina.

Lo demas seria cuestion de tiempo y no era ese precisamente el que iba á cansarle ; tanto deseo despertaba en su espíritu aquel amor, que se resolvió á todo.

Los dias sin embargo corrian y pendiente siempre del que se le habia señalado, para recibirlo, queria que el tiempo volase hasta que llegaran los sábados.

En ese dia, el hombre se transformaba, era otro ; á haber tenido en sus manos la dicha, la hubiera repartido á todos, tal sentia

el contento, la satisfaccion, que experimentaba al solo pensar, que en el breve espacio de unas horas, iba á ver y hablar á la que tanto amaba.

Y no obstante la repeticion de aquellas visitas, cada dia, cada semana, que pasaba, le era más enojosa, más irritante su situacion.

Su naturaleza nerviosa, se sublevaba, no consentia que la sociedad, parara la atencion en su conducta, le impusiera un freno á sus sueños, pues más que una pasion aquello era una fiebre continua, algo que como su sombra lo seguia á todas partes.

Pendiente siempre de ese deseo, queriendo tener á cada instante al lado suyo á Ernestina, se pasaba los dias absorto en el recuerdo y olvidaba sus obligaciones, abandonando el trabajo, sin pensar que sus mismos amigos notaban que sus deseos, convergian á huir de ellos, á perderse.

Un dia, que como de costumbre acudia á lo de Márquez, encontró á Ernestina ocupada en esos quehaceres domésticos propios

de la mujer casada y eran aquellos detalles, esas insignificancias, las que más mella hacían en su carácter observador, porque educada Ernestina en esa vida sencilla y arreglada de la mujer honesta, le despertaba mayor interés, sentía con mas fuerza el amor.

Sucedendo que no le era posible verla en el interin de los dias señalados, urdia entónces un pretesto, ó buscaba un motivo fútil y volvía á lo de Márquez.

Temeroso luego, que sus continuas visitas despertaran las sospechas, principalmente del Doctor Esquirols, á quien siempre encontraba allí y que habia notado escudriñaba sus actos, recapacitaba, volvía sobre sus pasos, ó trataba de buscar en los espectáculos motivos de distraccion.

Se aturdia, pero en vano, era inútil, no pudiendo vencer aquel tédio que lo devoraba, se ponía sombrío, maldecía al mundo, para concluir por acusarse á si mismo, por dar abrigo á sentimientos que suponía una locura, que le parecían irrealizables.

Volvia á su casa, tomaba los libros, luchaba por olvidarla, forzaba la atencion y como si aquello fuese una burla de la suerte, por mucho que se afanaba en trabajar, la imágen de Ernestina lo perseguia, la veia en todas las páginas del libro, mostrándose siempre, hasta que rendido, sentia que su voluntad era impotente, para vencer aquella fiebre que lo llenaba de desesperacion y de rabia.

— ¡ Ah! el matrimonio, decia; vaya un contrasentido social... Vinculo indisoluble, sí... sí, en la forma; si así no fuera, se verían acaso todos los días, las mas relevantes pruebas de lo que ha llegado á ser eso en nuestros días... todo... todo... ménos consecuencia... una mentira mal velada al fin... De cien de ellos que se cuenten, cincuenta — ¡ qué digo cincuenta! — setenta... noventa... cien... sí, los cien, viven en una guerra continua, maldiciéndose una y mil veces, de las promesas que se hicieron, de los juramentos que se formularon y que se cumplen... no señor, ¡ qué han de cumplirse!.. si es un con-

tínuo engaño... si el hombre mismo rie de ello... si no puede ser así... lo conozco... lo sé... lo palpo con mis propios ojos... ¡qué! ¿acaso no lo estoy viendo todos los días?

Luego parecíale, tener á su frente á Márquez y levantándose, convulso con las manos crispadas por la cólera y los ojos inyectados de lágrimas, buscaba allí, solo, como loco, una provocacion, y lo llamaba... Crápula!... Crápula!

Y cuando, despues de aquellos rudos combates le volvía la tranquilidad, cuando aquella desesperacion le daba un momento de trégua, recapacitaba, pensando que todo eso no pasaba de un momento de locura; pues tambien sabia existian hogares honrados, en que el amor era una verdad; recordaba su vida en familia, tan tranquila, la paz de su casa y le parecia ver dibujarse la sombra de la madre muerta, que le censuraba como un reproche aquella vida criminal; la madre, en cuyo seno habia recostado su cabeza de niño y cuya existencia

había sido un raro ejemplo de virtud, siendo su voz para él siempre un consejo.

Pero aquel estado era instantáneo, y volvía con su recuerdo á Ernestina.

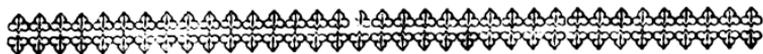
Creía no podía ménos que atender á un amor como aquel, y envuelto en sus reflexiones temía por ella, si llegaba á responderle.

Si se descubrían aquellos amores, que por sinceros que fuesen no podían ménos de ser culpables, ¡qué iba á ser de ella!

El esposo, la madre, sus amigos, las relaciones todas, iban á perdonarla.

Caida, no la acusarían, no censurarían una conducta que la alejaba de las consideraciones que se merece la mujer honrada.

Así, luchando, revolviéndole continuamente estas ideas el cérebro, trataba de buscar algo que le compensara aquel terrible escozor, un poco de aturdimiento, y se precipitaba en el movimiento social.



XII

El estado psicológico de Roquer, había llegado á los seis meses de las visitas á casa de Ernestina á un grado tal, que no pudiendo resistirlo más y despues de haberlo meditado mucho, fué un dia á lo de Márquez, resuelto á confesar á Ernestina su pasion.

Llegado que hubo á la casa hizose anunciar y para fortuna suya, supo que Ernestina estaba sola.

Penetró al cuarto de costura donde ésta se encontraba, y despues de saludarla y hablar de generalidades que no les suponian, trepidando Roquer cómo daría cima á su objeto, rogóle tomara el arpa.

Accedió Ernestina gustosa y tocó una fantasia sobre motivos de *Ruy Blas*.

Roquer que, en todo pensaba ménos en

escuchar la música, dejó escapar estas palabras.

— ¡Pobre Reina!... siempre sola, se quejaba de la falta de un cariño... tan natural también.

Ernestina, que aunque seguía la música había prestado oído atento á sus palabras dijole inadvertidamente y en un arranque de coquetería, extraño á su carácter discreto.

— Pero á lo ménos esa reina declaraba lo que sentía, otros se callan.

Un mudo silencio siguiosé á aquellas palabras; y permanecian ambos callados; Ernestina tocando el arpa y Roquer confundido, cuando el mucamo anunció, que el té estaba servido.

Pasaron al comedor y allí no pudiendo sufrir más la emoción, Roquer dijolé.

— Ernestina Vd. no extrañará que haya venido hoy á su casa.

— Yo, extrañar; contestó Ernestina... ¿por qué?... ¿no es Vd. nuestro amigo y puede venir cuando guste?

— Si; pero es que he llegado á esta hora, suponiendo no estaba Márquez, porque vengo á hacer una declaracion... vengo — dijo, trepidando y mirando á todas partes de temor de ser escuchado — vengo... porque yo... no puedo más Ernestina, hace cinco años que esperaba este momento; hace cinco años que desde Europa la sigo... la sigo á todas partes y hace seis meses que lucho en silencio, solo conmigo, porque vivo... ando como un sonámbulo... porque tal vez soy un loco... perdóneme... si... perdóneme... pero yo la quiero á Vd... yo la he amado desde que la conozco... si... no puedo más... tenia que decirlo perdóneme... perdóneme si doy abrigo á éste amor que, lo confieso, quería ocultar... pero que es imposible... es mas fuerte que yó !

Lívida, pasándose la mano por la frente, como si creyera despertar de un sueño, miró Ernestina á aquel hombre, cuya fisonomía descompuesta por el dolor habiasele mudado, y cayó sobre un sillón.

Despues serenándose, haciendo un es-

fuerzo para recuperar el ánimo, sintiendo miedo de aquel momento, exclamó :

— ¡Roquer!... ¡que es lo que escucho!... que quiere decirme!... Vd. me habla de cariño!... de amor!... á mí, que soy una mujer casada!... que pertenezco á otro hombre... que no debo engañarlo... que no puedo inspirar amor... y aunque lo inspirara nunca podría quererlo... lo oye ¡nunca!... ¡jamás!

— Nunca!... jamás! y ¿por qué Ernestina? ¿quién se vá á oponer?... vuestro marido, Marquez... no puede quererlo; ¡ah! lo sé, y ménos descubrirá este amor; deseche esos temores. La sociedad... ah! la temo mucho ménos... sabré confundirla.

— Es que no es posible... no puedo amarlo... no me vea más Roquer... déjeme vivir tranquila... Vd. es hombre... el mundo es grande... yo soy una pobre mujer, no tengo más que mi honor, si me lo quita me deja sin nada, y recalca sus palabras con dolor, no pudiendo desacirse de Roquer, que le tenia las manos oprimidas.

— Ya no es tiempo de hablar así Ernes-

tina... no puedo retroceder... si hace un mes.... dos... tres.... hubiera dicho eso... me habría detenido... pero ahora, es tarde.

— Nunca es tarde para salvar á una mujer, Roquer.

— Es que, es Vd. con sus atractivos... es Vd. con su belleza, con su corazon que ha dado motivo sin saberlo, sin quererlo, á ésto, que he estado conteniendo callado, pero que hoy ya no es posible permanezca en silencio... por eso he hablado.

Y las palabras brotaban de los lábios de Roquer, dando paso á aquella pena que lo había ahogado tanto tiempo.

Pasado un momento de silencio volvió á hablar.

— Cuento los dias pensando en Vd., sin saber qué hacer, dónde ir, cuando no vengo á su casa... piense un momento... piense no la engaño... déme una esperanza... una sola y me volverá la tranquilidad... He sufrido mucho, Ernestina... mucho, no me es posible vivir así, viéndola á intérvalos tan largos.

Y hablaba de tal manera Roquer, se expresaba con tanto sentimiento, que Ernestina, no pudiendo contenerse y levantándose le dijo despacio entre sollozos, y ocultándose el rostro entre las manos.

— No... no sufra... yo tambien sufro... querria verlo todos los dias... todos los dias Roquer, y ya ve... no puedo... no podemos. Esta confesion, deslumbró á Roquer y conteniendo la emocion que la declaracion de Ernestina le causaba, exclamó :

— ¡ Ah! entonces me quiere Ernestina!... ¡ no me engañaba!... ¿ verdad que me ama?.., repítalo, repítalo que ese lenguaje no lo he oido nunca, y tomándole la cabeza la estrechó con tanta ternura, que Ernestina dando tambien paso á su dolor, exclamó :

— Sí lo amo!... lo amo! no es de hoy, no es de ayer, que me oprime este sentimiento... lo quiero desde niña, Vd. lo ignoraba, pero guardo secretos de Londres, Roquer, y agregó con dolor y los ojos llenos de lágrimas.

— He sufrido tanto, con el hombre que estoy unida... no me quiere, le soy indife-

rente... me ha engañado, Alberto... Nunca me quiso... á quererme, otra habría sido su conducta.

Abusó de mi credulidad, de mi inocencia... yo no sabía lo que era casarse... fui niña... despues, he tenido que callarme...

Si viera, me han sucedido tantas cosas... no hago mal en hablarlas, dijo llorando; y señalándose el corazon agregó; me duele aquí Roquer; estoy lastimada en mis sentimientos, en mi delicadeza, en mis afecciones, hasta en el pudor... Marquez nunca me ha amado.

Y ahogada por los sollozos, continuó:

No crea Roquer que hablo así para lavar mi falta, nó! tendré bastante valor para comunicarla si llego á delinquir... pero Vd. me salvará... Vd. me protegerá... ¿es verdad? Vd. no consentirá que me pierda, y al hablar así, impregnaba de dolor sus palabras, impresionando tristemente el espíritu de Roquer que le decía:

— Si, Ernestina, yo la protegeré lo juro, aunque me cueste la vida, mi tranquilidad...

si viera, ¡la amo tanto!... ¡tanto!... que la vida sin Vd. me es indiferente Ernestina.

— No, Roquer no me llame Ernestina, odio ese nombre, no ha servido sino para hacerme desgraciada.

— ¿Y cómo quieres que te llame, dijo Roquer, suprimiendo por olvido el trato que la etiqueta exige, di cómo?

— Llámame Clelia:

— Clelia!!!... Clelia!!!... dices... pero esto es un sueño!... tú eres entonces la máscara... la Clelia del baile del Club.

— Si, yo;... yo era, yo que te amaba y no obstante me parecías indiferente, me acerqué á hablarte... recuerdas, cuantas locuras te dije! entónces era niña... era pura... podía amarte... pero hoy! ya ves... es tanta la distancia que nos separa.

— No... no... te engañas... esa distancia desaparecerá por el amor, ya verás Clelia... ya verás.

— ¿Y para qué este amor? Yo nunca podré ser tuya... si estoy unida á otro hombre... si no puedo quererte... soy tan desgraciada.

— Eso no importa Clelia, nos amaremos, seremos felices.

Iba á continuar Roquer, cuando el ruido de unos pasos lo contuvo; era Marquez que entraba acompañado del Dr. Esquirols, á quien había encontrado al llegar.

Saludólo Marquez y despues de felicitarse por encontrarlo en su casa, en dia que no lo esperaba, lo invitó á comer.

Aceptó Roquer, no sin repugnancia aquella invitacion, sabiendo que su conducta tenía que variar para con Márquez.

Seguro del amor de Ernestina, no queria compartir alli la mesa, y fué ese dia de los últimos, por doloroso le fuese, que debia encontrarse alli.

*
* *

Al terminar la comida Márquez, dijo á Alberto:

— Tengo que hacer ésta noche y me voy... Vd. queda en su casa, señor Roquer.

— Nó... nos iremos juntos; contesto éste.

— Entónces acompaña á mi esposa su señor tío, ¿no es así?

— Sí... yo me quedo, dijo el doctor Esquirols, clavando la mirada en Roquer, quien se la sostuvo esta vez.

Cuando se despidieron Márquez y Roquer, pasó Ernestina con su tío á la sala y se puso á tocar el arpa, pero tan mal lo hacia, tan emocionada estaba, que no obstante cambiar las piezas, sus manos no le obedecian; la escena del dia era lo que la preocupaba, y no atinaba, perdiéndose en las melodías que otras veces interpretara admirablemente.

El tío, que se habia sentado en un sofá próximo y leía un libro de oraciones, al escuchar aquella música, paró su atencion, dejó el libro y empezó á pasearse de un lado al otro de la sala, en actitud reflexiva, mas viendo que Ernestina seguia con el arpa, la detuvo diciéndole con intencion:

¡Qué torpes están esos dedos esta noche, señora profesora!

— ¡Torpes! contestó Ernestina toda corrida, pues creo toco hoy lo mismo que siempre.

— Las cuerdas sí, las piezas nó.

Y como á Ernestina le hiciera impresion la observacion del tio, y siguiera mas confusa, exclamó el sacerdote:

— ¡Qué algarabía por Dios!... qué barullo de música, ó rapsodia alemana ó italiana... ¿qué es eso?... ¿qué estás tocando muchacha?

— ¡Ah! tio, confieso que ésta noche, no tengo éxito para con Vd... están mal sus oídos; vamos... todo se arregla así, dijo, dejando el arpa.

— ¡Mal génio tenemos!

— No tio, es que no deseo incomodarlo.

— Tú estás *contrariada* muchacha.

— ¡¡Yo!!

— Estás *contrariada* ahora, como preocupada estabas ántes de ir á comer... ¡oh! no se me escapa... aquí pasa algo.

— Qué desconfianza, qué quiere suceda mi tio... mi marido...

— Aquí... mucho!... mucho! y no es con tu marido el caso... oye... acércate.

Ernestina que empezaba á asustarse de la actitud del sacerdote, se acercó tratando de disimular.

— Yo soy un hombre callado, dijo el padre!... por mi carácter hablo muy poco y hasta por la índole de la carrera que sigó; pero tengo en cambio una ventaja de la que sé aprovechar muy á menudo: soy observador.

Eso me ha servido para adquirir esta noche una gran noticia... he sabido que tú estás enamorada de ese *individuo*... de Roquer.

— ¡Yo!.. ¡yo! exclamó Ernestina, confundida.

— ¡Qué efecto te ha producido la noticia! dijo el Doctor Esquirols, clavando sus ojos en Ernestina, que bajó los suyos; ni que se hubiera reventado una centella á tus piés... pero sigue escuchando, que es para tu bien que hablo, solo para tu bien... ¿entiendes?

Estás enamorada... muy enamorada de

ese Roquer y él... lo estará ó nó de ti. Hace mucho tiempo parecíame iba á suceder esto, y hoy en la mesa y antes de ir á ella, he visto la evidencia de todo; tú y él, él y tú, son dos muchachos que se quieren y mucho... á tal punto, son tan niños que no saben disimularlo... se les nota en las miradas, en las palabras, en el modo de ofrecerse las cosas... en todo.

Tu marido está ciego, ó no quiere ver; supongo ha de ser mas lo segundo... al fin, á él, nada le importa, le falta tiempo para ver á sus queridas, y en cuanto al honor no le hará mella tu conducta, no conoce un sentimiento tan alto... tiene solo la apariencia de hombre honrado... yo que lo conozco tanto, sé que en realidad lo que hay en él es degradacion, nada más que degradacion.

Te hablo así de tu marido, porque es menester sepas, que aún por su misma conducta debes tú de conténerte.

Eres jóven y bonita... muy bella... dos condiciones esencialísimas para que los hombres no te dejen vivir en paz.

Abandonada por tu marido que por una aberracion inesplicable, no te aprecia en lo que vales, te pasabas el tiempo tocando tu arpa y leyendo, porque eso sí, lees mas que un sábio, pero como á tu edad no se puede tener el corazon vacio, ¿qué vas á hacer?... es menester amar á alguien... Vds. se cansan de vivir así, solas, y ya has empezado sin duda á oír á ese hombre, que te habrá jurado el amor mas puro, mas constante, hablándote un lenguaje celeste, el lenguaje de todos los seductores, buscando una excusa para corresponderlo, en tu propia desgracia.

Como aquí yo tambien soy de los que llevan tu nombre y cuido mucho por el honor de los tuyos, y mas que todo quiero salvarte y te salvaré, á toda costa... ¡vaya si te salvaré! es menester dés un giro muy diverso del que hasta ahora sigue, á esta relacion con Roquer, porque si hoy no existe sinó un principio, una simpatía sin duda entre los dos, mañana... quien sabe?... quien sabe, Ernestina, lo que

sucedará... en ese camino es difícil detenerse.

Piensa también que, todos estos amores culpables se hacen públicos siempre y reflexiona lo mucho que irás a perder... cómo bajarás en la consideración social!

En cuanto á Roquer, nada le importará lo que tú pierdas... Muy al contrario, el día que se sepan tales amores, ese será un título en él para sus amigos, porque es lógico, les ha de contar la aventura, y los otros han de hacer comentarios alegres y bochornosos de tu conducta... y es natural, todos esos jóvenes *troneras* son así, nada les importa el respeto á los demás... les es indiferente, estar bien con Dios ó con el diablo.

Después y aunque desgraciadamente no vive tu padre, piensa en el nombre honrado, sin mancha que te legó, piensa en tu madre, en mi hermana, es anciana, está vieja; el día que se sepan tus deslices, vas á llenarla de vergüenza, la va á matar el dolor.

Creed que estos amores no pueden que-

dar impugnes, porque el crimen tiene su pena, como la virtud su recompensa, y que existe un Dios allá en las alturas, á quien no escapan ni nuestros mas íntimos pensamientos, y que el dia de la justicia, que si á veces tarda, siempre llega, te ha de juzgar ¡oh! te ha de juzgar! y ¡ay! de ti si violas la ley y no cumples tu destino.

Cuando terminó el sacerdote, Ernestina lloraba, más reflexionando que iba á venderse si decia la menor palabra, se contuvo y miró el sacerdote.

— Bueno... ahora yo me voy, no tengo á que pedirte me perdones lo que he dicho; pronuncié esas palabras por tu bien y me las agradecerás sinó hoy tal vez mañana, en razon de la intencion sana que les inspira. No llores, porque en esas lágrimas me parece verte ya culpable.

— No, tío, no lloro porque me considere culpable, dijo Ernestina, es que Vd. ha traído á ésta conversacion la memoria de papá y me hace daño lo recuerden, á más...

— Si, vas á decirme que he hablado mucho.

— Si señor, ha hablado Vd. mucho y como tiene una palabra tan fácil y elocuente...

— No olvides entónces lo que escuchastes y adios... y el sacerdote la saludó, dejándola en el salon, no obstante los esfuerzos que hacia Ernestina para convencerlo padecia un error.



XIV

Cuando despues de acompañar á Márquez, Roquer se despidió, dirijióse á su casa en busca del amigo.

Ortiz, que contra su costumbre de llegar tarde encontrábase allí, distraía el ocio fumando.

No bien vió entrar á Roquer, notó la cara de gozo que llevaba y le dijo:

— ¿Qué tienes? debe sucederte algo muy bueno... ¡qué cara de contento!

— ¡Ay! querido... ¡al fin!! contestó Roquer; hoy como lo tenia pensado fui á verla.

— ¿Y? dijo Ortiz, estirando las piernas sobre un sofá y echando á bocanadas el humo de su cigarro.

— Y se lo dije todo ; contestó con viveza Roquer.

— ¿Y? volvió á interrogar Ortiz.

— ¡Ay! se lo dije todo... todo... abrázame.

— ¿Y ella que contestó?

— ¡Ella!... ella ha aceptado... ¡me ama!..

¡¡ es Clelia !!

Abrázame Horacio!

— ¡Yo!.. nó, contestó secamente Ortiz.

— ¿Y por qué? le preguntó asombrado Roquer.

— Porque es prematuro... soy partidario de someter á prueba éstas cosas... pláceme ver correr el tiempo para saber donde se vá á parar, y sin que con mis palabras quiera ofender á Ernestina, es mejor que el tiempo hable de su constancia.

— Siempre has de ser así, Horacio.

— Siempre he de ser lógico, Alberto.

— ¿Qué motivos tienes para vivir en esa perpétua desconfianza?

— Algun dia lo sabrás, no ha llegado aún el momento de las esplicaciones.

— Pero... tú no me congratulas cuando me ves feliz!

— Es que esa felicidad suele comprarse á muy caro precio y levantándose, continuó: Ved lo que son las cosas, á mi el hecho de hoy, no me impresionaria ni ésto, dijo, mostrando la punta del dedo meñique.

A más, tú mismo dices, que allí, á casa de Ernestina, va un sacerdote, su tío, segun tengo entendido, quien parece te ódia. Si Ernestina oye al tío, cántale los funerales á tus amores; empieza por ahí, porque á casa que va un fraile... malo... malísimo.

— Es que yo lucharé, fraile torpe!... no lo temo, no conoce mi fuerza... lucharé y lo venceré, aunque fuera menester para triunfar, que entregase la vida al infierno, dijo con energía Roquer.

— ¡Hola! nuevo Doctor Fausto.

— ¡Oh! ten presente lo dicho; lo he de cumplir.

— Lo que tengo presente, es que esa mujer se va á encastillar en la religion y de allí

no la va á sacar nadie, y tú perderás el tiempo, la paciencia y el juicio.

¡La religion!... Es muy independiente, ha leído mucho, no es fanática.

— Sí; ya veo la consideras un sábelo-todo; pero esa sábia no podrá huir, á los consejos, á los ejemplos, que le presente el sacerdote... tienes que habértelas con un fraile, tu enemigo, y en esas situaciones ¿de qué no es capaz un fraile?

— Cuando una mujer ama.

— Si, cuando una mujer ama, dijo tristemente Ortiz.

— ¡Qué hombre eres!

— Precisamente, hablo estas cosas porque soy en realidad un hombre... Si así no fuera creería... procedería como tú... motivos tendré hoy para no aceptar amores á ojos cerrados, y ménos con casadas, pues los hombres todos miran eso con sensatéz y toman tal amor, solo por pasatiempo; que, á no ser así terminan en tragedia ó comedia... ¡oh! la esperiencia, esa gran maestra que educa á fuerza de golpes me ha enseñado

tanto, y haciendo una pausa, y sacando el reloj queriendo cortar el diálogo, dijo á Roquer:

— Son las dos de la mañana, hora muy buena para dormir, con que... yo me acuesto, dejando goces con tus pensamientos, y advirtiéndote medites lo sucedido hoy.

Y mientras Ortiz dormía, Roquer fumando cigarrillo tras cigarrillo, se afanaba en preparar el camino á seguir para el logro de sus propósitos, pero su inteligencia se perdía; no podía ordenar las ideas, tal era la impresion que le había dejado la declaracion de Ernestina. — No pensaba absorto en sus cavilaciones, no viendo más que á la mujer; había esperado tanto tiempo aquel dia, que en ciertos momentos no atinaba á darse cuenta, si aquello era en realidad un hecho de su vida ó un sueño.

Abstrayéndose de todo, su fantasía lo separaba de la tierra é ideaba planes, concebía ideas, de una felicidad suprema creyendo elevarse con Ernestina á una atmósfera de

luz, en que creía iba á realizarse para su dicha el amor de ambos.

Así, en ese trabajo misterioso que hace la imaginacion en los momentos que preceden al sueño, pasó mucha parte de la noche, hasta que el cansancio moral, lo fué embarcando paulatinamente y lo dejó sumergido en un sopor, con el nombre de Ernestina en los labios.



XIV

Dos meses habían corrido, desde el día en que Alberto Roquer hiciera su declaración á Ernestina, y aunque se sentía feliz visitándola, el sinsabor le acosaba, cuando pensaba le era preciso vivir separado de ella.

Uno de aquellos días, que como de costumbre había acudido allí, estaban sentados en un corredor, fingiendo distraerse con un periódico ilustrado.

Ernestina que lo observaba no pudo menos que decirle:

—Tú sufres.

— Es verdad, contestó Roquer, pero... qué importa sufrir; tratándose de ti mi sufrimiento es ninguno... — Seguiré así, hasta que esto encuentre el límite natural que todas las cosas tienen.

— Sí... así... así, tiene que ser Alberto, contestó Ernestina.

Habían acercado tanto las sillas miéntras conversaban que permanecieron un momento mirándose.

De pronto Roquer, no pudiendo contenerse, tomó la mano de Ernestina, que había dejado caer sobre un brazo del asiento y dióle un beso.

— ¡Qué haces! dijo aquella levantándose sobresaltada.

— ¡Yo! nada... te amo tanto que no supongo pueda un beso mio ofender tu pudor... no es verdad Clelia; y volvió á tomarle la mano y á mirarla con una expresion tan tierna, que Ernestina tuvo que bajar los ojos.

Escucha, dijo acercándose: hace mucho tiempo vivo así... me has puesto á prueba ¿no es verdad? y bien... aunque me cueste mucho el callarlo, no sabrás nunca lo que por mi pasa.

— Sufres... dices, y yo sin duda no sufro... ¿es verdad? soy de piedra... Dices que cuando te vas, dejas aqui tus sentimientos mas

caros... ¿Y yo soy acaso indiferente? no pienso en tí... no te sigo á todas partes?

¡ Ah! tú siquiera eres hombre... tienes libertad... te distraerás por ahí... pero yo, entre estas paredes y un hombre á quien nunca pude complacer, digo mal, que me ha humillado haciéndome una desgraciada, crees puedo ser feliz.

Y para que nada falte, mi tío, que desconfía de tí... que no te quiere, y cuya voz me suena constantemente en los oídos como una salmodia.. que no lo puedo apartar de casa, aunque veo que el pobre al fin tiene razon... Hé de quererte mucho, creedlo, para sufrir tanto.

— Y entónces, ¿para qué sufrir Clelia?... quien va á reconocer la nobleza de tu sacrificio... no veo... El tiempo pasa y á seguirlo así, qué vamos á ganar?

— ¿Qué quieres decirme con eso?

— Que sufrimos inútilmente, nada mas.

— Luego es preferible, se haga lo que tantas veces dije... no nos veamos más... tú eres hombre... puedes hacer un viaje... olvídame.

— A costa de la vida, ¿no es así?

— Y si es imposible, ¿qué hacerle?

— Ven conmigo... sed mía, huyamos.

— ¡Ah!... lo veía... lo veía, es eso lo que pretendías, perderme, ese el amor al fin... Por ello quería huirte... sabía no tendrías la virtud de contenerte... siempre me inspirastes temor.

— ¡Te inspiré temor! dices.

— ¡Sí!

— Entonces me iré, quedad tranquila, no me temerás ya mas.

Y deteniéndolo, exclamó Ernestina :

— No digo eso porque te vayas... quédate... quédate, piensa solo soy una mujer, que aunque te quiera, existe una valla entre los dos.

— Es que cuando una señora acepta un amor de esta naturaleza debe mirar sus consecuencias, dijo Roquer levantándose y agregó con energía : estas cosas no se discuten, se sienten y basta.

— Si, Vds. los hombres, no escaseán palabras para paliar una falta ó si se quiere

hasta un crimen, por eso al oírte que me amas tanto, á veces no lo creo.

— ¿No lo crees?

— No lo creo... eres tan elocuente... me hablas de una manera, que no sé á qué atenerme... y como dicen que la pasión se siente más que se espresa, de ahí mis dudas.

— Tengo acaso la culpa de que me inspires... no te sientes orgullosa. Hablo así Clelia, hablo, porque te quiero con idolatría, porque tras de este amor he corrido cinco años, que no son un día, sin cansarme jamás... no dándome un momento de tregua, por eso hoy, doy rienda suelta á la palabra y espreso lo que he sufrido... He vivido sólo Clelia... sólo! nadie se había afanado por mí... nadie me esperaba si tardaba... con nadie había compartido mis pesares ó mis dichas.

Eres tú la primera... la primera que me muestra el camino por el que otros felices van... yo quien reconoce mejor que nadie tus virtudes y méritos... yo á quien no escapan tus sentimientos que los demás ignoran...

yo quien tengo que amarte siempre con un cariño, cuyos lazos no es capáz de desatar el mundo.

— Cariño, que es grande sin duda contestó Ernestina... quiero creer tenga que ser así, pero que te llegará á cansar, ¡ ah! no me escapa... el mundo te ha de ofrecer atractivos bastantes para arrastrarte léjos de aquí, para vencer un amor que como este, Alberto, por grande que sea, no deja de ser culpable.

— ¿Culpable? dices Clelia y ¿por qué? acaso Márquez podrá condenaros, cuando has sido engañada de la manera mas vil, cuando tu esposo ha sido el primero en abandonarte.

— Eso tampoco amenguaría mi falta, ni autorizaría mi conducta, Alberto... Quién me dice, por otra parte, que tú no me abandonarás; lo hizo Márquez á quien si no ligaban los vínculos del amor, lo obligaban deberes sociales, lo hizo él, ¿qué razon habría para que no hicieras otro tanto?

— Esa comparacion no puedo aceptarla Clelia; en mi obran causas bien distintas,

superiores; tú misma reconoces lo que sufro, tú conoces esta vida mía consagrada más que á nadie á ti, criatura, que te amo; sí, que te amo, con un cariño que puede medirse por toda la pena, por el inmenso dolor que me causa vivir separado.

Dejarte al lado de ese hombre, que siempre me inspiró repugnancia, rábía, odio, dijo con ira Roquer, porque por un capricho de muchacho... entiende bien, nada mas que por capricho, se valió de la mas vil de las mentiras para hacerte suya y despues abandonarte para correr en pos de sus queridas.

Compara entre este amor miõ y sus procederes, compara si cabe eso entre él y yó... Hace tres meses que vivo en una batalla continúa, no sé á éste paso qué vá á ser de mí, pero... de una manera ú otra, te aseguro que aunque sienta desgarrarme el alma te he de amar siempre!... siempre!... y al concluir de hablar, con el calor que la emocion imprimía á sus palabras, tomó entre sus manos la cabeza de Ernestina y la llenó de besos, sin que ésta opusiera resistencia.

Despues apartándola, dijo ésta :

— Me asusta Alberto oírte hablar así, con tanta vehemencia... quién me dice que mañana no se cambie ese calor en hastio... Desde el momento en que la mujer cae, el hombre no mira en ella otra cosa que una *maitresse*, puede — lo que és muy raro — no olvidarla, pero el amor no se mantiene nunca á la misma altura, vá relajándose cada vez más, porque á fuerza de hacerla suya, de tenerla á su disposicion, entregada y no obstante satisfacerle todos sus caprichos, el hombre al fin se cansa, y si continúa, viviendo unido al lado de la mujer que antes amara, es porque siente hácia ella un poco de gratitud, nada más.

Eso acontece, cuando no las abandonan, lo que sucede todos los dias.

¡Ay! yo sé de infelices, que despues de haberse entregado en brazos de un hombre, han sido abandonadas, vejadas, y entónces, cuando se miran en ese espejo, cuando sienten su tranquilidad perdida y oyen su nombre condenado de la manera mas acer-

ba, se arrojan en la mas cruel desesperacion.

— No quiero discutir Clelia, en ese terreno... tienes razon en lo que piensas, mas esto no puede aceptarse como una regla absoluta y mucho ménos en el caso nuestro, que difiere completamente.

Si fuera otro hombre el que te hablára asi, creo habria en él, el propósito de engañarte, pero se trata de mí, que no soy un conocido de ayer ; que te he buscado constantemente y que si hoy te encuentro, no es para abandonarte mañana, y si confesé amarte fué, siguiendo los impulsos de un sentimiento noble, buscando un estímulo, una compensacion á este sufrimiento de que hablabas momentos antes, y que en una lucha como en la que vivo, debe inspirar lástima, así... lástima, y levantándose agregó... ¡Ah! Clelia es terrible, espantoso, hacer una vida semejante.

Ernestina que no podia resistir los latidos de su corazon, levantóse tambien y despues de dar unos pasos por la habitacion volvió á sentarse al lado de Roquer.

Ya no hablaba, sin fuerzas para contestar á aquel hombre que la dominaba, callaba, mirándole la fisonomía que se le cubría de una palidéz mortal, hasta que no pudiendo contenerse juntó su cara á la de Alberto, diciéndole:

— ¡Sufres! ¡ah! yo tambien te amo y sufro... ¡oh! mucho creedlo... y al decir aquello acercó sus lábios á la frente de Roquer. Este sintiendo el perfume que exhalaba la boca de Ernestina fué á tenderla los brazos, pero vencido por la emocion los dejó caer, estaba postrado.

Dominada Ernestina, lo miró breves instantes, y despues oprimiéndose la cabeza, se pasó las manos por la frente como queriendo ahuyentar un presentimiento, y acercó su boca á la boca de Roquer, imprimiéndole un beso.

Un suspiro intenso, palabras sin sentido, fueron la impresion que aquellos labios frescos y suaves, hicieron en el espíritu de Roquer.

Le habia llegado un momento en que no

le era posible espresarse, le faltaban las palabras, se perdía, no podía hablar, y solo atinaba en la desesperación á decir á Ernestina, te amo!... te amo!

El ruido de unos pasos los detuvieron en aquella expansión; oyendo atentos, miraron hácia la puerta y vieron que era el Doctor Esquirols, hombre infalible que llegaba.

Los ojos de Roquer, le brillaron de cólera, pero se contuvo á una señal de Ernestina.

El sacerdote despues de dar las buenas noches, sentóse en medio de los dos, esperando hablára alguno.

Quedaron así breves momentos hasta que Ernestina, pensando que aquel silencio le era desventajoso, no sabiendo qué decir, preguntóle si pensaba ir á una misión á Europa como habia oído hablar.

— ¡¡Yo!! en misión á Europa, contestó el Doctor Esquirols, ni lo he pensado muchacha... á ménos que me manden sin consultarme.

— Habia oído decir eso, mi tío.

— No hay nada de cierto, contestó; luego

tomó un diario y retirándose púsose á leer.

— Pero hombre, dijo, despues de un momento de lectura, qué particular es la prédica de ciertos diarios; no alcanzo qué razon pueda tenerse, para pretender impedirnos educar religiosamente á la niñez; oponerse á eso, es cortar el sentimiento de lo sagrado y sembrar un ejemplo pernicioso de incredulidad en los niños.

— Es que somos un pueblo en formacion, Doctor, le observó Roquer, decidido á romper lanzas en la conversacion y vengarse de todas lo que le habia hecho Esquirols; la inmigracion afluye numerosa á nuestras playas, y viniendo en ella hombres que pertenecen á todos los cultos y forman aquí sus familias, es menester sepan que las garantías ofrecidas son una verdad, que no existe ninguna imposicion, la menor traba.

Proceder de otra manera; tratar de imponer una religion, es buscar resultados contraproducentes, es alejar de nuestras playas parte primordial del elemento extranjero, principalmente el sajón y el ger-

mano, que son protestantes; es impedir se aumente la poblacion, que nos hace imprescindible falta, porque desde que un protestante, pronto á arribar á nuestras playas, supiese que á sus hijos se les habia de imponer desde el colegio las creencias á seguir, ese inmigrante decidido á venir, tomaria rumbo hácia otra parte.

— No nos escapan á nosotros esas ideas y no pretendemos imponer creencias; contéstole Esquirols, se allanaria la dificultad de una manera sencilla: irian, recibirian enseñanza religiosa en las escuelas, los hijos de los padres de la comunión católica, los otros leerian los Evangelios, ó practicarían las creencias que siguiesen, creo que de esa manera se allanaria todo.

— Eso sería introducir la anarquía en las escuelas y no se allanaria nada.

— No veo como pueda producirse la anarquía... temo mucho más al *escepticismo tan en voga en nuestros dias*, y al decir ésto, el sacerdote, recalcó sus palabras.

— No corresponde á la escuela la ense-

ñanza religiosa, padre; nó, ello seria violentar la institucion de la enseñanza, hacerla servir para otros fines... El poder educador que se divide entre el hogar y la escuela, tiene respectivamente sus obligaciones... A la casa, á los padres, á la vida en familia, corresponde la enseñanza de la creencia en la Divinidad y su adoracion, ¡oh! los padres siempre inculcan mejor que nadie eso á sus hijos... A la Escuela, al Profesor, la esplicacion de la Moral, los deberes á cumplir y los derechos á defender que tiene el hombre en su relacion con Dios y con el mundo exterior.

— Los padres de familia no saben enseñar la Religion, no pueden explicar lo que no entienden.

— Muy bueno; eso quiere decir que si antes vosotros se la enseñasteis, esa enseñanza no ha llenado su objeto; consecuencia lógica, está demás, la discusion es inútil.

Al oir aquello el sacerdote, se mordió los labios, y serenándose, dijo:

— Es inútil la enseñanza de las verdades

cristianas, ¡ah! prosigan con esas ideas y lanzarán á las sociedades, en las vías del ateísmo, haciendo del hombre un esclavo de sus pasiones brutales.

— ¡Por Dios!... que siempre han de querer Vdes. tratar á los liberales de ateos, parece no tuvieran otra cosa que echarles al rostro.

-- El que se resiste á la enseñanza de la verdad, el que no quiere conocerla es un ateo... si señor, un ateo!

— Pues yo soy liberal y al mismo tiempo creyente, no me esplico el liberalismo de otra manera, más en lo referentè á la enseñanza de las verdades divinas, nó, no estoy con Vd. señor, y sirva de ejemplo para robustecer mi aseveracion, un incidente que presencié, en una Escuela y que voy á narrar:

Esplicaba un sacerdote la doctrina y hablaba y decia entre otras cosas, que el infierno está en el centro de la Tierra — catecismo de Astete puro — que allí iban los réprobos, todos aquellos que no seguian humildes los mandatos de la Divinidad y

de la Iglesia Católica Apostólica Romana, su representante en la Tierra.

Un niño de los que escuchaban la lección, espuso á pedido del sacerdote lo que acababa de explicarse, y como era natural, al hablarse de la formación del planeta que habitamos, citó la teoría de Laplace sobre la formación de la Tierra que goza de general aceptación en el terreno científico, torciendo completamente el sentido de aquella exposición y dejando el infierno á un lado fué derecho á la verdad, en lo referente á la teoría del calor central. No lo hubiera dicho el niño, pues mas tardó en exponerlo, que el padre en fulminarlo á él y todo el auditorio.

Comprendo que el sacerdote procedía así, por ignorancia, que otro mejor preparado habria aceptado aquello... pero á qué dar lugar á éstas colisiones... no pude Vd. ignorar señor, que la Ciencia hace progresos verdaderamente asombrosos, que muchas de sus verdades irrefutables, están en contra de las afirmaciones del dogma católico...

¿Cómo se quiere entonces establecer alianza entre elementos tan opuestos?... Aceptarla, es imposible, sería preparar á los niños en un tejido de contradicciones.

—Entonces, ¿Vd. cree que no existe un clero ilustrado, capaz de complementar esa enseñanza?

— Si he de ser franco... creo que nó.

— La prueba, dijo el sacerdote levantándose; la prueba.

— No hay que afanarse mucho en buscarla.

Recordareis sin duda el clero de la Revolución; sus miembros en aquellos tiempos eran hombres notables; nuestra historia acusa los eminentes servicios que prestaron: Funes, Agüero, Valentin Gomez, Fray Cayetano Rodriguez, Oro, Zabaleta, Algañarás y Maciel.

En las asambleas de aquellos tiempos, lució la elocuencia de esos sacerdotes con brilló poco comun y á la altura de las inteligencias superiores; sacerdotes esos que eran historiadores, estadistas, diplomáticos,

poetas, oradores, políticos, periodistas y educacionistas.

Algunos, como Julian Navarro, hicieron todavía más; fueron al extranjero á irradiar la luz de la inteligencia argentina. Desde Chile, desde las orillas del Pacífico, nos llegaban los ecos de su elocuencia, anunciada por el ruido de sus triunfos, que recogía el brillo de su palabra en los templos de Santiago.

Después el clero ha callado; allí muy de tarde en tarde se oía una voz que anunciaba poseía aún algo del brillo de sus primitivos tiempos: Esquiú fué su último destello, pero después, paulatinamente ha ido apagándose, hoy está mudo; á no ser que me quieran significar son oradores, esos cómicos que al presente gritan en los púlpitos.

— ¿Y para qué hablar? ¿cuáles son los principios que se discuten en el día y en que el clero pueda tener voz, señor Roquer?

— ¿Cuáles?... sin ir muy lejos, la Convencion de Buenos Aires, que formuló la Constitucion que rige hoy esta Provincia, discutió

ayer no mas, la separacion de la Iglesia y del Estado; un principio que como se sabe preocupa en el dia á los pueblos, tanto, que muchos sancionaron ya la independenciam de los dos poderes; pues durante tuvieron lugar en esa asamblea las discusiones al respecto, fueron personajes civiles los que hablaron en pró de la Religion y la salvaron, y no porque la Iglesia careciera allí de representantes, tambien los tenia pero se callaron, no dijeron ésta boca es mía. — Despues los hé visto en los parlamentos, mas sin movérseles la lengua del paladar. A veces me he preguntado, ¿qué hacían esos hombres entre las paredes de sus conventos?... ¿qué objeto se propusieron al renunciar á las aspiraciones mundanas?

— A eso contestaré: que hoy se ha formado un partido cuyas tendencias los hombres independientes serán los primeros en aplaudir, porque vá á luchar para devolver al pueblo sus creencias, contra aquellos que los embriagan de promesas para no darle nada en cambio; vá á luchar, Sr. Roquer, para ve-

lar por la pureza del culto... Eso és lo que el clero busca, en esa batalla está empeñado y triunfará, porque siente la fé, tiene constancia y vá en busca de la paz del alma, que es algo que el liberalismo nunca podrá dar, y prueba evidente que sabe luchar y vencer, es, que desde el nacimiento del Salvador está empeñado en esta contienda sin que se haya conseguido derrotarlo.

— El Mahometanismo primero y la Reforma despues, producto de los abusos del Catolicismo, le quitaron la mitad de sus adeptos, sinó mas.

— La Reforma citais, producto de los ódios y las envidias de la raza germana contra la latina, que á pretexto de la polémica sobre las indulgencias, asoló á la Europa con sus venganzas, durante dos siglos... ¿para qué? ¿con qué motivo?

Para oponerse; queriendo detener aquel soplo de vida que levantaban las inteligencias en el siglo xvi, trasfigurando la Europa; aquel siglo, al que Leon X legó su nombre, y que se llamó gracias á él, del Re-

nacimiento de las Letras y de las Artes, porque con el dinero recogido de las ventas de las indulgencias se pagaron á esos sábios, que salvaban la ciencia que hasta allí habian tenido depositada los griegos del Bajo Imperio en Constantinopla para librarla del furor de algun Omár; porque con ese dinero se costearon las obras maestras de las celebridades de ese tiempo: á Miguel Angel pintando los frescos de la Capilla Sixtina, construyendo la cúpula de San Pedro, cincelando su Moisés ó esculpiendo en marmol la estatua de La Noche; Guiberti grabando las puertas del bautisterio de San Juan, que segun la espresion del primero eran dignas de ser las puertas del Paraíso; á Rafael, pintando las bóvedas del Vaticano y la Sacra Familia, á Guicciardini escribiendo la historia de las Repúblicas Italianas: eso hizo la Iglesia con ese dinero... Impulsó á la humanidad, para que en lo porvenir pudiera dirigirse sola al cumplimiento de sus grandes destinos.

— Pericles en Grecia, Augusto en Roma y Luis XIV en Francia, sin explotar hicie-

ron tanto ó más, dóctor Esquirols; tambien dieron sus nombres, á los siglos que vivieron, y digo esplotar, hablando la verdad y no sentando hipótesis como cuando se afirma que Omar ordenó se quemára la biblioteca de Alejandria, lo que no está probado.

Digo esplotar y voy á referir un hecho al caso, que servirá para robustecer mi tésis.

En ese tiempo y á propósito del dinero recogido con la venta de las indulgencias, sucedió que llegó Lutero á un camino en momentos en que estaba un dominico, empeñado en hacer caminar á un mulo cargado de plata que se le habia empacado.

Echando sus manos y patas atrás, el pobre animal parecia decirle: lo que es de aquí no pasaré; el dominico arremetió palo y palo sobre el indócil animal, hasta que al fin cansado dijo á Lutero, que presenciaba aquella escena: es inútil, no quiere avanzar —¿Y por qué ha de avanzar? le contestó éste; no ves que protesta de la plata que le roban á

la Alemania esquilhada, para llevarla á Roma.

Lutero, que iba á abrir en lo sucesivo inmensa brecha al Catolicismo, decia la verdad, era cierto; era la plata robada á las poblaciones Alemanas, á los hombres de ese pueblo, que la habian ganado con el sudor de sus cuerpos y la aplicacion de sus fuerzas á la produccion, para satisfacer sus necesidades, mantener sus hogares, criar, alimentar y vestir á sus hijos, y no para ir á adornar los palacios romanos.

A admitir la intervencion divina, que yo rechazo y Vdes. aceptan, porque ño veo que ella se mezcle en nuestra vergüenzas, creería que Dios valiöse del mas irracional de los animales, para protestar de esa espoliacion criminal cometida en su nombre.

Aparte de que creo es un contrasentido, que una religion adopte como principio, que el pecado y la falta se pueden perdonar con montones de oro. El Estoicismo con todas sus exajeraciones mas noble que el Catolicismo y tan grande como el Cristianis-

mo, nunca propaló incensateces semejantes.

Siempre el oro, no están satisfechos, no se sacian de esa sed, pues que aparte de las repetidas máximas de moral que los hombres de Iglesia son los primeros en inculcar, ellos hacen lo contrario; parece que al divulgarlas dijeran: haz lo que digo, no lo que hago, vive humildemente en una choza, inter nosotros, con el producto de la fábrica de la Iglesia, edificamos palacios, ó procedan como el Cardenal Barbarini que con el propósito de edificarse en Roma una suntuosa morada, construía el edificio con el ladrillo que ordenaba sacáran del Coliseo; el hecho es notorio en Italia, destruyendo así ese recuerdo imponente de la grandeza romana. — Así es la Iglesia crea en una parte para destruir en otra.

Y al decir esto, ruego tenga Vd. presente señor, que sigo esta conversacion, sin ofuscarme, ni obedecer á espíritu de oposicion; yo soy cristiano, Vd. lo ve, pero creo como Cristo que las creencias, que no son sinó un vuelo del alma hácia la Divinidad, no

se imponen con la fuerza, y que para nada sirven los partidos religiosos, cuando en circunstancias como las actuales, vienen á la lucha, con una bandera de exclusivismo y obedciendo á mandatos imperativos de poderes que no residen aquí, tanto mas cuando tienen que pertenecer ménos á nuestras costumbres ; mandatos que por otra parte sòn los mismos en el pasado, como lo serán en el porvenir.

Ah, señor, creed tenemos bastante con los partidos políticos, y no necesitamos mas para tener en que divertirnos, os lo aseguro.

— ¡Dice Vd. que es cristiano y se espresa así!

— Cristiano sí... á qué admirarse ; pero cristiano sin degradar por ello, la creencia en la Divinidad ; sin buscarle complemento.

— ¿Y eso que quiere decir?

— Quiere decir, que distingo, mirando en Dios una cosa y en Cristo otra... Ambas entidades son para mí completamente distintas, como lo serán para todos antes de terminar el siglo... de otra manera no se

explica la omnipotencia de Dios, ni el apostolado de Jesús.

— ¡Qué cosas habla Vd... yo no entiendo !

— Me explicaré,

Si miramos en Dios la perfección como es natural ; Cristo por su apostolado se acercó á él, si posible es acercarse y por la prédica de su doctrina, se divinizó.

— ¡ Ah !... la idea de Renan.

— Naturalmente señor que la idea de Renan y de todo aquel que tiene dos dedos de frente... Es una aberración para los tiempos que vivimos creer en la Trinidad Divina... Renan, á quien ha recordado Vd., mas grande para mí que Lutero, lo ha probado hasta la evidencia por la historia, que del punto de vista filosófico y dogmático, ya lo había dicho el obispo Arrio al lanzar en el concilio de Nice esa primera chispa cuyo fulgor centellea y no se extinguirá jamás...

Si, Renan, Renan repito en la compulsa analítica é imparcial que hizo de los Evangelios, lo ha probado sin quitar por ello á Cristo, nada de su sublimidad, ni

de su grandeza. Despues que he leído á Renan, es cuando recien he comprendido á Jesús.

Y ahora que esta conversacion termina, exclamó Roquer con intencion, y levantándose; diré: que si me he permitido espresarme así, es teniendo en cuenta sus ideas Doctor, que veo no son tan exclusivistas como las de sus colegas, conversacion que Vd. mismo provocó y á la que no hice sinó seguir, y saludando se despidió de Ernestina y del Doctor Esquirols.

*
* *

Se va... pero ha de volver, dijo el Doctor Esquirols, cuando vió partir á Roquer... ¡Oh! este, no es de aquellos que abandonan la presa así no mas.

— Yo no sé tío, como dice Vd. esas cosas... Sí no hay nada entre los dos... si no puede haber... Roquer es un perfecto caballero... incapáz de permitirse la menor libertad...

se reiría, si imaginára lo que Vd. piensa de él.

— Si; se reiría con la sonrisa diabólica de Mefistófeles, hasta que llegue el momento de hacerte suya, y mas tarde cuando se canse, cuando se hastie, entónces empezarán las recriminaciones, los insultos, los vejámenes y las amenazas, así son todos estos tenorios; si los conozco tanto.

— Lo que veo mi tío, es que Vd. no lo quiere á Roquer... le es antipático, y despues de la conversacion de esta tarde lo va á querer mucho ménos, y la verdad es que si Vd. ha sido elocuente, él ha estado bien, de fácil palabra, sea justo tío; aunque nosotros no estemos con esás ideas, lo cierto es que las defendió admirablemente.

— ¡Cándida niña! cómo lo miras con ojos de enamorada, te causan novedad sus palabras... tu amigo no pasa de un muchacho tarambana, de esos que imbuidos de ideas liberales no se dan cuenta, ni de lo que piensan ó dicen.

Este juicio causó una impresion de dis-

gusto en Ernestina, que revelóse en su fisonomía, no escapando á la penetracion del doctor Esquirols que continuó tranquilo.

— Pobrecita estás enamorada... estás enamorada de Roquer, me duele hablarlo pero es necesario lo diga, porque veo te empeñas en seguir un mal camino.

Ernestina que oía ya con enfado aquellos consejos, tomó el arpa é intentando distraerse, púsose á tocar la *Serenata de Schubert*.

— ¿Vás á tocar el arpa? le preguntó Esquirols, ¡cuidado! no repitas el barullo del otro dia... ved que tu imaginacion trabaja en muchas cosas ménos en la música, y continuando con la palabra y dispuesto á no ceder, se acercó á Ernestina, como quien está seguro del triunfo y con afecto cariñoso, dijole :

— Vamos, dime la verdad, yo soy mas que tu amigo, tu tio, y no te hablo como sacerdote... quiero hacer en esta triste emergencia, las veces de tu pobre padre... ¡Oh! si viviera... dime la verdad, cuántas cosas

te ha dicho ese hombre... que te ha prometido ese miserable

Al oír aquel epíteto insultante, Ernestina no pudo contenerse, y dejando el arpa levantóse altiva, y con acento mal reprimido por la cólera, increpó al doctor Esquirols:

— Digamé mi tío... de cuando aquí lo he autorizado á Vd. para que abusando de mi confianza, venga á decirme puedo yo tener amores con persona estraña... entregarme á un hombre que no es mi esposo... Le he dado motivo acaso, para que acuda todos los dias á darme una retahila de consejos, insultarme, porque si no existe nada entre Roquer y yo, éste es un insulto, entiende... un insulto... Hecha excepcion de mi esposo no tengo que dar cuenta á nadie de mi conducta aquí en la tierra y despues que muera solo á Dios... Yo no lo he llamado á Vd. de confesor... yo no le pedido consejos, y si ello es así, le ruego no abuse de mí, porque su conducta ya me va disgustando... si Vd. me cree culpable cuénteselo á Márquez — ó no se lo cuente — y que él haga

lo que le parezca... yo sabré defenderme y confundirlo... ¿entiende?

— Por toda respuesta te diré : siento tanto te incomodes y montes en cólera... no creas voy á enojarme por eso, te engañas... te he de decir y repetir lo mismo hasta el cansancio... En cuanto á tu esposo, no temas, mala cabeza, se lo diga, al ménos por ahora... pero si ésto sigue, ya lo creo que se lo diré, contestó tranquilo el doctor Esquirols y recostándose en el sillón, sacó su devocionario, observó á Ernestina á quien aquella escena habia violentado y púsose á leer.



XV

Ocho dias hacian que no se veían Ernestina y Alberto, ocho dias que se pasaron en una continua congoja, porque á la altura á que habian llegado, ya no era posible un rompimiento en aquel amor.

Entendidos ambos en el camino á seguir y á objeto de no ser descubiertos, habian convenido verse lo ménos posible en casa de Márquez, á efecto no solo de desvanecer las sospechas, sinó de confundir al doctor Esquirols, que habia declarado un ódio á muerte á Roquer.

Mientras Alberto estudiaba los medios de poderla ver, buscando donde llevarla, habian pasado esos dias, dias que Ernestina vivió preocupada constantemente, tratando de

alejarse de sí esos sueños, que en su sentir debían desvanecerse, antes de tomar mayores proporciones.

Alejando los recuerdos y combatiendo al amor, luchaba aquella pobre mujer, pero luchaba en vano.

Conocía á su pesar que amaba á Roquer, y que por grandes que fuesen sus esfuerzos para olvidarlo, se sentía quebrada, impotente para dominarse.

En su carácter afectuoso aquella era una pasión pura, tierna, delicada; conocía que pecaba pero tenía momentos en que estaba dispuesta á todo.

Sola, sin poder comunicar aquellos secretos; con una aversión marcada hacia su marido, luchando con las visitas importunas del Doctor Esquirols; teniendo fija en su mente las palabras y juramentos de Roquer, se pasaba los días dominada por tristes presentimientos.

Una noche en que no había podido conciliar el sueño, no obstante luchar inútilmente por olvidarse de todo, levantóse del

lecho y se arrodilló en su reclinatorio esclamando:

¡Oh! ¡vida!... ¡vida! ¡quitadmela!... llevadme con vos Señora, Virgen santa... tú lo puedes... hazlo... ved que soy débil... no puedo más... ¡misericordia!... ¡perdon!

Quedó así arrodillada en la actitud de la súplica y levantándose se dirigió á la sala, yendo á sentarse en el sitio en que tantas veces habia escuchado las palabras de Roquer.

Absorta en su preocupacion, empezó á unir los recuerdos y acudieron entónces á su imaginacion: Lóndres, la tertulia del Progreso, la noche de Colon, la misa en la Catedral, su encuentro en Palermo, el baile de Valdelares, el dia de las Carreras; las veces todas en que se habia encontrado con Roquer; Roquer á quien siempre creyera un indiferente, un escéptico y que habia cambiado ante sus ojos, confesándole un amor que en manera alguna podia hacerle feliz.

Estudiaba el carácter de Roquer y lo

comparaba con el de su marido; qué chocante le parecía entónces Márquez, cómo resaltaban las diferencias entre uno y otro. Lo veía á Roquer, jóven, gentil, delicado, generoso, ilustrado, y todos aquellos méritos subian en grado, cuando se fijaba lo léjos que quedaba su esposo de ese retrato.

Triste, con los ojos llenos de lágrimas y las manos cruzadas ante el pecho, vestida de blanco y la cabellera suelta, estuvo allí dos horas en medio á la oscuridad y el silencio, muda, como una estátua de blanco mármol que resaltára en el fondo oscuro del salón.

Preocupada con esas reflexiones temió que Márquez que aún no había llegado, entrara encontrándola allí y dejó la sala, penetró á la alcoba y se recostó tratando que el sueño le calmára esa fiebre.

Vencida en aquella tentativa inútil, no pudo descansar y esperó amaneciese para levantarse.

Era la mañana de uno de esos dias oscuros y frios de Junio, un cielo gris, cubierto de

nubes, se estendia por sobre la Ciudad, que envolvía la niebla, arrojando á intervalos una lluvia fina; aquello acabó de entristecerla.

Temiendo que Márquez notara su preocupacion fué á una salita, tomó la costura y empezó á trabajar una carpeta que habia estado tejiendo antes que la visitára Roquer.

Tejía y pensaba: la sala, el comedor, su cuarto de costura, el *toilette*, todo le mostraba un recuerdo de Roquer; hacia esfuerzos por olvidarlo y lo veía en todas partes.

Conmovida, con los ojos llorosos, la sorprendió la llegada de la madre, quien al verla en ese estado, le preguntó lo qué sucedía.

— ¡Ay! mamá... soy muy desgraciada, le contestó... muy desgraciada, y se arrojó llorando en sus brazos.

— Pobre mi hija... exclamó la madre, estrechándola junto á su seno y mezclando los sollozos.

Y todo por este hombre... haberte engañado así... ¡ah! si te quisiera... si te hubiera amado alguna vez... otra sería su conducta;

conformidad mi hija; hemos venido al mundo á sufrir.

— Me humilla mamá... me humilla... dijo Ernestina y continuó llorando.

Dando consejos la madre y llorando la hija, aquella escena se siguió quince minutos, hasta que Ernestina preguntó á la madre :

— Venías á buscarme... ¿no es cierto?

— Sí... venía á buscarte... quiero pases el día en casa... eso te calmará.

— Me distraerá, si distraccion cabe en la vida que llevo... ¡ah! te aseguro me es á veces tan insoportable mi situacion que me dan deseos de matarme, mamá.

Un grito agudo, de madre, horrible, arrancado al corazon, fué la contestacion á la reflexion de su hija.

— ¡Qué dices Ernestina!... ¡qué dices!... ¡qué!... pensarias matarte.

— Estoy tan cansada mamá... tan cansada... que á veces, lo repito, por qué no decirlo... deveras, me dan deseos de quitarme la vida.

— No, mi Ernestina... no mi hija... vive... todo, antes que la muerte.

— ¡Hola! señora, dijo entrando Márquez, que había pasado la noche fuera... ¿Vd. por aquí?

— Si... He venido á ver á Ernestina, respondió la madre, con disgusto.

— Es claro, á mi ¿para qué? murmuró Márquez, retirándose.

— Ves mamá, así: adusto, severo, hablando despacio, á media voz, entre dientes, es este hombre... nunca puedo conseguir de él otra cosa... le dejo toda su libertad y se queja... no sé lo que quiere.

Cuando Ernestina terminó su *toilette*, despidióse de su esposo, saliendo en compañía de la madre.

— Quieren dominarme, exclamó Márquez, al verlas partir; pobres gentes, no me conocen... caractéres metálicos, las sedujo mi fortuna, y permitieron el casamiento... ¿por qué se enojan entónces?... no se irriten... ¿Quieren gobernar aquí, en mi casa?... torpes! no lo conseguirán jamás.



XVI

Durante quince dias buscó Roquer una casa aparente donde pudiera verse con Ernestina.

No obstante andar en todas direcciones, los dias pasaban sin que pudiera encontrar un sitio á propósito y en las condiciones requeridas para cumplir su objeto.

Desesperaba de hallarle, cuando supo que próximo á Palermo y en paraje apartado como lo deseaba, se alquilaba una casa-quinta.

La calle sin nombre, donde estaba situada la quinta no era en 1877 lo que es al presente. El progreso que en los años transcurridos se ha operado por aquella parte de la Ciudad, la ha transformado.

No se veían en aquel tiempo los variados y hermosos edificios que adornan sus alrededores al presente y que dada su distribución, hacen de aquellos jardines y quintas, sitios amenos y pintorescos.

Así en 1877, el aspecto de aquel barrio era muy diferente. — Grandes quintas y terrenos cubiertos de arboleda, cortados los unos de los otros por largas zanjas defendidas por cercos de tala y tuna que dividían á las propiedades y se extendían á lo largo de las calles y la escasa poblacion que allí vivía, daban á esos sitios solitarios un aspecto triste.

La calle á que aludimos hacia entónces al descender al Bajo un gran ángulo en cuyo centro corriase una larga verja, sostenida por gruesos pilares de ladrillo que terminaban en un gran porton en la parte mas saliente.

Salvado el porton que daba entrada á la quinta, un camino largo y estrecho, limitado por eucaliptus, que lo sombreaban, conducía hasta el edificio.

Era éste una casa baja de forma antigüa, compuesta de ocho habitaciones distribuidas en cuadro y limitadas por un corredor, que sostenido por columnas gruesas y chatas, rodeaba el edificio.

Allí, en aquel paraje solitario, lejos del bullicio y á salvo de las miradas indiscretas, pensó Roquer, podía sin temor y en libertad esperar á Ernestina, los días en que iban á convenir debieran verse.

En dos días, Roquer amuebló, con sencillez y gusto la casa, y todo pronto advirtió á Ernestina, los pasos que había dado para que pudieran verse con toda independencia.

Ernestina rehusó terminantemente en un principio, acudir allí, donde al par que veía un peligro, conocía iba á tener que sucumbir.

Las palabras de Roquer primero, sus constantes pedidos y ruegos despues, la decidieron al fin á aceptar, no sin advertir lo mucho que arriesgaba al dar aquel paso.

Caminando en todas direcciones, tomando un libro y volviéndolo á dejar, asomándose á las ventanas, saliendo y entrando á las habitaciones, incomodado, nervioso, desesperado por temor de que fuera Ernestina á faltar á la cita prometida, se encontraba en la quinta Alberto Roquer, un día fresco y hermoso de otoño.

Los minutos pasaban y pasaban, y por mucho que se afanaba en que Ernestina llegara cuanto antes, no se oía ni el mas leve rumor del carruaje que debía conducirla.

Desalentado por la espera, tendióse sobre un sofá con el propósito de dormir, buscando por ese medio corriera mas rápido el tiempo.

De pronto paró la atención al ruido de unos pasos y sintió se arrastraba en el corredor una pollera: era Ernestina que llegaba.

Algo como una fruición sublime cuya sensación no podía explicarse, experimentó Roquer al oír el movimiento de aquel vestido.

Habia llegado ese día tan ansiado, que tantas veces esperó y pasándose las manos por los ojos, tomándose la cabeza, miraba embargado á Ernestina, sintiendo que su sensibilidad era débil, para soportar aquella impresion que le ocasionaba un violento estremecimiento.

Habia llegado Ernestina, la tenía allí, ante su vista, estaban sólo, en completa libertad, podía desechar el mas remoto temor, nadie los escuchaba y no obstante las reflexiones que se hacia, permanecía mudo, no pudiendo dar un paso.

Por último, Ernestina fué la primera que rompió el silencio, diciendo:

— Aquí me tienes... he cumplido la promesa!

— ¡Ah! contestó Roquer, á quien la emocion hacia temblar la palabra en los labios; ¡cómo te he esperado!... creía no ibas á venir... ¡has tardado tanto!

— Y he venido venciendo tantas dificultades... ¡si supieras!... creía no poder complacerte.

— Entónces ven... ¡acércate! dijole Roquer; tengo tanta necesidad de estar á tu lado; junto á tí... ¡ven!... ¡ven!...

A aquel ruego contestó Ernestina yendo á sentarse junto á Roquer, que le tendió los brazos y la llenó de besos.

Pasado un momento, en el que permanecieron abrazados, Ernestina preguntó á Roquer:

— Dime... dime mi querido; aquí no nos verán.

— Ni suponerlo... ya ves... el paraje es solo, *no anda ni una alma*; desecha dudas no te verán jamás, no temas... piensa estás conmigo.

— Entónces, muéstrame la casa... ¿á ver?... ¿á ver? dijo levantándose... házme conocer el nido.

— ¿El nido dices?

— Ya lo creo que así debe llamarse, porque aquí juntitos vamos á ser felices, ya que tu felicidad... tu mundo como dices, lo constituyo yo... ¿no es cierto?

— ¿Y acaso lo dudas? Si pudiera espli-

carte las crueles alternativas por las que he pasado, cuando suponía no ibas á llegar cómo lo tenias prometido, comprenderias como se puede medir este placer por aquel dolor.

— Hablas de dudas Alberto, la mujer siempre duda, cuando acepta un cariño semejante... Vds. los hombres son tan dificiles y á mas, ésta conquista para tí, ha sido tan fácil.

— ¡Fácil! dices, ¡fácil!... que no te voy á convencer nunca Clelia... Mira, á veces no te comprendo, ni me esplico tu conducta para conmigo... Un dia me dices que sí, que crees, otro... opinas lo contrario... ¿Cómo hacer para que me conozcas?... para que tengas la conviccion de que no te engañe; y como Roquer quedára preocupado, Ernestina contestó:

— Bien... dejemos esto... que si lo dije, es porque soy así... un poquito incrédula.

— Sí... dejemos ese tópico... me hace daño Clelia. A más... no quiero que aquí, donde hemos de estar juntos, se levante

nunca una recriminacion... se escuche la menor queja... ¿entiendes?

— Está bien, Alberto; está bien... entiendo.

— Por lo demás, da tiempo al tiempo y conocerás hasta donde va mi constancia... ella multiplicará tu fe; y torciendo la conversacion, agregó:

— Hablemos de ti... si vieras te idolatro... estás tan linda hoy... cómo te sienta ese precioso vestido!... qué bien te vá tu bonita gorra; cuanto te quiero!... tienes tantos encantos!... me dices tanto! Hasta en las cosas mas sencillas muestras un atractivo... Te estoy mirando ese moñito de cintas rojas y blancas de la gorra... está tan bien hechito... con cuanta gracia se muestra el costado de tu cuello que parece de mármol.

Y hablando así Roquer miraba á Ernestina que se paseaba por la habitacion.

— ¿Por qué no hablas? preguntóle, ¿qué haces?

— Miro estos bonitos grabados de Gavarni, son preciosos, tienen tanto gusto... veo

que nos parecemos mucho... Quería regalarte uno, idéntico precisamente á esta paleta que representa el *Beso de la Ondina*, pero te has adelantado... no importa, yo también he de enviar algo... quiero contribuir por mi parte á adornar el nido.

— Pues esos cuadros que tanto te gustan, los compré para que recrearas la vista cuando vinieras aquí.

— ¡Torpe!... si es por eso, hiciste mal, me basta contigo... qué mejor adorno que tú... A más, aquí hay árboles, sombra, silencio y soledad; para estar contigo eso me basta.

— ¡Te basta!... ¿me amarás siempre con igual calor?

— ¡Siempre! contestó ella oprimiéndolo.

— ¡Ah! entónces nada importa lo demás, aunque supiese que iba á experimentar todos los dolores... ¡todos!... ¿entiendes? los sufriría gozoso en cambio de tu amor.

— Pero dime Alberto, y tú ¿por qué supones no te voy á amar siempre... acaso es la mujer la que se cansa?

— ¿Preguntas por qué, supongo no puedas

amarme siempre como lo quiero y concibo? ¡ah!... es que yo tambien dudo.

— Yo te probaré lo contrario... ya verás.

Permanecian ambos sentados, cuando Ernestina lanzando una exclamacion, dijo:

— ¿Qué es lo que veo en la sala?... ¿has traído arpa tambien?

— Tambien... Es aqui precisamente donde quiero admirarte.

-- Y vas á oirme Alberto; y corriendo Ernestina á la habitacion contigua, tomó el arpa, sentóse en un taburete y sus manos arrancaron á las cuerdas variaciones favoritas á los gustos de Roquer.

Y mientras Ernestina hacia correr rápidas sus manos por el arpa, conmovido Roquer, ante su presencia, le dijo:

— Te quiero criatura... te idolatro!... ¡ah!... tú no sabes lo que por mí pasa... no puedes imaginarte qué gozo, qué placer es el que experimento... no hay palabras que lo digan... el lenguaje humano no tiene expresiones bastantes ricas para pintarlo.

Ernestina no le contestaba; conociendo la

impresion que producía, seguía arrancando notas y sonreía escuchando á Roquer, cuyas palabras llenas de calor le hacian palpitár el pecho, que al levantarse agitaba las blondas de su bata. — No pudiendo reprimir su emocion y tendiendo los brazos á Alberto, tomóle la cabeza y dándole un beso en la frente dijo:

— ¡Qué hombre eres... cómo te espresas... si es preciso creerte... no quiero suponer hagas de mi una infeliz olvidándome mañana!

— ¡Olvidarte!... yo olvidarte!... pero si no puedo vivir sin tí... si vieras mis luchas, si hubiera alguien que fuera á contarte esta batalla desesperada en que vivo, correrías á casa... irías á verme allí... pero... ¿qué tienes? la interrogó de pronto deteniéndose en su declaracion.

Y como Ernestina no le contestára y viese juntaba las manos á sus ojos, volvió á decirla:

— ¡Lloras!

— Si, lloro... lloro de placer Alberto... yo

nunca había oído hablar así... es la emoción, el contento, ¡esto es vivir! si, vivir!.. dijo estrechándolo.

— Pero, no llores.

— Es que me daña la vista el sol tan fuerte que penetra por las ventanas.

— Entónces espera, voy á cerrar las persianas y entornar la puerta.

Roquer efectivamente levantóse y cerrando las persianas, quedó la salita en una semi-oscuridad, volviendo luego á sentarse al lado de Ernestina.

Despues, se oyó un leve rumor de besos y la respiracion agitada de los dos.



XVII

Aquellas citas, aquellos momentos de vida en el Cielo, como los llamaba Roquer en su lenguaje hiperbólico, repitiéronse tantas veces, cuantas Ernestina, ya con un pretexto ya con otro, podía salir de su casa, para dirigirse al nido, como ella había dado en designar á la quinta.

Las semanas se seguian y rara era aquella en que Ernestina no iba á verle. Amante, jóven, gentil, aquellos atractivos pintábanla á los ojos de Roquer como una mujer única, excepcional.

Tanto tiempo había pasado á sus ojos como una esperanza imposible, que cuantas veces la tenia allí, la cubria de besos, la opri-

mía con sus abrasos y sus palabras eran pocas para expresarle lo que sentía.

De tarde en tarde volvía de aquel sopór en que vivía, miraba al mundo y se creía feliz, al verse desprendido de él, en completa independencia.

Y de pronto, cuando mas arrobado en sus recuerdos se sentía, experimentaba dolores horribles, le parecía atravesábanle con acero las venas, y luchaba por arrancarse ideas hijas de amargos presentimientos.

Entónces aquellas ilusiones, el amor, los deseos y sentimientos, el afán por verla, iban borrándosele y sentía una sensacion de amargura que le daba lástima de sí mismo al verse sólo, lejos de Ernestina.

Era que le asaltaba la duda, pero una duda que le causaba escozor, que llenábale de espanto.

— ¿Le era fiel en efecto Ernestina?... Era cierto cuanto le había dicho y jurado?... No le pertenecía á Márquez; á Márquez, que fueran cualesquiera las causas de indiferencia para con su mujer, era al fin su esposo,

podía hacer valer sus derechos, hacerla suya en cualquier momento, desde que estaba allí en su casa, junto á ella, los días y las noches.

Podía suceder eso, lejos de él, cuando Ernestina no tenía defensa, no lo veía!

Pensando así, batallando con esas ideas que tan pronto se le iban, como súbito le asaltaban, forjando proyectos, soñando quimeras, sentíase débil para aquella lucha terrible, de combates diarios, en que no obstante buscar en vano un paliativo al sufrimiento ó tratar de destruir sus temores, siempre quedaba en pié la duda.

*
* *

Un día, cansado de una espera inútil, en que no obstante prometerle Ernestina que iría, no acudió á la quinta, salió de allí desesperado llegando á su casa, en momentos que Ortiz se sentaba á la mesa.

Este que le había sentido entrar, viendo no pasaba al comedor, levantóse y fué en su busca.

-- He oído tus pasos, Alberto, y como te aguardaba en la mesa, me he cansado de esperarte ¿por qué no vienes á comer [le dijo?

— No tengo apetito, contestó Roquer.

— Vamos... ¿á qué hay un disgusto de por medio?... ¿qué sucede?

— Vengo rabiando... hoy no ha ido como me lo tenía prometido, y como ya va muchas veces que sucede ésto... me disgusta: es natural.

— No habrá podido salir; habrá tenido que hacer... quién sabe lo que sucede... tal vez no haya querido ir, dijo con firmeza Ortiz; son tan caprichosas las mujeres, y á más tú eres tan exigente.

Sí, soy exigente Horacio porque la adoro... porque sufro espantosamente cuando no la veo... la quiero tener siempre á mi lado y no obstante decirme ella que me quiere mucho, mucho, é ir allí una y otra vez, nunca encuentro satisfaccion, jamás será aquello bastante... Está conmigo, pero se va y vuelvo á quedar, cual antes de verla sinó peor.

— En la culpa va el castigo, ves Alberto, en la culpa va el castigo. Sí, irá una y mil veces y, te sucederá mañana y otro día lo que acontece hoy, no te saciarás nunca, jamás, aunque ella se te llegue á entregar; aunque pierdas todas tus fuerzas, porque has ido á encontrar amor, donde ménos debiera buscarse, en la mujer casada.

— Nó... es Horacio, que tengo algo, aquí adentro, que me está matando, no sé si ese deseo que no me satisface ó la desesperacion y la duda.

— ¿Y dudas, fundadas en qué?

— En que estoy celoso, gritó Roquer.

— ¡ ¡ Celoso !!

— Sí.

— ¿De quién?

— Del marido... de Márquez.

— ¡ Ah! luego éste es un colmo... una locura... Celos del marido ¡ espléndido!... ¡ espléndido! já... já... já...

— Riete... riete, haces bien.

— Pues ya lo creo que hago bien... cómo no me he de reir si esto produciría la hila-

laridad del individuo mas sério del mundo... Dices que tienes celos del marido... ¡qué cosa tan buena! Pero... ¡desgraciado!... cabe en cabeza humana, que por mucho que esa mujer te quiera, ha de conseguir tu amor despojar al marido de derechos, que en su caso, no digo tú, nadie en el mundo podrá quitarle.

Mientras á ese matrimonio lo cobije un mismo techo, inter estén unidos; aunque ese cariño revestido de aparente calma sea una mentira, seria, Alberto, entiende bien, seria imposible, que Márquez no la haga suya.

Solo un hombre débil, ciego, en quien no impera la razon, puede abrigar la creencia de que no obstante las promesas que te haga Ernestina, ella no será de Márquez.

— Y si á eso agregas Horacio, que me hace sufrir.

— ¡Qué!... son exageraciones tuyas.

— No... te aseguro que es ella misma, la culpa de todo esto...

Muchas veces me halaga, me tiende una

caricia, me da una esperanza, y despues, cuando ha conseguido todo eso, se va, me deja solo, desesperado. Ella misma me dice que es mala, y me habla de la sociedad, de las amigas, de lo que dicen... qué me importa á mi de la sociedad... de sus amigas... las desprecio.

— Entónces qué clase de mujer es ésa, que te quiere y te hace sufrir... que te da citas y te engaña... ó yo soy muy torpe, ó este amor es un *bochinche* que no entiendo.

Luego dices desprecias á la sociedad y á las amigas... que no te importa. ¡La sociedad!... *estás fresco*, si te tòmala á tí y á ella por comentario de sus conversaciones, ya tienen para divertirse.

¡La sociedad! ¡ay! de que lo sepa; el dia que delincan, les clavaría á serle posible un tridente en las carnes hasta hacerlos gritar de dolor.

¿Por qué, dirás? Muy pocos lo harian en nombre de la Moral, se está violando todos los dias; los mas por envidia, no pudiendo hacer otro tanto, de encono.

La sociedad, esa entidad anónima, como que no tiene responsabilidad, hiere hasta saciarse Alberto; ese niño grande y mal criado lanza la piedra y esconde la mano, y lo peor es que hay que aguantar el chubasco con los lábios cerrados, porque si le dices, no digo las verdades del barquero, algo no mas en su contra, se enoja y se irrita, es capaz de ahogarte, pues es cierto que existe gente allí, que espía, tienen un placer en ello, hasta los actos mas intimos de la vida, que son capaces de irte á escudriñar por las rendijas de tus puertas, para ver lo que pasa en el interior de tu casa, é ir en seguida con intenso placer á comunicar tus secretos al que los quiere oír. Ya ves lo que sucedería si los descubriesen: ¡ay! de los dos.

Y aquí viene bien te cuente al respecto un hecho personal, escucha:

Visitaba en casa de un amigo... amigo ¿eh? entiende bien, amigo, casado con una muchacha muy linda. Dió la casualidad que iba y muy á menudo á su casa, porque

la sociedad de ellos me halagaba : era para mí esa casa una de aquellas que uno toma como refugio para estar á su gusto.

No faltó alguno que dijera acudía yo á la casa con la intencion de enamorarle la mujer... ¡qué bárbaro! y aquello, oyéndose aquí y allá empezó á comentarse de todas maneras.

Yo inocente, y también ellos, no nos apercebimos al principio, pero las cosas subieron de punto y fueron agrandándose hasta convertirse en montaña.

Pasó el hecho á conocimiento de la familia, gente digna y de honor sea dicho de paso, y aquí fué Troya... ¡hubieras visto!... ¡qué barullo!... Metióseles entre ceja y ceja que yo pretendía efectivamente á la señora ; ¡qué ódio me tomaron y qué guerra me hicieron!

Yo no sabía de qué manera componérmelas para disuadirlos ; si querían hasta hacerme echar de la casa, á mí, que visito á lo mejor de lo mejor y nunca me han expulsado de parte alguna.

Me juraron un ódio tál, que pienso que en aquella casa, cuando llegaba la hora de recogerse, todos entregaban su cuerpo al sueño, con una maldicion en los lábios, implorando á Dios mi exterminio; cuyo pedido á ser yo culpable, habria sido, lo mas justo.

Pero eso no fué nada; habia en esa familia un tipo, *el hombre de los chalecos*, como lo clasificaba un amigo, por la variada y estrafalaria coleccion de estos que usaba: aquella masa de grasa ambulante, cuyas carnes eran un tembladeral, pues se le movian como un pudin de gelatina, aquel tipo, el mas repelente, abyecto y cobarde que he conocido, que vendió su voto en una Cámara por un puñado de billetes de Banco; que fué á Europa y burló á sus acreedores, pues los tranpeó á todos, no obstante servir un cargo público; iba muy suelto de cuerpo á comunicar por ahí, á todo el que lo oia, que yo habia tenido la audacia de pretender á la prima. La gente que lo escuchaba se echaba á reir á carcajadas y decia: ¡qué bestia!... ¡qué bestia!... está dando indicios!

La sociedad en seguida *casó al vuelo* el hecho, lo comentó á su gusto, y aquí comenzó una retahíla de barbaridades; se dijo esto; dijose aquello; que yo regalaba propiedades y cajas de joyas de altísimo precio á esa señora, que era la mujer mas modesta del mundo, y quien al oír mi primera declaración de amor, que nunca se la hubiera hecho — porque era esposa de un amigo y la respetaba, á mas de que sabía hacerse respetar — me hubiera puesto de patitas en la calle... Aparte de que el día que penetres en mi estado psicológico, verás cuan cierto es no puedo amar á nadie... te lo juro por mi honor, y mucho ménos á casadas.

Al fin cansado de aquello, me retiré mandándolos al diablo á todos ellos y á sus cavilidades, y lamentando profundamente la pérdida del aprecio de la madre á la que adoraba... que para que yo adore á una vieja!

Meditaba una venganza contra el calumniador, porque eso sí, á ese que había sido el elemento de discordia no iba á perdonarlo, cuando un día vinieron á decirme que habia

muerto de un ataque de apoplejia fulminante: ¿Sabes lo que contesté?... que el infierno á existir le sea duro.

No lo perdoné, tan es así que un dia que la tia supuso lo iba á matar, le observé:

— Quia!... señora, no tema; nunca me ensuciaré las manos en él.

— Pero Vd. lo odia, observó.

— ¡Tampoco señora!... Eso hace todo el mundo, yo lo desprecio porque puedo, que odiar lo hace quien quiere...— Pero á lo ménos Dios perdona, volvió á decirme la señora...— Si, le contesté por último, pues yo esta vez desco ser mas que Dios, no quiero perdonarlo, y la señora miróme asustada y mandóse mudar.

Con ocasion de este suceso, un dia que me encontraba en casa de un amigo, cayó la conversacion sobre mujeres, y uno de los presentes, acercándose, me dijo: lo felicito.

¡De qué! le contesté admirado.— Phsit! volvió á decirme, mire que yo lo sé, es inútil *ché*, quiera negarlo, lo sé y lo felicito.— Pero acabemos de una vez le observé: ¿de qué me

felicita? — Se lo dije de tal manera y con un modo, que el zonzo no volvió á insistir.

Y lo mas irritante del caso, que como la gente es tan torpe, ya no podia visitar tranquilo en parte alguna, pues creían había dádome el fuerte por festejar casadas, tan cierto es que á una muchacha, una idiota, dábale en manifestarme bromas en ese sentido, á lo que le contesté: de manera que yo, á ser cierto lo que Vd. afirma en lo referente á casadas, me he vuelto un irresistible y solo falta que haya señora que seducida por mis encantos, mande en mi busca ó exclame delirante: que me lo traigan, ya que todas se han prostuida, segun Vd.

Ya ves, si en el caso que te he referido, y en que no existía nada, absolutamente nada, por mi honor te lo juro, se decía y calumniaba, que de la calumnia por desgracia siempre algo queda, qué sería en el tuyo, pues ha llegado el caso de exclamar: que es lo que puede decirse y que lo que debe callarse.

¡Ay de Vds! repito, si la sociedad los

toma por blanco, mejor es que se mueran los dos... mejor es que se mueran.

Ved que al paso que vamos, con la crítica puesta al alcance de todo el mundo, nadie se detiene, cayendo envueltas en sus tiros inocentes y culpables, y que será preciso para evitarlo no ir á casa de los amigos casados, só pena de hacerse sospechoso, ó de que crean vá uno á camelarles sus esposas y se tenga que andar á palos ó algo peor, con algun Otelo... Que cuando existe algo, se critique y censure, pase, está bien, que así lo haga la sociedad; eso si se quiere es un freno y debe contenerse, pero que cuando nõ hay nada, absolutamente nada, venga á acusarse y poner en la picota la reputacion de una mujer, es para decir: Nó; alto allá lenguas largas, aquí nó; id á otra parte con vuestras bajezas, vuestras mentiras y vuestras calumnias.

No estás viendo el papel que representan entre nosotros los diarios!... A propósito de publicar novedades, chismes sociales, de ofrecer el plato del dia á los lectores, como así lo

designan, se entrometen hasta en el hogar y no respetan ni aún aquello que se refiere á la vida íntima de la familia, y lanzan la noticia y comentan el hecho y hacen su crítica, á efecto de ponerlo al alcance de todo el mundo... Son capaces de irte á *reportear* hasta la cocina de tu casa, para ver qué platos se sirven en tu mesa. — Sucede muchas veces que se equivocan y entónces aunque el arrepentimiento sea sincero, que con eso no se remedia nada, queda la familia hundida, y anda despues tú á pedir explicaciones, ó tratar de saber quien se lo dijo á quien; nadie te contestará; cuando más, un insolente ó mal intencionado de esos, te dirá : nos equivocamos; lamentamos mucho, etc. etc... eso, sinó te se ríe ó se alza de hombros diciendo: y al fin qué me importa, son los inconvenientes de la publicidad.

Se anuncia por casualidad un libro y no falta un individuo de esos que actúan en la prensa, y al que no le eres simpático tú ni nadie, precisamente porque se agita en la nada y no permite que otro superior, mas

digno que él, se levante una pulgada del suelo, y urge cualquier cosa para despres-tigiarte si puede.

No espera que aparezca el libro para *deslomarte*, si así se le antoja. Nó... ni pensarlo.

Dice muy al contrario: Vamos á embromar á éste *tipo*, si el libro ha de ser algun *macanazo*, palabra que dice, aunque mucho se use, de toda la guaranguería del que la pronuncia, y ya pronto te endereza un insulto anónimo que despues suele pagar con una tempestad de palos.

Muchas veces me he preguntado, dónde ha ido á beber la prensa de este país, ese ejemplo mas que pernicioso, corruptor.

He oido una vez — á propósito de una noticia de diario — á un marido, destrozar el honor de señoras que no daban que decir, pero que tenia solo el defecto de ser hermosas, que eso vá siendo un defecto, y era tanto mas irritante aquello, cuanto la esposa de aquel que así se espresaba, tenía una reputacion dudosa, fundada en muchas y lógicas razones.

¡ Pobres mujeres!... A aceptar ese temperamento, no quedará una con reputacion sana en este país, en el que la mujer mala es la excepcion.

Y este juicio que formulo de la sociedad, que al fin no es la peor que conozco, lo fundo en los mismos elementos que ella suministra, en sus exageraciones.

Ved otro ejemplo.

Llega un dia, en que se abre al público, demos el caso, cierto bazar de la China; las personas que ven aquello, se precipitan, las señoras principalmente y los hombres, que tambien no faltan *pavos*.

Amontónase la gente, rodéase el local de carruajes, como si se tratara de alguna hermosisima fiesta; todo lo que ha dado en llamarse *high-life* acude allí, y llega el caso de tener que cerrarse la puerta del bazar y entrar previo un permiso especial y apelando al llamador; á no tomarse esa medida, la gente hubiérase ahogado en el bazar, pereciendo unos cuantos de axfisia.

Las señoras salvan la entrada, penetran

al recinto, y viendo lo que cuelga de las paredes y escaparates, sedas, rasos, bronce, sombrillas, pañuelos, bordados, tapices, cortinados, porcelanas, hasta muñecas, y entre otras cosas un té famoso del que se proveyeron las familias que acudieron y cuya consecuencia fué, que al día siguiente de gustarlo, todas ellas despertaran enfermas, con unos dolores bárbaros y no se oyere en sus casas sinó el repiquetéo de las campanillas eléctricas y este solo grito : tilo... manzanilla... por Dios!!.. que no puedo mas!!

Al ver todo aquello exclaman: ah! ah! ah!... las cosas de la China y vuelve á oirse la exclamacion ah! ah! ah! qué lindo!... qué hermoso!... qué raro!... ah! ah! ah! las cosas de la China. Tanta señora como acude, no se dá tiempo para gastar y comprar hasta chucherías que para nada les servirán: los dependientes y encargados tienen que multiplicarse para satisfacer el pedido de tanta boqui-abierta.

Las señoras salen de allí, conversan, elogian, hablan en todos los tonos, y os aturden

los oídos durante quince días á propósito de las cosas de la China, de las que muchas estuvieron allí como yo en el Polo.

Sucede otro día, que llegan dos compañías líricas. La gente acude á los Teatros, y entre estas, muchas familias que se privan hasta de dos ó tres platos con tal de irse á pavonear allí.

Se escuchan las óperas y salimos con que los cantantes no pasan de unos pobres histriones.

Aparece un crítico, un literato, que aunque no entiende gran cosa de música, posee tino bastante certero para juzgar y decirles: os están robando la plata, todo esto que tanto aplaudis no vale dos cobres... haceos respetar al ménos é impedid que os esploten.

¿Qué sucede?... creis que le hacen caso?.. Nada de eso, los amigos, esos que se dicen tales, son los primeros en dársele vuelta y censurarlo de todas maneras, y para que nada falte salta otro *crítico* en las columnas de un diario, y lo trata con todo el refina-

miento que exige la urbanidad y la diplomacia, llamándolo simplemente basurero.

Como la sociedad no tiene de qué ocuparse, se forman en el momento dos partidos que designaremos así: el de la Opera y el de Colon, ó vice-versa: los diarios toman tambien como es natural, su parte en la discusion.

Váse en seguida al Teatro y allí los zánganos y los chiquillos que en lugar de presenciar la fiesta debieran estar con las cabezitas dobladas sobre los libros, acuden al silvo, á los ¡afuera!.. y ¡abajo! á la vista y paciencia de las damas y niñas que se admiran de aquella maravilla; y escena semejante convierte al Teatro en algo muy parecido á Plaza de Toros, cuando en realidad lo que haría un pueblo que blazonase de culto, sería abandonar la representacion y dejar que los artistas cantasen á las apotadurias y telones.

No se habla sinó de la voz del tenor A ó del baritono B; cuál de las dos compañías

posee mejores artistas ; llega á tratarse con tanto calor y entusiasmo el tema que la gente habla de armonía y contrapunto y no sé cuantas cosas.

Las familias te reciben y hablan de la cosa, como si se tratára de una cuestion de estado ó interés público, y lo peor es que hay que escucharlas hasta el fastidio y salir de la visita preguntándose, si esas gentes no tienen otra cosa de que ocuparse !

Si, me respondo, debe destrozar al prójimo, y triturarte á tí Alberto Roquer, si te descubre el juego.

En lo tocante á Ernestina á ella como es mujer, la perseguirá con la pulla, la burla, el sarcasmo y el anatema ; no encontrará una mano que la levante, si se esceptúa la del hombre que se le acerque para prostituirla.

Así procederá la sociedad con Ernestina, aunque al dia siguiente de ultimarla, acuda presurosa á zangolotearse á los salones de uno un millon de veces peor que ella, ó vaya á beber los vinos y gustar las pastas

que le sirve un hombre, á quien no obstante halagarlo, tilda de ladron.

Si, así hará la sociedad porque en ese eclipse total de buen sentido en que generalmente se agita, no se anima ó no se atreve á establecer una línea definitiva de separación entre las inocentes y culpables.

Sociedad goda, novelera, de chisme, hija genuina de la España, de la España, de esa nacion que se detiene en medio del progreso que agita á la Europa, de la España que al dejarle el valor ingénito de la raza Ibérica, le legó todos sus defectos miserias y ridiculeces.

—Pues bien, Horacio, aceptando tu crítica y no obstante lo que suceda, seré firme... la quiero, no puedo estar sin ella... si tengo algo aquí, dentro del cuerpo, que me mata, que me roe las entrañas, dijo Roquer, tendiéndose sobre la cama y oprimiéndose el corazón.

— ¡Oh! no buscabas una pasión, tóma pasión, le contestó Ortiz.

— Está enferma, Horacio... la digo que se

cure, tiene una toz desagradable que me hace temer por ella... pero nada... no quiere atenderse.

Aquella noticia hizo parar la atencion de Ortiz y quedó un momento callado, luego habló:

— Estás en el periodo álgido de la peor de las situaciones, cálmate y oye:

De todos los amores, habidos y por existir, no conozco ninguno mas torpe, que el que rara vez por fortuna inspira la mujer casada.

Decias hace un momento, que Ernestina va á la quinta, que la ves, que la hablas y que á pesar de esas constantes visitas, no se te calma nunca la fiebre, el deseo de verla, que es algo lo que sientes, como un hambre intenso de tenerla... Eso es cierto Alberto y en tu estado y con tu carácter, debe ser muchísimo peor... el dia que la hagas tuya sucederá lo mismo... no te saciarás jamás, lo repito.

Van para tres años que sigues ésta vida, ignoro el tiempo que durará, pero lo que

si sé, es que á ese paso, todas las desventajas están contigo.

¿Cuál es la compensacion? Hasta ahora ninguna... mañana, un momento rápido, muy rápido de placer en un cariño difícil de gozar y despues... imagínate lo que puede acontecer, allá en el hogar... cerca de Márquez... Deja esto Alberto, abandónala, es mejor.

— No puedo Horacio... si no puedo.

— ¡No puedes! Haz un esfuerzo por doloroso que sea, que el dia que esto termine, te he de dar el abrazo mas efusivo que hayas sentido.

— Me asombra oírte hablar asi, Horacio.

-- Es que soy un hombre de razon y quiero quitarte esa venda que te cubre los ojos... Cualquiera en tu lugar habria procedido de diferente manera ; en este contrasentido, tú eres la escepcion. A sucederle á un hombre caso semejante al tuyo, no le habria dado importancia alguna á Ernestina, porque ésto de enamorarse de mujer agena, insisto en decir que es tan torpe como tonto, si quieres

mas, afirmaré que hasta súpico, Alberto entiende bien, súpico, trátase una mujer que se reparte al fin... ya lo dije.

Yo tambien me forjé alguna vez, una idea como la tuya de esta clase de cariños, á qué hablar de eso ahora... yo sí que en realidad no puedo ser feliz, en amores al ménos, ya es tarde.

— Una carta para Vd. señor ; dijo el criado entrando y entregando un sobre á Ortiz.

— A ver... á ver, dijo, abriéndola: ¡Ah! si, son quinientos fuertes ganancia de anoche y guardándolos entre la cartera, preguntó á Roquer.

¿Y vienes á comer?... sí ó nó:

— No voy... he dicho que no tengo apetito.

— Bueno; ahora para coronar la fiesta no comas... ya ésto es para dar rábia, y terminando aquella palabra, Ortiz llamó al mucamo diciéndole :

— El señor no come aquí y yo tampoco; dadme el sombrero y los guantes que me voy.

Y poniéndose el sombrero y calándose los guantes Ortiz, disgustado con la conducta de su amigo, salió á la calle en direccion al Club.



XIX

— ¿Se te pasó el *spleen*? preguntó Ortiz á Roquer que entraba al salon de lectura del Club, donde despues del incidente anterior se encontraba éste, tratando de distraerse leyendo diarios y revistas.

— Déjadme... prefiero hablar de otra cosa, contestó Roquer, y dándose vuelta para mirar la confusa algarabía que formaban un grupo de socios, preguntó á Ortiz.

— ¿Qué sucede allí?

— Qué ha de suceder, ya ves todos hablan á un tiempo; discuten de *politica*: mira, observa, como se preguntan y contestan, qué confusion de opiniones, ved como cada uno opina que él tiene la razon negándose la al contrario, señal evidente de

que no está con ninguno... Fijate en cabeza parlante, él domina á todos, nunca lo he visto como esta noche, siente el furor de la palabra.

Aquellas observaciones de Ortiz, iban efectivamente dirigidas á un grupo de personas conocidas, que encontrándose reunidas discutian sobre politica, á falta de otra cosa.

De fácil palabra los unos, exaltados los otros, dando todos salida á la pasion no á la imparcialidad, formaban con la discusion un confuso clamoreo, que hacia dificil seguirlo en el curso de las ideas.

— Yo no veo aquí donde están los principios, decia un señor anciano, rico hacendado del sur; lo que si palpo, es el poco patriotismo de los hombres que dirigen la cosa pública; lo único que se consigue es alterar el orden y dividir la sociedad en bandos irreconciliables que hacen el descrédito de nuestro sistema de gobierno y la ruina del país.

— Pero Sr. D. Francisco, observaba Ma-

nuel Martinez que era precisamente á quien se habia referido Horacio Ortiz momentos antes; los pueblos republicanos como el nuestro, necesitan imprescindiblemente momentos como los actuales, en que esperimenten grandes sacudidas para retemplarse en el trabajo de la vida política. El espectáculo por doloroso que sea, es necesario... no temamos la alteracion del órden, estos son países ricos, jóvenes, que ayer vinieron á la vida, y que poco dá pasen por un momento de crisis; mañana se levantarán mas fuertes, mas animosos... *vacilan, pero no se equivocan.*

—Palabras, nada mas que palabras, contestaba el aludido; estos mocitos que sienten correr la sangre con celeridad, se espresan con calor... Cuando Vd. llegue á mi edad, ya verá como varian sus opiniones y cuán diverso es el juicio que se forma de los hombres de esta tierra.

— Mas Vd. no me negará que en mi partido los hay eminentes; que sus servicios los reconoce todo el mundo, pues son intelligen-

cias preparadas con los conocimientos bastantes que exige el mecanismo de la vida pública... En el partido contrario, allí sí, allí, le podría clasificar, no digo yo, cualquiera, los fatales errores que sus hombres han cometido. No está léjos el día...

— Siempre el exclusivismo.

— ¿Y en qué país de este mundo no son señor, los partidos exclusivistas?

— Pero no del modo que lo son aquí... Nosotros dicen aquellos, nosotros poseemos la suficiencia bastante, la preparacion exigida para dirigir al país por el camino del engrandecimiento, del progreso. No señores, no son ellos, dicen los otros, los mas preparados, los hechos han probado lo contrario, esos hombres en vez de ser útiles á la Pátria, no han servido sinó para ser funestos. Y así en esta confusion en que las palabras son muchas, las ideas ninguna, se forma un galimatias, el caos, en que nadie se entiende y todos nos perdemos.

— Vd. Sr. D. Francisco no tiene fé... habla con tanto pesimismo que causa dolor

el oírlo. No obstante ése porvenir preñado de peligros que Vd. vé y esos movimientos anárquicos que hoy revientan aquí, mañana allá, y que despues se estenderán á todas partes, forman la opinion de la masa del pueblo que hace el gobierno, y que va unido, compacto, al triunfo de sus propósitos, cuando están encarnados en un partido, que enarbola una bandera como la nuestra, bastante ámplia para que á su sombra tengan cabida todos los hombres de buena voluntad que han nacido en esta tierra.

— Si, lo que se quiere es el negocio, amigo, es eso lo que se busca, exclamó otro de los circunstantes; hacer fortuna, pronto sin trabajo y despues *que el que venga atrás que arree*; vea sin ir muy léjos lo que va para el porvenir en la inmensa deuda que se amontona... ¡pobres nuestros nietos! esos si que van en realidad á *economizar sobre su hambre y sed*... Somos la nacion de Sud-América que adeudamos mas al exterior. Es una verguena vamos á la bancarrota!!

— Es claro, exclamó Martinez, que nadie

trabaja y lucha para arruinarse, ó procede como el griego aquel, que cuando le hablaban de economía y riqueza, decia: que renunciaba á ellas, que no las necesitaba para él, viviendo tranquilo en su pobreza, y que en cuanto á guardarlas para sus hijos ménos lo haría, por cuanto siendo pobres debian aprender á ganarse el sustento... Nó! Los tiempos han variado, es estraño ese desinterés, para el siglo diez y nueve... En cuanto á ser la nacion de este continente que adeudemos más, nada importa, somos ricos, y en el poder se hacen grandes reformas... No vamos á la bancarrota: con todos nuestros defectos, marchamos á vanguardia del progreso en América!

— ¡ En el poder !... Trabaje y déjese de poderes, objetaba el mismo señor que antes habló, pero no vaya á medrar con los intereses agenos y dineros públicos, que todos les parecen pocos.

— No señor, replicaba Martinez, no se trata de medrar con los dineros públicos; al contrario, se quiere salvar al país, multipli-

car sus habitantes poblando los territorios desiertos, estender las vias de comunicacion, los ferro-carriles, esplotar las abundantisimas riquezas naturales de la República, traer á nuestras playas el comercio exterior, abrir puertos, canalizar los rios, llamar los capitales extranjeros, conquirtar el desierto, hacer del sufragio una verdad, enviar á los mercados europeos, las lanas, frutos y cereales del litoral; los vinos de Mendoza y San Juan, los minerales de la Rioja, Catamarca y Jujuy, el petróleo, el kaolin y café de Salta, los mármoles y granitos de Córdoba y Buenos Aires, las maderas del Chaco y de Misiones, los azúcares de Tucuman y Santiago, civilizar el pais en fin, alejando la barbárie.

— ¡Muy bien! ¡Manuel... has estado muy feliz!.. Tus palabras forman todo un programa de gobierno... es de sentirse no estés en un ministerio ó en el Congreso, que entre nosotros, á parte de los conocimientos de que haces gala, no se exige ilustracion para ser diputado, está probado; exclamó

Ortiz que se habia acercado á la reunion y entraba en la conversacion disparando flechas á Manuel Martinez.

— Vamos, se coronó la fiesta, dijo uno de los viejos, con Ortiz aquí, tenemos para pasar un buen rato.

No señores, contestó éste, yo soy hombre de paz y si vengo á permitirme tomar parte en la discusion, es con el solo objeto, de mantenerla en términos altos, sin chocar ni herir susceptibilidades... Me parece que así, bien se puede seguir esta polémica, que con tanto brillo como competencia sostiene Manuel Martinez... ¿No es cierto señores?

— ¡Si! ¡si!... contestaron todos á una voz.

Y continuando con la palabra, espuso.

Yo creo como Martinez que es menester, llamar aquí todos esos progresos, que nos harian prósperos engendrando la riqueza, felices, satisfaciendo con regularidad las necesidades.

Nuestro gran modelo, el gran ejemplo á seguir, es la gran república de los Estados Unidos del Norte; van para setenta y cinco

años que vivimos estudiando su engrandecimiento moral y materialmente considerado, siguiendo sus progresos, copiando sus teorías; verdad que no las aplicamos, sino muy allá de vez en cuando, pero eso nada supera á la bondad del sistema, con los años tambien se nos ha de designar, con el pomposo título de la Gran República de las Provincias Unidas del Plata, cuya capital ya puede darse las ínfulas de ser una ciudad en que se vive lo mas caro posible, y de aquí señores un principio de semejanza con Albany, capital de Nueva York, lo que ya es un consuelo, pues eso importa un aviso de que esta ciudad en que vivimos, es ya, sin esperar al futuro, como la yankee.

Yo podría, señores, probar hasta la evidencia, como vamos siguiendo paso á paso á ese gran pueblo; para justificarlo me bastará dar á luz un solo hecho: el fraude del sistema electoral, el escamoteo del voto, base de nuestra forma de gobierno, forma ¿eh? porque en el fondo no hay nada; en eso lo seguimos á la letra, con una diferencia en

nuestra ventaja, que como somos nacion mas jóven las aventajamos: somos mas precoces...

Una advertencia del mozo, obligó á Ortiz á interrumpir su exposicion y se retiró exclamando con sorna:

Es lástima, señores, que ésta discusion no se continúe; tenía pensado decir otras cosas, pero como me llaman, dejo la palabra á mi ilustre contrincante y amigo Manuel Martinez.

Efectivamente, Ortiz que como de costumbre estaba de broma aquella noche, dejó el grupo de los politiqueros y pasando á otro salon, acercóse á una mesa y principió una partida de *lansquenet*.



SEGUNDA PARTE

HORACIO ORTIZ

I

Adversa le fué á Ortiz la suerte aquella noche, pues empezando á jugar mal, escuchó á uno de los de la mesa, unas palabras que lo disgustaron y terminó por perderlo todo.

Levantándose tomó su sombrero, salió del club, subió al carruaje y dijo al cochero: á casa!

Llovía con fuerza, y la tempestad que arre-

ciaba, parecía con sus continuos relámpagos y el bronco ruido de los truenos, aumentar la fiebre que Ortiz experimentaba en ese momento.

Con las manos crispadas por la rábía y lanzando en cada palabra una maldición, exclamó colérico:

— ¡Íra del Cielo!... Quisiera que una de esas centellas me reventara en el cráneo... Vida miserable.

Despues, serenándose y lanzando un suspiro, agregó: ¡No importa!... tiempo al tiempo.

Llegado que fué á su casa, encontró á Roquer jugando con su perro Leal, al que acudía en sus ratos de tristeza.

Cuando Roquer lo vió entrar, preguntóle:

— ¿De dónde vienes á esta hora, con este tiempo? son las tres de la mañana!

— Dando tumbos, andando á saltos con el coupé, salvando las calles convertidas en rios he llegado aquí, ya me ves... vengo del club, hoy me han vuelto á liquidar, y terminando de hablar empezó á desvestirse.

Roquer que veía á su amigo en un estado febril, le dijo en tono de reconvencion:

— ¡Qué vida! Horacio... ¡qué vida!

— ¡Oh! si es mejor la tuya, le increpó Ortiz, convertida en un barullo.

— Si... porque quiero á una mujer.

— Que no merece ser querida, digámoslo una vez por todas, porque tal vez te está engañando; que te absorbe, quitándote el tiempo que debieras emplear en otras cosas; que te está matando y que al fin no has logrado hacerla tuya.

— Si, debiera emplear el tiempo en jugar sin duda.

— Hombre, seria preferible á hacer una vida semejante á la tuya, todo ménos eso, por Lucifer. A tomar las pasiones como tú, la Humanidad no habria dado un paso de Adam á la fecha... todavia viviríamos bajo toldos.

— Como tú no has querido nunca... como eres incapaz de sentir.

Al oír estas palabras, Ortiz que se habia acostado torció su cuerpo como un arco y

echándose el pelo hácia atrás, se sentó de improviso en el lecho.

Roquer que lo miró hacer ese movimiento, viéndolo excitado como nunca lo notára, sintió un pesar, creyó habia dicho una imprudencia y tentó calmarlo sin conseguirlo.

¡Qué no he querido nunca!... que no he querido nunca! dijo Ortiz con la voz ronca por la rábia... que no he querido nunca! insistió... Vaya si he querido, como tú tal vez y sin tal vez, no eres capaz de querer jamás.

Es esta la tercera vez que lo dices y ha llegado el momento que te dé la esplicacion, ¿entiendes?

Una vez... era á la vuelta de tu viaje á Catamarca me decias, que me creías feliz porque no sentia; otra la repetiste, no sé cuando... no recuerdo en este momento y ahora insistes, ¡escucha! ¡escucha! ya que lo quieres saber, era un secreto que guardaba, su recuerdo me hace daño.

Un dia, ¿recuerdas?.. nos encontrábamos en Montevideo en la playa de Ramirez.. Una

de esas tardes que allí acudíamos, me preguntastes por qué buscaba con tanto interés á una chicuela que allí viéramos, era Maria Rayores... esa chicuela, sobre cuya hermana me dijiste, se corría cierta historia de amor, que yo, que habia estado en Paris donde aconteció el suceso, debia conocer, y á lo que te contesté disimulando, que lo ignoraba: ¿te acuerdas?

— Sí.

— Bien, empiezo.

En el año 1870, hacía un viaje á Europa, enviado por mis padres... hojalá no lo hubiera hecho nunca.

Eran sus deseos que aplicára mi inteligencia á los libros en aquel gran centro donde se escucha á los grandes maestros, para que aprovechando el tiempo volviese á mi Pátria con el caudal de conocimientos necesarios para que pudiera en el porvenir, desempeñarme con éxito en la sociedad.

Partí, risueño de esperanzas, contento, en esa edad en que iluso como era, suponía

que mi inteligencia estaba destinada á resolver grandes problemas.

Dejaba aquí á una muchacha Rita Carvet, mi novia, con la que debía volver á casarme, una vez terminados mis estudios, que debían durar dos años.

Llegué á Paris y entré lleno de ambiciones á seguir los cursos de la Sorbona y del Colegio de Francia; á admirar á aquellos hombres que con la magia de su palabra me entusiasmaban levantando ante mis ojos los pueblos de la antigüedad, las generaciones estinguidas; esplicando el arte, interpretando las leyes inglesas y constituciones americanas, ó esponiendo los sistemas de las varias escuelas filosóficas. Esos maestros eran en aquel entónces Litré, Barthélemy Saint-Hilaire, Renan, Jules Simon, Laboulaye, Máspero y otros: las grandes luminarias de la Francia contemporánea: juzgad con qué atencion los seguiría, cómo estudiaría estimulado por esos ejemplos.

Sin embargo, ese estado febril, ese hambre de saber que me llenaba la cabeza de

quiméricos proyectos, solo duró tres meses.

Sucedió, que como todo el tiempo no lo habia de pasar estudiando, concurría á los paseos y las fiestas que se sucedian en Paris, y entre otras, á las reuniones que tenian lugar en el Gran Hotel, dadas por un grupo de familias americanas, entre las que debo advertirte habia dos mujeres cuya belleza era capaz de trastornar la cabeza mejor organizada.

La figura de aquella á que voy á referirme á juzgar por lo que de ella se decia, era la mas elegante entre las viajeras conocidas, pues su estatura alta y esbelta y su cuerpo admirablemente formado, la hacian sobresalir en una reunion.

Realzaba su arrogancia, la belleza de su fisonomía, sus hermosos ojos verdes que eran de una brillantez particular, y que formaban el contraste mas raro con el color rosado de su rostro y hermoso y reluciente cabello negro.

En Paris, no la llamaban sinó la bella americana y te aseguro que era justo aquel

titulo; no creo se hubiese podido encontrar nada superior á ella, á enviarse á Europa un tipo que revelara la belleza completa de la mujer americana.

Casada con un comerciante extranjero y perteneciente á una de las principales familias de Montevideo, Sofia Rayores, que así se llamaba, despues de viajar por las capitales europeas, habia concluido por residir en París en compañía de su esposo y era una de las muchas americanas que ocupaban el Gran Hotel, y acudia á las reuniones de que te he hablado, embelleciéndolas con su hermosura.

Allí fué donde la conocí, mejor no la hubiera conocido, porque á partir de ese momento empecé á perder el tiempo de la manera mas criminal y torpe.

Con sus atenciones y sonrisas que se multiplicaban á medida que mi relacion se estrechaba, iba ganándose mi corazon y hoy con una promesa y mañana con una negativa, fué paulatinamente atándome á todos sus caprichos.

Poco á poco me fué alejando de todas partes, para tenerme siempre á su lado, pendiente de sus seducciones y favores que siempre me prometia y que pasaron tres meses, para que se realizáran, no obstante verme siempre desesperado.

Quería estudiarla, hacia esfuerzos por conocerla, pero jóven y sin la esperiencia necesaria para afrontar una situacion en que nunca habíame encontrado, no comprendía á aquella mujer que tan pronto mezclaba su amor á su indiferencia, fascinándome con su belleza, provocándome siempre.

Desde esa fecha, adios Sorbona, adios estudios, adios admiracion por las celebridades, y adios proyectos; dejé los libros, abandoné todo para consagrarme á ella, para andar juntos en todas partes.

— ¿Y el marido? le interrogó Roquer.

— El marido, era la bestia mas estúpida que he visto: nunca he conocido un hombre que me inspirara mas asco y repugnancia que ese.

Casado por especulacion con Sofia, vivía á la sombra de su fortuna; la que un tiempo poseyera, como era jugador y torpe lo perdió en Mónaco en el breve espacio de una semana.

No olvidaré nunca una de esas noches, en que aquel imbécil empeñado en jugar á la colorada, yo jugaba á la blanca, perdió en una hora cien mil francos.

Casado con Sofia, como te decía, vivía muy contento de su suerte, sin que nunca se elevara á la altura que le correspondía.

Aquella conducta, hizo que le tomara el mas profundo desprecio, y tanto era lo que queria á la mujer cuanto él me chocaba, que no perdía ocasion de zaherirlo; pero él siempre bajo y cobarde, ni por entendido se daba, contentándose con el *zoque* que le tendian.

Un año duró aquella vida: pendiente siempre de los deseos de Sofia, satisfacía hasta sus menores caprichos, y haciéndola mia una y otra vez me acontecia lo que te sucederá á ti mañana, el dia que hagas tuya á

Ernestina, nunca sentíame satisfecho, jamás me saciaba, y una y mil veces que estuviera con ella, siempre creía encontrar un placer nuevo, desconocido, fuera que la tuviera en mis brazos ó que oprimiera con pasión sus labios rojos y sensuales.

No olvidaré jamás, es imposible, sus palabras, sus exclamaciones, sus juramentos de fidelidad en el paroxismo del placer... era una naturaleza de fuego.

Recuerdo uno de esos días, como si lo tuviera aún presente, tan indeleblemente fijo, ha quedado en mi memoria...

Fué en una de esas tantas citas que nos dábamos y en un momento de olvido, en que nos agitábamos como dementes, qué me decía: Te adoro... te idolatro mi Horacio... Yo no quiero separarme de ti; nó!... nó quiero dejarte, mátame!... matémosnos!... quiero morir, eres sublime!... matémosnos!

Yo á quien esa acción no hacía gracia ninguna, no porque temiera la muerte, en mi estado eso no me suponía gran cosa, sinó

por la vergüenza que el hecho iba á arrojar sobre nuestra memoria, tuve que decirle no poco para disuadirla y hacer grandes esfuerzos para contenerla.

Las cartas de mis padres llegaban unas tras otras, pero yo apenas me daba tiempo para contestarlas... Se me ordenaba dejárala á París; inútil llamado. — Me advertían que Rita estaba en antecedentes de lo que sucedía y que había dispuesto romper un compromiso que yo era el primero en violar; me escribió en seguida en ese sentido y no la contesté, limitándome á decir: que haga lo que le parezca.

Ya con un pretexto ó una mentira expedía mi correspondencia, prometiendo á mis padres grandes beneficios de mi estadia en Europa y exigiendo dinero, eso sí, siempre!.. A no haberseme enviado, me hubiera degradado hasta pedirlo, lo hubiera tal vez robado, ó convertidome en *atorrante*; un hombre enamorado á los veinte y tres años y como lo estaba yo, es capaz de hacer eso y mucho más, si se toma en cuenta la irresistible

ble atraccion, que ejercia en mi carácter esa mujer.

Nadie hubiera tenido fuerzas bastantes para convencerme debía abandonarla; yo no escuchaba nada en su contra.

Sin embargo, en medio de aquella fiebre, agitacion ó locura, la conducta que pasado seis meses Sofia empezaba á usar para conmigo hacíame sospechar.

Las citas disminuian, no obstante pasar-me los dias esperándola, pero ya no acudia con el entusiasmo anterior.

No era porque dejara de salir, muy al contrario lo hacia, pero no iba alli como debiera, sabiendo que yo la esperaba; cuando le preguntaba la razon, el motivo de esa su comportacion, me contestaba: no he tenido deseos de venir, ó salia con una evasiva cualquiera. Habia llegado el momento critico de aquellos amores; empezaba á dudar del amor de Sofia; los celos me devoraban.

Una tarde estábamos en el balcon del Hotel, viendo pasar la gente que acudia á los *boulevares*, cuando sentimos el ruido de

unos clarines que anunciaban la aproximación de tropa; era en efecto un regimiento de coraceros que no tardó en asomar por la esquina y cruzar frente á nosotros.

Miraba yo acercarse el regimiento, fijando mi atención en el aspecto marcial de la tropa, cuando me sorprendieron estas palabras de Sofia :

— ¡ Ah ! como me gustan los militares con sus brillantes uniformes y figuras marciales... á un oficial le daría un abrazo, un beso ; y al terminar de hablar, le brillaron los ojos, temblándole los labios de emoción.

Aquel arranque la habia vendido, mostrándola á mis ojos tal cual era... Sus palabras me causaron tal ira, que á no haber estado en presencia de gente y sin considerar era mujer, habria sentido sonar mi mano en su mejilla.

Juntando todas mis fuerzas me reprimí y finjí me distraía, cuando observé que uno de los capitanes que iba á la cabeza de un escuadron, cambiaba con Sofia una mirada significativa.

Aquello concluyó de irritarme y no pude ménos de afearle su conducta, pero ella simulando un desprecio que no tenia derecho á sentir, me contestó tratándome de Vd., que no tenia necesidad de mis consejos.

Quince dias despues tenia lugar una de esas grandes revistas militares que anualmente se celebran en Paris.

Desde las alturas de Montmartre, bajaban los regimientos y batallones al Campo de Chalons, donde debia revistar el ejército; y el ruido de los clarines y fanfarras militares, llenaba de alegria la ciudad, alborozando al pueblo que acudia numeroso á verlos pasar.

Ese dia desde temprano, habia manifestado Sofia deseos vehementes de concurrir á presenciar la revista... Aumentaba su contrariedad, la creencia de no tener volanta que la condujese, pues llegadas las doce del dia no la habiamos hallado; — era un espectáculo gracioso el ofrecido por el marido y yo buscando coche. — Por fin, despues de mucho andar, alquilé un *fiacre* que encontré en la Avenida de la Emperatriz, manifes-

tándole era aquello lo único disponible, á lo que contestó:

— No importa, lo que quiero es ir... mi marido no vá y no tengo inconveniente en que me acompañes tú, mi *amorcito*, ya sabes que soy independiente por carácter y que en París, la gente no para la atención en estas cosas.

Pusímonos en marcha y llegados á Châlons nos colocamos por fortuna de ella, no de la mia, en una explanada, á una distancia bastante cerca, para poder distinguir las fisonomías de los soldados.

La tropa empezó á desfilarse por su orden, sucediéndose los regimientos á los regimientos, y los batallones á los batallones: la artillería, los cazadores á caballo y á pié, los húsares y zapadores, formaban un cuadro hermosísimo, cuyo aspecto nuevo para mí, que veía tanta tropa reunida, me tenía admirado, no prestando atención á los deseos tantas veces manifestados por Sofia, de ver pasar cuanto antes á los coraceros.

Llegaron éstos al fin, y entre los regimien-

tos que de aquella arma cruzaban, pasó aquel, que días antes viéramos desde los balcones del Hotel y en el que iba el capitán que había despertado mis sospechas.

Cuando Sofia lo vió cruzar, no pudiendo reprimir su emocion, sacó el cuerpo fuera de la volanta, y pude volver á notar la agitación que le causaba la vista de ese oficial.

Ya no me cabía la menor duda, el oficial le gustaba, si era que estaba entendida con él.

Habían pasado tres días y estaba una noche en mi habitación, cuando una sirvienta me advirtió que Sofia me llamaba con urgencia.

Aquel aviso de noche y tarde, me admiró, pero no tardé en acudir á su presencia, sospechaba una desgracia.

— ¿Qué sucede? preguntéle ansioso, apenas la vi.

— Sucede Ortiz, contestó, que me he permitido mandarlo buscar, porque tengo cosas muy serias que comunicarle; luego haciendo una pausa exhaló un suspiro y continuó:

— Vd. no se ha conducido cual corresponde á un caballero... Vd. me ha vendido, propalando por ahí mis debilidades y esto no puede continuar.

— ¡Yo!... ¡yo!... contesté; pero ¿á quién Sofía?... á quién?

— No sé... no puedo citarle nombres, y en seguida contó punto por punto, detalles los mas insignificantes de nuestros amores, de esos que era imposible conocer tanto más, cuanto te juro Alberto, que á nadie entonces y hoy excepto á ti, los había comunicado... ¡la amaba tanto!... cómo iba decirlos.

Me deshacía en conjeturas, trataba de todas maneras de darme cuenta de aquello, pero mi cabeza era un laberinto, no atinaba... me perdía, mientras ella, exhalando sus sollozos y llevándose el pañuelo á los ojos me llamaba traidor!... traidor!... y fingía llorar, y digo fingía, porque dudando de la sinceridad de su dolor prendí un fósforo con pretexto de encender un cigarro, pero para mirarle el rostro : sus ojos estaban secos Alberto : ni una lágrima los humedecía.

Y como repitiera su epíteto de traidor, le interrogué :

— ¡Traidor!... pero... por qué, justicia del Cielo!

No conseguí arrancarle ni una justificación que probara la verdad de sus afirmaciones, lo único que contestó fué :

— Son inútiles las esplicaciones... no podríamos vernos mas... es imposible Ortiz, y en seguida tuteándome agregó: pero júrote que te amo ahora más que nunca, y apretábame las manos juntándolas contra su seno.

¡ Ah ! lo que siento, decía, como para paliar la impresion que su conducta me causaba, lo que siento es que tú ahora al dejarme vas á pertenecer á otras mujeres.

Cualquiera que no hubiera sido yo, habria supuesto que esas reflexiones provenian de sus celos; que era cierto cuanto afirmaba, pero por la pintura que estoy haciendo comprenderás, que eso era falsia, mentira, las mujeres de ese jaez no conocen los celos Alberto, éstos son hijos del amor y como no

tienen pudor, no pueden sentirlos, hablaba así por vanidad, decía eso por egoísmo; nada más.

Cuando después de aquella entrevista, llegó el momento de separarnos, me detuvo diciéndome:

— Antes de despedirme, quiero pedirle un favor... ¿lo hará Vd.?

— ¡Cuál! le pregunté.

— Que estas cosas, no las vaya á decir á nadie, ni hoy ni nunca.

— Y si soy traidor, ¿cómo confía, voy á dejar de comunicarlas?

Ante esa observación callóse: súcia y co-barde como lo decía ese pedido, no poseía siquiera la virtud de elevarse á la altura que sus mismas circunstancias la imponían... me ofendía, temiendo fuera yo á propalar sus mismas liviandades.

Cambié unas pocas palabras más y no quise continuar una conversación que me producía asco... Recuerdo aún las palabras que al retirarme dijera.

—Adios, aunque las apariencias me culpen

no me condenes. De manera que según lo decía; ella quedaba con el derecho de hacer lo que le diera la gana, hasta en mi presencia, si llegaba el caso, y yo á creer solo en su virtud, á juzgarla una santa.

Has visto torpeza semejante!... declaración mas tonta!

Para que veas hasta donde iba la perfidia de ésta mujer, voy á probarte cómo procedía y levantándose Ortiz, abrió un ropero, tomó una cartera de viaje y sacó de ella una carta que desdobló con mano convulsiva.

Debo advertirte, antes de leer, que una noche insistió tanto que me quedára á pasar la noche en su casa, que no pude ménos de acceder. Dile las buenas noches y me retiraba, cuando dijo: leed unas líneas que te he dejado en el velador, y... hasta mañana *amorcito*.

Sali como imaginarás, contento, ébrio de dicha y leí lo que vas á oír.

“*Mi Horacio:*

“*He insistido para que te quedes, porque*

no puedo vivir sin ti; á mas está nevando y es muy tarde. ¿Para qué salir, cuando puedes descansar una noche—que derecho sobretodo tienes — bajo un mismo techo con tu Sofia?

“Duerme y piensa en mí; que mañana con cualquier pretexto, saldremos juntos é iremos como de costumbre al BOIS; allí donde nos olvidamos del mundo siendo felices.

“SOFÍA”.

“P. D. Te ruego rompas estas líneas; ya sabes que el papel compromete.”

Esto habia escrito meses antes, cuando ahogándome á abrazos y besos, decia: Te aseguro no me importa sepan soy tu amada, que bromas á un lado debes estar orgulloso de la mujer que posees... Me serás fiel oyes, porque sinó, si llego á saber lo contrario, ¡te mato entiende bien, te mato!

Habrás notado que en la postdata, pedía rompiera estas líneas. Ya lo ves si lo hice...

es uno de los pocos recuerdos que guardo de ella.

Por supuesto que al hacerme ese pedido, no decía la verdad; deseaba rompiera la carta, no por temor al papel, sinó porque era una artista consumada en el arte de la mentira, que podía envolver con sus patrañas al mundo, no á mi... Como no me tenía fé, suponía iba yo á mostrar estas líneas... Nunca pude inspirarle confianza.

Me habian vencido Alberto... me habian vencido; ya no tenía objeto mi pasión, carecía de papel á su lado, y no obstante ese dolor la seguía queriendo, pues ignoraba las condiciones impuestas por el hombre que debía ser su nuevo amante. Me dolía por ella, sabía todo lo que iba á sufrir, entraba de lleno en la vida del libertinaje; se hacía loca, y no me escapaba habian de guardarle en lo sucesivo, era natural, las consecuencias que tuve para con ella.

El oficial la hizo suya; supe, que con el recuerdo tibio de nuestros amores, acudía á las citas que éste le daba en una casita

próxima á los Campos Eliseos, cuyo oficial por otra parte no hacía misterio, por divulgar aquellos amores... Muy al contrario, en todas partes alardeaba ser su dueño y hacer de ella lo que se le antojaba.

Hundida en la degradacion hasta el cuello, pidiendo alimento á su sensualidad nunca satisfecha, el fuego de la carne la consumía, Sofia Rayores se convirtió en una Lola Montes, perdiendo la consideracion social que hasta allí la dispensáran, y obligando á bajar la vista á sus conocidas, cuando éstas la encontraban al paso.

Era menester sin duda, que en ella se cumpliera aquel apotegma de Balzac, que dice: que el amor en la mujer es á veces cuestion de temperamento.

¡Oh! á ella le iba ¡admirablemente, estaba en la carne lo que ella entendía por amor, no en el corazón, á pesar de que la infeliz diérase aires de romántica.

Ese fué el pago de su cariño para conmigo... esa las consecuencias de sus juramentos y protestas de amor.

Al presente que todo ha pasado, pienso con calma y mi corazón sereno, muéstrame lo que desde un principio debí ver.

La mujer que no se había detenido ante ninguna valla, ni ante sus hijos, cuyo porvenir comprometía; sus hijos que ante ella nada significaban, porque no conocía los sentimientos castos y puros de madre, no podía nunca serme consecuente Alberto.

Le había sido infiel al marido, porque según ella, nunca le inspiró cariño, ni sentimiento que se le pareciera, y á mí que le consagré todo, tiempo, porvenir, deseos, que hice de esa pasión un culto, también me engañaba.

Y lo más irritante del caso era que me mentía, porque era mujer que me ofrecía besos y abrazos, tratando por ese medio de desconcertarme y á objeto de que ignorara toda su vileza, cuando ya el oficial la visitaba.

Pasa hoy por casa... ¡Quiero verte!... No puedo vivir sin tí!... Y como era menester que lo apurara todo, poseer las pruebas

bastantes de su falsía, pasaba por la casa y ella se dejaba ver, pero solo en aquellos dias que el capitán no la visitaba, como tuve ocasion de saberlo despues.

Te he dicho que hice de esa pasion un culto y vas á verlo.

Cuando en nuestras conversaciones dábale un consejo, temiendo su caída, ó queriendo evitarle un mal paso, un disgusto; nunca quería escucharme, se sublevaba, era inútil, reía á la evidencia de la razon, á los motivos fundados que abrigaba de temer por ella... Nada conseguía; no quería oirme.

Tan es así, que un día que la censuré porque encontré en su gabinete un libro de esa literatura del libertinaje, si literatura puede llamarse, y que hasta nosotros que somos hombres nos produce náuseas su lectura, irritosé sobre manera: creía sin duda quería fiscalizarle sus actos, cuando mis palabras y observaciones eran hijas del desinterés mas puro.

A éste respecto, era mujer que sostenía con la mayor impavidéz esta teoría monstruosa:

la mujer debe leerlo todo ; y como le contestara que no, que eso no era lógico, porque la mujer por lo general, no poseía el criterio bastante, para comprender el alcance de ciertas lecturas, que es evidente tienden á chocar sus sentimientos mostrándole llagas sociales, que á sus ojos deben siempre permanecer ocultas, me argumentaba : ¡tonto !... es menester que nosotros leamos esas cosas para conocer lo bueno y lo malo, tan es así, que el día, que mi hija cumpla sus quince años, le he de permitir la lectura de todo género de libros. El Naturalismo encontró virgen ese terreno, llenándole la cabeza de fantasías... así fueron las consecuencias.

Ahora dime tú : á seguir esa tesis, ¿qué pensarías de una muchacha á quien vieras empeñada en la lectura de libros pornográficos ; dónde irían parar sus sentimientos puros, sus ilusiones ?

Nosotros como la mujer, cuando tomamos un libro, obedecemos á esa tendencia natural de un espíritu cultivado, buscando

lo bello, algo que eleve la inteligencia sobre lo vulgar, alejándola de las bajezas de la tierra, pero... para Sofia, como lo ves, por la muestra que te presento, esas ideas eran muy contrarias y raras.

Y aquí viene bien el decir qué pienso hoy del Naturalismo lo que pensé en ése entónces porque reflexiono y digo: si el arte debe tender siempre á representar lo verdadero, de acuerdo con la regla que dice, que sin ello no hay belleza, nunca una literatura deberá encaminarse á pintar todas nuestra bajezas y describirlas con los colores mas sucios. — Nó! mal pese á Zola y Catulle Mendez, y con ellos á todos los que siguen esa corriente, puesto que eso importaría tanto como gustar absorber los olores nauseabundos de una cloaca.

El Naturalismo ha errado el camino y aglomerando exageracion sobre exageracion, se ha apartado de la linea que le trazaron Balzac y Gustavo Flauvert y no fundará nada perdurable, porque para ello debe siempre proponerse un autor mora-

lizar, y no se educa, cuando por sombríos que sean los cuadros exhibidos, muéstranse con todas las inmundicias del lenguaje.

Léense esas obras, es cierto, ¿pero qué queda en el ánimo despues de la lectura? una impresion pasagera, y despues... la mujer perdida por ejemplo, que las lee hacelas á un lado, se encoje de hombros y sigue adelante, porque ellas no tienen bastante virtud para hacerlas torcer el camino y variar de conducta... Estas á los ménos son mis creencias, Alberto ved, por ellas que no soy tan insensible como supones.

Pero volviendo á lo que te referia, tú me dirás por qué me empeñaba en esa lucha, conociendo que Sofia se me iba... ¿Por qué? Estaba apasionado, sentia una voz secreta que me decia ¡sálvala!... ¡sálvala! que se pierde, y me decidí á salvarla *importándome un bledo* de la opinion, ante la cual hubiera cometido cualquier sacrificio.

Juicio ilusorio... tentativa esteril.— Sofia no me escuchaba, seguía su camino, se hundia cada vez más; lo que ella ante todo

queria, era satisfacer sus apetitos sensuales, su carne, gustando todos los placeres que su lubricidad le inspiraba... Había ideado una vulgaridad.

Repito que todo fué inútil, Sofia se perdía, no me escuchaba.

Sucedieron despues las citas hoy con uno, mañana con otro, las ausencias de la casa, horas en que permanecía lejos de los hijos, que quedaban á merced del servicio, mientras ella satisfacía su lujuria y se vengaba de mí, que había querido evitar su infamia, diciendo á quien la oía, era yo un cobarde y miserable.

¡Ah! cuántas veces la encontré cruzando los *Boulevares*, de vuelta de sus citas con el cabello en desórden.

Los hombres al escuchar aquellos juicios que hacia de mí, aceptaban de plano cuanto decía en contra, amontonando defectos y denigrándome á objeto de ganársela: estaba en su interés, la acosaban á ella y nada mas; de mí qué se les podía importar.

Y á esa su conducta, á esos sus epíte-

tos de miserable y cobarde, procedi sellando mis labios, pues hubiera sido impropio fuera yo á andar refiriendo á todos la historia de mis amores... tan los he sellado, que ya vez, es recien hoy y á pesar de la intimidad que nos une, la primera vez que los refiero.

Y ved que estrañas aberraciones, un dia, supo que iba á batirme, por motivo de una reyerta que sostuve con un francés ignorante é insolente, que habiase permitido tratar en mi presencia á los argentinos de salvajes, bárbaros y otras lindezas.

Un peruano mi amigo fué y le llevó la noticia.

¿Que hizo?... Salió de su casa, recorrió las calles como una demente y entrando á mi cuarto desesperada, se arrodilló en mi presencia y juntando las manos, me dijo suplicante, con los ojos llenos de lágrimas, ahogada por los sollozos... ¡Oh tú no te batirás mi Horacio... No te batirás!... ese hombre puede matarte... no te batirás, yo que te adoro como una loca, te lo ruego, te lo imploro, aqui de rodillas.

¡ Ah! te aseguro que cuando recuerdo ese día, me parece verla aún á mis piés, abrazada á mis rodillas, y llorando cual una desesperada... En ese momento estuvo sublime.

Le contesté que estaba bien, que no me batiría, ya que ella así lo quería, que faltaría á mi honor empeñado, quedando como un cobarde á los ojos de la gente y se tranquilizó.

Hice lo contrario, como comprenderás, me batí; y ella en la creencia que había cumplido la promesa, olvidada de todo, recibía al día siguiente á su amante á puerta cerrada.

Te estrañará ese proceder y preguntarás cómo era que hacía tales cosas. — Te voy á contestar :

Ella, que había notado vivía desesperado y era para mí la vida, por su causa, algo horrible, recapacitó un momento viendo que me esponía nada mas que por su culpa, pues había llegado á un límite que yo mismo no podía soportarme, y como era supersticiosa

corrió á casa, instándome de todas maneras evitase el duelo.

Presentía una desgracia, suponía podían matarme, y temió sin duda que en sus sueños me le presentara, exigiéndole cuenta de sus actos y proceder para conmigo. Por lo demás, como puedes imaginar, para ella, aquel arrepentimiento fué rápido, cruzó por su espíritu como una exhalacion.

— Pero esa mujer era loca!... Horacio, exclamó Roquer.

— Loca y perversa, Manuel Martinez que la conoce y que últimamente me hablaba de ella, decia: como hombre la admiraría, si ignorase sus vicios, pero como Médico haciendo su analisis patológico te diré: que carece de cerebro... en Sofia el juicio no existe.

Era mala, vaya si era mala!... Ved en el ejemplo presentado la prueba de su conducta para conmigo.

En lo tocante á lo físico era una belleza rara, habia en sus ojos verdes una her-

mosura que no he visto en mujer alguna, sus pupilas eran unas, las de ella nada más, para valerme de la espresion de un poeta; pero... mirada baja la faz moral producía repugnancia, los sentimientos que la guiaban eran malos todos, su corazon estaba mas que corrompido, se habia podrido.

Mujer sensual, decidida á entregarse á cualquiera, de conducta baja é intrigante con el hombre que caía en sus redes, se parecía á esos gusanos asquerosos, que dejan su baba inmunda como señal de su paso, pues ella como estos corrompía todo aquello á que se acercaba.

Ella no buscaba como es natural en las aspiraciones de la mujer, la realizacion de sus deseos y sentimientos, en el amor; nó; buscaba al hombre por el hombre, por lo que le da su cualidad de tal, para ella no existía otra cosa.

Lo que aconteció despues te es conocido, no tengo á que referirte su historia.

Se rodeó de muchachos, de chiquillos, de francesitos de esos á quienes es imposible

exigir reserva de nuestras debilidades, porque aunque suponía que por ese medio sus locuras no despertarían sospechas, ni levantarían condena, sucedió á la inversa como es lógico: los muchachos salían de allí y referían todo lo falso y lo verdadero, á tal punto, que un día como á todos agasajaba, dos de éstos se hirieron en su presencia, y el suceso que no es otro que aquel sobre que me preguntabas en la Playa de Ramirez, escandalizó á Paris.

Sucedió luego, esa guerra que hace la mujer cuando ve le arrebatan uno de los suyos, y mucho más si ese hombre es un niño que pierden prematuramente; guerra en que la mujer no perdona, que ella solo sabe hacer, continúa, cruel, llena de insidias, que no desperdicia momento de herir, que ataca en todas partes, abriéndose paso con la palabra, hasta dejar postrada, inerte á la víctima.

Al ruido del escándalo vióse obligada á abandonar á Paris y trasladarse á Viena... Allí cayó en manos de un dulcamara, quien

la aconsejó especulase con su dinero en unas minas de Suecia y acciones de ferrocarriles... Crédula y halagada por la especulación aceptó esas proposiciones, y el miserable, el querido, liquidole en pocos días la fortuna, llenando con su oro sus maletas y la abandonó en las soledades de la Hungría dejándola en la miseria, en compensación de sus caricias... Supe que allí y tarde ya, me recordaba, llamándome en la desesperación.

Ahí tienes el retrato de Sofía Rayores, mi amor: en lo que toca á ella, puede decirse que hace hoy parte de esas pocas mujeres que para contraste viven, y que se dan ante quien no las conoce el título de matronas, abrigando una alma tan prostituida como el cuerpo.

Ahí tienes mi historia Alberto... ese ha sido mi amor... aquí tienes al que creías, un escéptico y suponías no había querido nunca, cuando es precisamente una pasión la que hizo la desgracia de mi vida entera y ved ahí, por último, la causa por qué la tarde de aquel día que estábamos en la Playa

de Ramirez, buscaba con teson á Clara Rayores: era la hermana.

¡Ah! cuando pienso que ese corazon que conocí puro se ha degradado; cuando imagino que sobre ese cuerpo que yo consideraba como mio, que me creia su absoluto dueño, han ido otros hombres, que lo han tomado para satisfacer sus apetitos nada mas, y despues hastiados lo han abandonado con asco... cuando medito en ello, siento el mas profundo dolor; porque en esos momentos este hombre que ves, es un niño, débil para la lucha, que juega por aturdirse y bebe para olvidarse.

Juego: ya lo creo!... Cualquiera que me vea en una mesa, supondrá me domina la ganancia, el lucro, la explotacion... tú que me conoces sabes todo lo contrario, lo poco en que miro el dinero, cómo lo tiro; y como si eso no fuera bastante, escucho cual esta noche, miéntas jugabamos al *lansquenel*, un comentario á propósito de la vida de Sofía que concluye así: ¡qué loca tan linda! y siento ímpetus de hacerle tragar las fichas

al que tal dijo, cual si tuviera derecho que la gente hablara de ella y comentase sus escándalos.

¡Ah! bebo, bebo, pero tampoco me sirve de nada, porque si olvido ínter la excitación dura y está llena de alcohol la cabeza, ese momento es rápido, pasa, y en seguida viene el recuerdo mas desesperante, doblemente cruel.

En un estado en que no me verás jamás, viví en París pocos meses después de el suceso que te narro... Recorría sus calles sin darme cuenta de mis actos, tal cual un autómatas, como loco, hablando solo, lo que valió para que las gentes tuvieranme por un demente en realidad y exclamaran al verme pasar: *ce jeune homme est toqué*.

Así pasé seis meses, hasta que determiné volverme aquí.

Guardo un recuerdo imborrable de ese momento de la despedida. Nunca he experimentado escena mas tocante, no sé, si es porque no me he conmovido después. El caso es el siguiente:

Me despedía de la familia en medio de la

cual habia vivido dos años, en la relacion íntima y estrecha, formada por ese vínculo que se fortalece en las gentes de corazon, cuando compártese la mesa y se vive bajo un mismo techo.

Me despedia como te he dicho, y esa familia manifestaba su dolor, la pena que le causaba la separacion con los ojos llenos de lágrimas... Pobre gente, honrada y modesta, que trabajaba de sol á sol, haciendo oír el ruido de la lanzadera, que bordaba los paños que despues iban á vender á los almacenes de novedades para subvenir á las exigencias de la vida.

Personas aquellas, en cuya casa habian tenido lugar mis citas con Sofia y que siempre se admiraban de aquella mi constancia para esperarla, de aquella pasion que en vez de disminuir aumentaba, porque has de saber que queria tanto á Sofia, que inter duraron esos amores, me alejé de todas partes, recogíendome en mi habitacion, para no pensar sinó en ella... no tomé un libro, por todo un año ¡admirate!

Me despedí de ellos decia..... Estaban emocionados, todos lloraban ; me los habia ganado y no abrigaban sinó una esperanza remota de verme alguna vez ; los esposos y la hija que constituian aquella familia, mirándome decian adios... Entraban y salian de las habitaciones y aquello no terminaba, hasta que me separé al fin. Suenan á aun las palabras que el viejo pronunció como consejo al saludarme de léjos, por última vez : *soyez sage, soyez homme, cher ami, oubliez tout.*

Volvia á la Pátria cuando aquellos amores habian abierto un inmenso paréntesis en mi vida... ¿Qué iba á ser de mí?... ¿dónde iba?... lo ignoraba.

Veía solo un porvenir incierto... el mar... el Océano que iba á volver á cruzar, y alli en su limite, al fin de todo, á Rita, perdida ya para mí... Conocía su carácter tan noble como firme, juzgaba no me recibiría, que se habia de alejar, por mucho que me amara ; para ella eso era cuestion de delicadeza nada mas y era natural, mis amores habian

sido una vergüenza, rematado en un escándalo.

Preocupado con esas ideas me embarqué. A bordo hacia la vida tal cual la habia llevado en Paris, en los últimos meses; quería hacer como olvidarme de Sofia, luchaba con todas mis fuerzas, pero nada. Tentativas y esfuerzos sucumbian ante la persistencia del recuerdo, conocia á mi pesar, toda mi impotencia.

Una tarde... nos aproximábamos á la temible costa del mar Cantábrico, cuando empezó á soplar el viento Sur-Este; aquello que en un principio creíamos no pasaba de ráfagas de viento fresco, fué aumentando poco á poco. Los que estaban á la mesa siguieron la conversacion y jarana como si tal cosa, pero yo que habia apercibido era aquello algo más que viento fresco y que iba poniéndose sério, levantéme y fui á ver al Capitan inquiriendo lo que sucedia.

El Capitan me contestó: he dejado la mesa porque los pilotos me han llamado para advertirme que el tiempo nos va á dar tra-

bajo... Mire aquello, dijo, estendiendo su brazo en direccion al Sur. Mire y cálese, no sea que se vayan á asustar todos y tengamos una de mil diablos.

Miré hácia el Sur y vi efectivamente, un monton de nubes que avanzaban en tropel hácia nosotros como inmensas fantasmas que iban ocultando la bóveda celeste. Yo, ya no miraba aquello, lo admiraba... deslumbrábame su vista!... Como tenia tan en ménos mi instinto de conservacion gozábame en presenciar á aquello que tenia para mí el prestigio de lo desconocido... otro que yo hubiérase asustado.

Las nubes avanzaron rápidas hasta alcanzarnos y envolvernos. La atmósfera antes tan azul se habia puesto oscura como la noche, pero si rápido habia sido la sucesion del fenómeno, no ménos prontas fueron las órdenes del Capitan y las medidas tomadas.

En un momento quedó cerrada toda comunicacion de la cubierta con el interior del buque y la tripulacion á la órden de zafarrancho, formada en su puesto, espera-

ba las voces de mando para combatir al peligro... Era un mundo aparte el que iba á agitarse sobre cubierta, del que componian abajo los pasajeros.

A fuerza de instancia, de pedidos y de ruego, logré que el Capitan á quien habíame hecho muy simpático, porque como soy así, insinuante, suelo ganarme la bondad de los otros, me permitiese quedar sobre la cubierta.

Recordaba que en un momento no tan supremo como aquel habíase extasiado Byron admirando una tempestad sobre la borda de su *yacht* en el Adriático; y yo, que deseaba en ésto ver algo mas que el gran poeta así lo espresé al Capitan, á quien, no obstante el peligro hizo sonreir mi reflexion contestándome: si, pues ahora vas á ver Byron.

Las nubes, que parecieron detenerse en el primer momento fueron alejándose para dejar la atmósfera algo despejada y ésto que para otro hubiera sido un consuelo fué peor, pues empezó á soplar el viento, pero con tal fuerza é ímpetu que pronto el es-

quife fué juguete de las olas que lo tum-
baban de todos lados.

Tan pronto se sumergia como se levanta-
ba, ya virando hácia un lado ya á otro, ya
hundiendo su proa en el abismo ó levantan-
do en alto la popa, ya inclinándose como en
actitud de dar vuelta á izquierda ó derecha.

Las olas, altas como montañas, sucedianse
unas tras otras en aquella mar que era un
infierno, atropellando al buque, estrellándose
contra los mástiles para caer sobre nosotros
como torrencial aguacero, ó cubriendo la cu-
bierta.

¡A babor!... A estribor!... Proa á sotaven-
to!... Proa á barlovento! Amarrar las jar-
cias! eran las órdenes que se sucedian de
los lábios del Capitan en medio de aquella
lucha, tenáz, heróica, entre la inteligencia,
el hombre, y los elementos; y la tormenta
seguía y el buque crugía como una fiera he-
róica revolcándose en el agua. Hubo mo-
mentos en que nos afirmabamos sobre nues-
tras piernas para cerciorarnos que el buque
no se habia abierto... ¡Cómo fué aquello!

Los marineros, la gente de tripulación, corrían sobre la cubierta, subíanse á los palos, y prendiéndose á las jarcias, amarraban ya un cabo, ya otro: ¡qué valientes!... ¡cómo peleaban!

Jadeantes, con sus pechos descubiertos, las piernas y brazos al aire, no se daban un momento de tregua, contra aquel huracán que no disminuía sinó aumentaba.

Derrepente, avanzó una ola sobre nosotros y pasó rápida, desprendiendo su fuerza á un grumete que estaba prendido al palo de mezana atando una cuerda y sacóselo limpio, envuelto por su agua que formaba un inmenso cilindro.

Lo vimos caer al mar, agitar sus robustos brazos, impotente para luchar con el terrible elemento en demanda de auxilio, hasta que la corriente lo llevó lejos y se lo tragó el abismo, inter que yo, envidiando su suerte deseaba se me estrellara la cabeza contra el aparejo.

¡ Hombre al mar!.. ¡ Hombre al mar!... fué el grito que oyóse cuando vimos que la ola

se lo llevaba, á lo que el Capitan contestó, sereno é imperturbable: que muera, no importa, que perezca uno con tal que se salven los demás.

Teníamos enfrente, á dos millas tal vez, la costa de la Bahía de Vizcaya, y aquello en vez de ser para nosotros un consuelo era un temor, pues temíamos que el viento arras-trase el buque sobre la orilla y lo estrellase contra las rocas.

Abajo, en la cámara, la cosa era peor, por que las mujeres que son las primeras que se asustan y gritan, aunque el hecho no era para ménos, vociferaban todas á un tiempo como locas y desesperadas, llamando cual al esposo, al hijo ó hermano; pidiendo socorro á toda la familia presente ó ausente, implorando á la Virgen y á todos los Santos; mientras que los hombres desparramados por todas partes, mareados, enfermos, eran solo una masa de carne cuya inteligencia y actividad habian desaparecido y esperaban inértes llegase el momento de entregar sus cuerpos á las olas.

De pronto oyóse un grito; era el Capitan que ordenaba: ¡A aligerar el buque!... ¡Mercancías al mar!... y mientras que la echa- zon se llevaba á efecto la gente arrojaba al Océano, cajas, barricas, cajones, bultos de todas especies y tamaños, que se movian al caer de un lado y del otro en rapidez mara- villosa y en vertiginosa confusion.

Y como si la zaña del temporal hubiera querido exigir como pago de nuestra salva- cion aquellas preciosas riquezas que el mar devoraba, el viento fué cesando, las olas ale- jándose y desapareciendo hasta que la at- mósfera recobró toda su calma y brillo.

No he visto nunca cuadro mas admirable, que el que presentó á mi vista aquella con- fusion terrible de elementos encontrados... Puedo decir que aquel'a vez, por primera y última de mi vida lo vi á Dios en toda su grandeza y sublimidad!... A Dios en la ba- talla de las olas, del viento, de la borrasca!.. A Dios, en aquellos hombres, con cuya in- teligencia los habia iluminado, para que luchasen y venciesen en el combate. No he

oido nunca una oracion mas sublime pronunciada por labios humanos que la accion de gracias que los labios de esos tres mil tripulantes, elevaron al Señor... Nó!... no oiré, nada mas puro, mas conmovedor, jamás presenciareé espectáculo semejante que el dado por esos tres mil pasajeros, descubiertos é hincados... Tan es asi que tambien doblé la rodilla y oré!

Cuando la calma sobrevino y todo se tranquilizó, el buque volvió á moverse gallardo y sereno sobre las ondas que lo habían puesto mas de una vez á prueba de aquel apurado lance, é inflando sus velas y apurando la máquina, cruzaba rápido sobre su enemigo como una inmensa gaviota, quebrando con su cortante quilla y como si quisiera vengarse, la superficie tersa de las aguas.

La brava conducta de aquellos hombres me había entusiasmado y queria, dejando mis sueños aparte, sinó igualármeles, al ménos aproximarme á ellos.

Sentado sobre la cubierta buscaba una

idea y miraba al horizonte, creía que al fijar mis ojos en esa cinta celeste que parece estar besándose eternamente en el agua, iba á socorrerme á dictarme una inspiracion que me salvára.

Cansado de esa lucha tenaz, volvi los ojos y miré la inmensa estela que el zig-zag del trasatlántico describia en la superficie de las aguas y que iba borrándose á medida que avanzábamos... miré aquello como digo y derrepente levantéme ¡estaba salvado!... Había encontrado la idea que buscaba!... y con supremo desden dije al sentirla rebullir en mi cabeza: pasiones humanas, farsa, mentira, miseria, escoria; apareceis con toda intensidad, queriendo llevaros todo por delante y durais un segundo, durante el que destrozais el alma del que sincero os dió abrigo. — Todo es chacota... todo es mentira, no seamos torpes, riámonos y burlemosnos tambien ya que tal es el mundo, ya que sois el fiel reflejo de esa inmensa estela que desaparece rápida, sin dejar recuerdo, á medida que el navío adelanta.

Terminado ese viaje aciago, porque así puede llamarse, llegué á Buenos Aires, y la primer noticia que recibí fué que Rita se casaba; sellé mis lábios, no dije esta boca es mía, hasta que me encontré con ella en visperas de su matrimonio.— Quise hablarla... pero detuvo mi palabra en la punta de la lengua... con una mirada firme, serena, que tengo fija aún ... No insistí en defenderme, no quería perdonar, que hiciera así lo aceptaba y me retiré para agitarme en el mundo.

He vencido, nó!—He truncado mi destino Alberto; solo, sin hogar, voy llegando á esa edad en que se duda de todo, sin atinar lo que buscamos ó donde se vá.

Me parezco á un infeliz ciego que ha perdido su guia y espera ser conducido en los caminos y espera, y espera, y ese socorro nunca llega.

Y hablaba Ortiz con un sentimiento, había una espresion tan sincera de dolor en sus palabras que Roquer, asombrado lo admiraba viendo que había cambiado ante sus ojos.

Ortiz continuó :

Yo tambien como tú, he usado ese vocabulario de frases doradas ; tambien gocé un tiempo en que creía andar borracho de felicidad, porque suponía que esa pasión había de durar el tiempo que deseaba.

¡ Ah ! cuántas veces entré á casa de Sofia, á aquellas citas de amor, á hurtadillas, agazapándome tras los muebles, creyendo que el corazón combatido por la emoción, iba á saltárseme, y sintiendo correr por mi cuerpo un sudor frío. — Cuántas veces andando de aquí para allá, en aquella casa atento al menor ruido ó temiendo comprometerla caminaba sin saber cómo, ó tropezaba con un espejo y al mirarme asustábame de mí mismo, á tal punto se me descomponía la fisonomía, porque no hay nada más impávido que un hombre enamorado pues avanza, no se detiene y adelantará siempre perdiendo hasta el instinto de su propia vida, con tal de conseguir el objeto que se propone... haría más : se avocaría á un cañon cargado de metralla, si la mujer

se lo ordenase, que para él todo es igual.

Y cambiando el tono de sus palabras, dijo con energía.

Pero, ahora!... ahora! estoy escarmentado Alberto, mucho, creedlo... No seré yo... ¡oh no! lo juro, quien se esponga á pasar por situaciones no digo idénticas, ni aún semejantes.

Tendré amores; mas ten seguro procederé como los demas, no haciendo intervenir para nada al corazon... cuento con mi tranquilidad que nada alcanza á comenzar, que en cuanto al amor lo esperé mucho y eso basta, y puedo aplicarme la reflexion aquella del sabio: lo he quebrado como á un falso dios, despues de haber realizado en su homenaje sacrificios heroicos.

Pagaré, el zapato de raso, la media de seda, el palco y la volante, compraré á esas de vida airada, sus pomadas, cosméticos y porquerias y así seguiré hasta tanto me cansen ó se cansen, que en cuanto á su fidelidad como no me importa no me roza

y les digo *vá via!* largándolas derecho puerta fuera el día que llegan á fastidiarme.

He perdido la fé en todas y pienso de las otras, salvo ligeras diferencias como de Sofia; tambien pensaba de Sofia como tú de Clelia, la creia un lirio y ya vez como se enfangó.

— ¡¡ Y qué!! — dijo Roquer con altivéz; compararias á Clelia con Sofia.

— En muchas cosas si, contestó Ortiz; despues de un momento de vacilacion.

— No te acepto la comparacion en manera alguna, exclamó Roquer levantándose; no la insultes, no lo permito.

— ¡ Ah! no se parecen.

— Redondamente no!

— ¡¡ No!!

— ¡¡ No!!... mil veces nó!!

— Entónces defiéndela... yo la culpo.

— Nó; no la culpes, porque entre la una y la otra hay la profunda diferencia que existe entre la mujer sensual que solo obedece á los impulsos de la carne y una mujer que corresponde al hombre nada mas que por el

amor que le inspira y le ha despertado...

— Mira Alberto, no quiero suponerte un falso, pues eso ya sería inaceptable; no pretendo ver secretos que yo nunca inquiri, ni quiero saber. No, no seré yo el que pretende levantar el velo que oculta tus amores;... que permanezcan en el misterio, poco me dá, pero no quieras venirme á justificar que una mujer que acepta citas procede moralmente.

— Moral...

— Si moral, elástica... al gusto del consumidor.

— Oye: no te impacientes. No afirmaré que eso sea moral — cometeria un contrasentido; lo que sí insistiendo sostengo, es la diferencia entre las dos... Sofia era una loca, permite que así la clasifique.

— Una prostituta.

— No quería decirte tanto por respeto á tí.

Sofia te perteneció primero y despues al capitán de coraceros y á toda la larga caravana que sucedióse, y de una mujer semejante, no podía, al ménos racionalmente, es-

perarse una pasion, inspirarla á tí, ni á nadie, no era capaz de sentir amores.

Se explicaria tu escepticismo, si esa mujer no hubiera querido unirse contigo, y una vez casada se te hubiera entregado, pasándose á otro despues de sacrificarte.

Tu amor, no pasa de un mero incidente de tu vida juvenil, ocurrido... allá en Paris, caso que puede sucederle á otro cualquiera que no fuera tú, y del que no se puede hacer depender un porvenir... no es lógico.

Al aceptar de lleno esos amores, no veo procedieses con gran diferencia de tu vida de jugador... hicistes como en el tapete, jugaste y perdiste.

Diré mas; afirmaré, te desconozco absolutamente puedas tener el derecho — ¡qué digo derecho! — ocurrirsete medir á las demas con el mismo cartabon que á Sofia... es una injusticia... una torpeza!

El caso mio es muy otro Horacio... A Clelia debo creerle, pues no sé haya sido de nadie, hecha escepcion de su esposo.

— Si ella va tener la simpleza de decir-
teló... espera.

— No es eso, es que su misma conducta lo demuestra. Ante su nombre se han detenido hasta esas murmuraciones sociales que tú, tan ácremente censurabas vez pasada...

Ernestina es la mujer que he amado antes y despues de su casamiento... Es Clelia, Horacio!... la que sigo desde Londres, á quien he estado unido por el corazon antes de tratarla; que correspondia á mi amor antes de confesárselo, amor que me hace feliz, y que soy capaz para hacerlo solo mio, de ir hasta el crimen, ¿por qué no decirlo?

— Hacerte feliz nó! Alberto,.... desgraciado, sí!

— ¿Y por qué?

— Porque esa misma reflexion va diciendo del camino que llevas, desgraciado!!... No te ocurriria pensar en el crimen, si tu razon se mantuviese serena... Eso, en cuanto á ti, que en lo tocante á Ernestina, ella debió no digo rechazar tus citas, impedirte la primer mirada intencional que le diri-

giste, y mostrarte la puerta de calle, á la menor palabra...

Ella debió hacer eso, lo que hizo Rita Carvet conmigo, contenerme solo con una mirada; la que al fin si me ama, no lo ha dicho, ni lo dará á entender jamás, aunque ignore yo los tormentos que allá en sus adentros traba su corazon, cuando le consta todo lo que por ella sufro hoy, lo que envió esa casa que debió ser mi hogar, esos hijos, que hubieran sido míos no de otro.

Y como si aquellas reflexiones, hubieran amargado los recuerdos de Ortiz, terminando de hablar, volvió á vestirse con rapidez.

Amanecía y el aguacero seguía con no menor fuerza y como Roquer lo viese en actitud de salir, preguntóle.

— ¡Y adónde vas á esta hora!

— A cualquier parte Horacio, qué te importa, déjame no mas, más ten presente lo que al despedirme voy á advertirte: en esta emergencia yo soy quien duda ó no cree en nada, si así lo quieres, tú el creyente... esta-

mos en terrenos opuestos, pero antes de poco tiempo, veremos quien venció á quien.

— Veremos, contestó con firmeza Roquer, inter Ortiz salia de la casa, y cruzando las calles caminaba con celeridad, tratando de alejar las impresiones de esa noche.



II

Iban corridos quince días en los que Ernestina no se había visto con Roquer; este, confundido con aquella ausencia, no se la explicaba y acudía á todas partes para tratar de verla ó hablarla.

Iba cansándose de aquel proceder, pues las ausencias se multiplicaban, y buscaba ansioso la manera de hablarla, cuando un día que, como de costumbre, la esperaba en la quinta, sintió los pasos de Ernestina, el ruido de aquel vestido que siempre lo estremecía de placer.

Luego que se saludaron, preguntóle Roquer.

—¿Por qué no has venido en tanto tiempo?... ¡Qué ha sucedido!

— Estuve enferma.

— Sin embargo... te he visto en el Teatro y tambien en Palermo.

— Sí... mas han sido pocas veces... sí, no he podido salir.

— Y yo, esperándote los dias y los dias... Dime la verdad Clelia, sé sincera.... ¿por qué no has venido?

Ernestina hizo un gesto de disgusto, como queriendo alejar una contrariedad y respondió :

-- No seas niño... curioso... sé hombre... ven dadme tus brazos y un beso... déja esa cara de enojo que te va muy mal... Hace quince dias que no recibo tus besos, ¡ ven... ven !

Desecha dudas mi Alberto y cree que cuando vengo aquí, me cuesta dejarte.... no puedo irme, ya ves si te amaré.

En casa no puedo vivir... me es imposible estar allí entre aquellas cuatro paredes, junto á ese hombre... piensa si queriéndote me ¿será dolorosa mi situacion. A veces danme ímpetus de confesarlo todo,

de quitarme esta careta de hipocresía que no me puedo acostumbrar á llevar.

Si fueras tú el que viviera allí, en casa, qué diferente sería mi vida. He soñado tanto estar á tu lado... Aquella pintura que hicistes de la casita, con su linda salita y su balcon volante que caia sobre el jardin y sus muebles y sus adornos, tanta cosa como me mostraste con ese arte de tu palabra que encanta, me hacian estremecer de felicidad.

Cuando veo que eso no puede suceder y pienso lo infortunada que soy y me veo lejos de tí, sufro más... no lo comprenderás nunca Alberto.

Tú mismo, dices, me miras con respeto; te causa dolor el verme así... ¡Ah! compadecedme si... compadecedme. Estoy atada á un yugo de fierro y como ignoro cuando terminará, me desespero.

Vivir así... vivir así, es preferible morir, decia, y oprimiéndose la cabeza se abandonaba al dolor llenándose sus ojos de lágrimas.

— ¡Ah! bien comprendo que es este un

amor culpable, por mucho que se quiera disimular... no tengo un momento, uno solo de tranquilidad. — Si estoy aquí, temo me vean, me sigan y descubran, me quiten el único placer que siento: verte.

Si estoy en casa, entónces, ¡oh! entónces es mucho peor... Ando de un lado para otro, no me ocupo de nada... Luego ese dolor aumenta, si veo á Márquez tan pronto lo odio, como le tengo lástima, y me arrepiento, censurándome mi conducta... lo que estoy haciendo... Leo, tomo el arpa, hago costura para distraerme, todo es imposible... inútil, en vano; siempre estás tu allí, en mi presencia, no te apartas de mi recuerdo, y esto sucede todos los días, de la mañana á la á la noche, muchas veces aún en el sueño... qué vida Señor... ¡qué vida!

Quiero huirte y no puedo: te veo noble, caballero, posees un gusto tan esquisito, son tan tiernos tus cariños, tanta tu suavidad; bien dice mi tío que me has fascinado, cuando se pregunta colérico. — ¡Pero qué hombre es ese, Satanás!...

Y recapacitando exclama: ah! á ese hereje, que niega la divinidad de Cristo lo han de hacer hervir como caldera el cérebro en el Infierno, lo han de enterrar vivo y los diablitos le harán padecer dolores indescibles.

—Pobre tu tio, dijo Roquer: pretende pintarte el Infierno, y como es un enano, hace un reflejo pálido de las visiones sublimes del Dante, que era un gigante.

Lo que si puedo afirmarle, que á mi no me han de arrastrar los diablitos, ni me ha de tirar Dios las orejas si tengo la dicha de verlo — por sostener sonseras en la Tierra y colgarle hijos escepcionales... Cristo, no es mas que un hermano mio, con la diferencia que él, es el hombre montaña y yo el hombre granuja, y esto te lo he decir, no porque quiera apartarte de tus creencias, las deajo á un lado, sinó porque no tengo por costumbre mentir.

— En fin yo tampoco sé mentir, pero no sé... me pierdo.

Mejor es terminar mil veces. — Cuando te

aseguro que soy sola tuya no miento; para sostenerme tengo que luchar con él, con Marquez, á quien es menester vuelva, quiera ó no, es mi marido Alberto.

— Es verdad, dijo Roquer reprimiendo su disgusto, es verdad tienes que volver, sobre tus pasos, que pertenecer á tu marido, á Marquez, cuya conducta ha sido la mas vil; que te arrebató de mi lado como tú misma lo reconoces... A veces pienso y con razon queen éste mundo está demás el ser delicado; si los predilectos han de ser los hombres sin conciencia y sin pudor, los que no tienen una gota de delicadeza, mejor es encanallarse, porque sin duda así lo aman á uno en realidad, le tienen mayor estima.

A las cosas, segun se dice, hay que llamarlas como son.

Mira, Clelia, tranquila y serena los hechos producidos... no esperimenter desalientos; piensa eres jóven; que á tu edad siempre se sueña, y que así como eres, le has dado todo á Marquez, sin que él en cambio te haya compensado eso, sinó con su fortuna que la

goza ya sabes cómo, tirándola en las orgías ó sosteniendo el lujo de sus queridas.

Y aunque yo no quiero hacer comparaciones diré, que dia vendrá en que te convenzas de estos juicios ; deja pase el tiempo, te emplazo para ese entónces, cuando sientas todo el desprecio que te inspira ese hombre, y la repugnancia, si, repugnancia, porque tiene que llamarse así, que produce su conducta.

Creo que entre él y yo, existe alguna diferencia... No creas vaya á hacer mi apologia, ni á pintarte méritos de que carezco, virtudes que no tengo, seria ridiculo ; pero fijate en lo que soy, cual ha sido mi conducta para contigo, cómo he sabido esperar y sentir este amor, que vive en mí como el primer dia.

No te hice nunca derramar una lágrima ; si lloraste no fué por mi culpa, pues tu dolor, tiene origen en tus propias exageraciones, en tu modo de ser, que no comprendo, pues en ti veo dos mujeres.

Un dia piensas de un modo bien dife-

rente al anterior: te disgustas sin que dé el menor motivo... pasan los días y no vienes... ¿por qué? pregunto... nó aciertas á darme una respuesta, ó dices, es para tenerme mas seguro, porque prodigándote puedo cansarme de tí.

Otro día, llegas llena de amor, contenta, me haces ver un cielo, y no equivoqué si afirmo, darías tu vida en cambio de pasar un momento á mi lado... ¿por qué eres así con un hombre que te consagra todo su tiempo, que te entrega todo su amor?

— Porque soy mala, contestó friamente Ernestina y le dió un acceso de toz.

— ¡Mala dices!... Es que experimentas un placer en ser mala, ¿no sientes miedo de ese proceder?... ¡oh! eso no puedo ni aún suponerlo... Dime lo contrario... no hagas creerme lo que no es cierto... Curaté esa toz tan fea... siempre te vienen accesos.

— Curarme, dijo ella sonriendo de tristeza... curarme, ¿para qué?

— Para restablecerte, para vivir conmigo... para hacerte feliz.

— Hacerte feliz... no... no puedes ser feliz conmigo, jamás sería tu esposa, con este antecedente, nunca!... Te casarías conmigo por gratitud y yo no aceptaría ese sacrificio, ¡oh! nó... ¡Ay! y un segundo acceso, la privó de la palabra. — En seguida tratando de disuadir á Roquer que estaba impresionado le dijo :

— ¡ Ah ! tonto... no ves, que estoy resfriada... si no es nada.

— Pero, siempre te viene la toz ; quiere decir que siempre estás resfriada.

— Siempre.

— Sé buena... no me hagas sufrir.

— Si soy mala, insistió Ernestina; me place sufras por mí.

— Entónces enmiéndate y no me desesperes por Dios... No vengas un dia, despues de quince que no nos vemos, á decirme, no puedes vivir sin mí, lejos de aqui, que nada te supone sepa la sociedad nuestros amores, que á sentirte morir me llamarías junto á á tu lecho ; no vengas á decirme eso repito, para agregar á renglon siguiente, tienes

que dejarme porque ésto ya no puede seguir.

No dudes que he esperado cinco años este momento, y que solo acepté frecuentar tu casa cuando tu me invitaste, pues de los convites de Márquez nunca hice caso; que despues, para evitar comentarios dejé de ir alli y que alquilé esta quinta para esperarte y... como te espero!

Escucha: durante estos dias que no venias he sufrido mucho, no sabia á qué atribuir tu desvio, tan pronto te acusaba como me arrepentia, ó preguntaba: queriéndome tanto como dice; ¿por qué? deja pasar estos dias... ¿por qué no llega?

Y siguiendo en mis reflexiones, decia: ¿se habrá ofendido?... ¿cuál es la causa para que no vuelva?

Ven!... Ven! exclamaba ó permanecia mudo, careciendo de palabras para esplicar lo que sentía... Quería estrecharte á mi pecho, besar tus cabellos como otras veces y no estando tú aquí, me lastimaba la preocupacion.

Ha haberla ofendido, qué no hiciera para volverla y mi, y pensaba y decia esas cosas porque, entiende, escucha: yo siempre creí que este amor tuyo, era para mí un don que el Cielo me otorgaba en las postrimerias de mi vida, porque yo si, Clelia, yo si estoy en realidad enfermo.

Los dias se van... no vuelven, Clelia... La juventud huye mas rápida aún, si cuando un amor como este que sentimos aparece y no se goza, haciendo una realidad de nuestras esperanzas, trocando las ilusiones en verdad, viendo en el hecho del cariño lo que tantas veces hemos soñado y que otros ménos felices ven solo en el vuelo de la fantasia, que dejamos para el porvenir.

Piensa un momento en estas cosas y verás como tengo razon y es cierto cuanto digo... dice, quien no puede creer scas malà, tú que siempre fuiste tan generosa, tan gentil.

— Poeta... niño!... exclamó Ernestina.

— ¡Poeta! dices.

— Ya lo creo! sueñas, y fijando los ojos en Roquer, le preguntó.

— ¿Si yo te abandonara... qué harías?

— ¡Qué haría! contestó Roquer temblándole los labios de emoción; ¡qué haría! replicó... recuerda el baile del Progreso... el Carnaval aquel.

— ¿Y qué tiene que ver el baile con esto?

— Has olvidado la conversacion á propósito de Larra... su muerte... la mujer aquella.

— Y ¡qué! ¿te matarías?

— Sí; respondió Roquer, con entereza.

— ¡Tonto!... sé hombre, que aquí viene bien, te repita no vale la pena matarse por ~~una~~ mujer y como viera la impresion que sus palabras hacian en el espíritu de Roquer agregó:

No creas lo que digo... son bromas esas... Si tú me quieres yo te idolatro... no puedo vivir sin ti mi Alberto... te idolatro, ven aquí, recuesta tu cabeza en mi pecho... cénime con tus brazos, y sin esperar que Roquer lo hiciera, ella misma lo abrazó y volcó sus labios en la boca de Alberto.

Los golpes que daban los latidos del cora-

zon de Ernestina, el perfume de su boca, sus ojos, embargaban á Roquer, que aunque vencido en la lucha terrible que esperiméntara momentos antes, se veía compensado del dolor, con las caricias de Ernestina, que lo adormeció en su seno.

Cuando esa escitacion hubo pasado, Ernestina dijo:

— Ahora me voy... es tarde... ¿ten juicio eh?... está tranquilo yo no soy sinó tuya, de tí, que eres sublime, que posees hasta talento, es la verdad.

— Talento nó... corazon sí... es el amor Ernestina que me hace hablar así... á **p**oseer una inteligencia superior, correría al certámen y obteniendo el prémio, te traería los laureles, arrojándote la corona á tus piés, palma que estaria ¡oh! lo comprendo bien, léjos de tus merecimientos.

— A eso ¿qué contestar Alberto, sinó que exajeras?... Dadme un beso en la frente, de esos llenos de ternura, de expansion que solo tú sabes espresar,... que me hacen tan feliz.

Y tomándole Roquer la cabeza y besándola en la frente Ernestina se despidió: exclamando.

— Cómo no amarte si eres tan bueno, tan delicado y vehemente. ¡Ah!... ¡qué beso!... ¡qué beso!



III

Habian pasado dos meses, en cuyo tiempo las visitas de Ernestina á Roquer habian disminuido notablemente.

Dando crédito á sus palabras, Roquer pensó que aquello era efectivamente originado por sus temores, pues Ernestina le habia dicho, tener motivos muy fundados para creer iban á descubrirlos y que era menester disminuir siquiera, por algun tiempo, sus idas á la quinta, hasta tanto desaparecieran las sospechas y se alejáran juicios que venían sucediéndose respecto á ellos; que dejando pasar los dias y observando una conducta prudente, todo aquello tenderia á desvanecerse, que era menester esperar si querian ser felices.

El tiempo sin embargo avanzaba y no

obstante haber alquilado Roquer una casita en la ciudad, Ernestina acudia allí muy de tarde en tarde, momentos que por otra parte ya no eran tranquilos, puesto que si iba, era siempre con el propósito de pronunciar una queja ó manifestar sus dudas.

Fué entónces que recién conoció Roquer que aquella mujer se le escapaba y que todos los temores y dudas manifestadas por ella, no eran sinó excusas para disimular su conducta y quedar bien á sus ojos.

Absorbido en sus cavilaciones, recordaba la confesion de Horacio, que le impresionára hondamente y no cerraba sus ojos en la noche, preocupada su imaginacion con los casuales razgos de semejanza que creía ver entre Ernestina y Sofia.

Contagiado con el pesimismo de Ortiz, dudaba ya de la fidelidad de Ernestina y en sus entrevistas con ella la habia celado hasta con los niños. Aquella infeliz mujer multiplicaba sus juramentos, acudia á sus lágrimas, encerrábase en su casa, pero nada conseguia; todo era inutil, el escepticismo de

Ortiz habia concluido por ganárselo y todos los pasos de Ernestina, por inocentes que fuesen, eran culpables, malos á sus ojos; momentos de esos tenia en que á haber estado con ella, la hubiera muerto gozoso entre sus brazos.

Me engaña... me engaña, decia; bien merecido lo tengo, bien merecido lo tengo: á haberla querido ménos hubiera sido mas constante... Y esta es la mujer que juraba seria siempre mia, por la que abandoné todo... Es Ernestina... ¡Clelia!... la que juega este doblez... ella, que tanto dijera estar dispuesta á abandonarse, á seguirme por serle insoportable la separacion.

Y así pasaba los dias, embargado en una desesperante preocupacion, abandonado á presentimientos sombríos.

Creia con todo y aguardaba, dando cabida á esperanzas que no tenian otra base que su amor, pero ya Ernestina no debia verlo mas; para ella aquella pasion habia durado bastante y era menester romperla pronto, de cualquier modo, como lo decia Ortiz.

Pocos dias bastaron en efecto para que se convenciera de ello.

Una mañana, eran próximamente las ocho, golpearon á su puerta, y el cartero que llamó dejó una carta al mucamo que no tardó en darla á Roquer, para quien iba dirigida.

Ortiz que habia visto el sobre-escrito, exclamó.

— ¡Hola!... letra de mujer... *mala toz le siento al gato*... no me gusta... no me gusta... ¡hum!

Roquer abrió la carta y leyó,

La mortal palidez que le cubria, advirtió á Ortiz que la carta debia tener alguna revelacion muy grave. Miró á Roquer y aunque con deseos de preguntarle lo que sucedia callóse, presentia era preferible no hablar en ese momento.

Cuando terminó Roquer de leer, tendióse sobre la cama, se oprimió la frente y conteniéndose volvió á levantarse, estendió la carta á Ortiz y le dijo secamente: lee. Ortiz tomó la carta y leyó. Era lacónica y decia :

“ *Roquer:*

“ *Despues de meditarlo mucho ; callando motivos que guardaré siempre secretos mientras viva, y á pesar del inmenso dolor que me causan, debo manifestarle que estoy arrepentida de mi conducta, que vuelvo al cariño de mi marido y no podemos vernos mas.*

“ *Le advierto lo inútil que será todo paso que dé... sufro tanto como puede sufrir Vd... tal vez mas. No lo olvidaré, crealó, pero ni aún así, es posible seguir estos amores.*

“ *Sea feliz.*

“ *CLELIA* ”.

—¡Sea feliz!... ¡Sea feliz!... decia Roquer paseandose por la habitacion con las manos puestas en los bolsillos, el cabello revuelto, la mirada perdida y la fisonomía descompuesta.

Ortiz que, dado su carácter, esperaba aquel desenlace, miró al amigo durante unos minutos, pero comprendiendo que allí lo imprescindible era hablar y mucho, apeló á todos los recursos de su inteligencia, llamó á sus ideas y empezó á decirle :

— ¡ Ves!... ¡ Ves!... qué te había dicho!!.. Si ésto tenia que terminar así... Lo presentia hace muchísimo tiempo... tú no lo veias por que estabas ciego, es claro ; pero yo que no habia perdido mi serenidad tomé ha tiempo mi punto de mira y veia el epílogo

Con que está arrepentida... ¡ pobrecita!.. Con que quiere volver al cariño del marido, pues lindo amor le va á ofrecer ahora... far-santa !

Si se tratara de una mujer que no fuera ella, lo creería ; le haria justicia, si justicia puede otorgarse á semejante proceder; creería en su declaracion, pues es cierto que á veces acontece que ciertas mujeres vuelven en verdad al cariño del marido, en razon del dominio que moralmente estos ejercen sobre ellas, por la union en que viven ó por

muchos otros motivos y vuelven para no delinquir mas, aunque es general, que despues de paso semejante sigan sustituyéndose con otros hombres, cuando sienten se les subleva la bestia humana de que hablaba Platon, y en casos que los esposos no tienen influencia alguna sobre la mujer ó no encuentran estos en ellas ilusion, y hacen así buscando un pretexto que siempre se encuentra, ó diciendo: la mujer como el hombre no puede en sociedad vivir sin amor, elemento tan necesario al espiritu, como el alimento que nutre el cuerpo; en estas palabras se escudan, ese juicio formulan, para eludir las acusaciones sociales, que pesan sobre su sensualidad nunca satisfecha.

Y digo así porque tengo razon.

Veza pasada me aconteció con una de estas locas que como Ernestina y Sofia andan sueltas por el mundo, lo siguiente:

Vino aquí una de las tales y despues de saludarme, sobresaltada me dijo: ¡ Ah! mi hijito, vengo lo mas asustada y no estrañes que de repente no vuelva mas, porque si la

sociedad lo sabe, y nos descubre, figuraté!

La sociedad, siempre la sociedad, yo no la contesté, pero dije en mis adentros : grandísima sin vergüenza, si en realidad me amáras no se te ocurriría ese temor; si la sociedad te importara algo, no acudirías aquí... y despues de vacilar un momento y reprimiendo el asco que su declaracion me causaba, tuve que aceptar sus caricias, ó mentiras.

Ahora, volviendo sobre mi juicio anterior, te diré, que en lo que se refiere á Ernestina, no es posible razonar sobre el amor, ni su union á Márquez, todo eso es mentira... Siempre fué coqueta, es decir liviana, mala, como en realidad ella misma te lo decia.

Yo... los muchachos que la veíamos y tratábamos, en las reuniones, siempre la consideramos ligera, versátil y le huíamos. Nunca ejerció en nuestro ánimo lo que en el tuyo, la ciega abtraccion que te mareabà... la temíamos, porque si veíamos su belleza encantadora, conocíamos su falsía, su hipocrecía... aparte de los elogios, los que veía-

mos claro, decimos... ¡coqueta!... ¡falsa!... recuerdo que fué precisamente esto es lo que te advertí la noche aquella de Colon.

Andando así, esta muchacha se hizo sus reflexiones y creyó ño casarse, porque vivia, como es, supuso, que su belleza de nada le servia... Era claro, sus defectos dependian del carácter.

Como siempre existen zonzos no faitó uno que se tragara el anzuelo hasta el estómago, y se casó ciega por la vanidad, seducida por la fortuna de Márquez, un muchacho crápula y nada mas, que eso es bastante. Casóse con esa porquería, á quien si ha podido querer, hacerle una caricia es porque es muy torpe aunque la juzgues un portento... y no te asusten mis palabras Alberto, que es mejor clasificar así las cosas, pues ya terminó el romance.

Comenzaron tus amores, esa vida de infierno que has llevado ; hizo las confiancias que siempre hace la mujer para paliar sus faltas, te declaró había sido engañada, abandonada por Márquez, que cuidaba de sus

queridas no de ella, y entónces pregunto yo :

¿Puede una mujer querer al hombre que comete la bajeza de engañarla y envilecerla? la respuesta no es dudosa; ¿por qué? Porque eso no puede estarse continuamente perdonando, porque la mujer delicada, alitva, no puede vivir mintiendo, un amor que no siente, es algo que debe causarle repugnancia.

Tu creias en esas patrañas, dásasle crédito y aceptabas á ojos cerrados, cuanto decía...cómo debe haberse reido, Alberto, de tu candidéz, de tu inocencia de ese tu amor de la Edad-Media, bueno para el torreón de algun castillo y risible para esta época.

• Era pura, noble, gentil y no sé cuantas cosas mas que en su favor agregabas... Medita un poco ahora y dime si te atreves á hacer el mismo retrato... Esa romántica, esa mujer para tí toda poesía, ved como se ha conducido.

Romántica, dije... falta de juicio, demente, eso si es, y ahora contesta, si vale la pena,

que por una loca semejante, vaya un hombre á perder el tiempo y el juicio, como te acontece.

Así como ella son todas las que toman ese camino... A estas Traviatas le cuesta dar el primer paso, trepar el primer tramo, pero despues todo lo allanan, y se precipitan, se desatan y desbocan, hasta sumergir el cuerpo en un lodazal. Dije que habia sus escepciones y es verdad, pero es lástima que haya sido tu Clelia de las que forman la regla.

Ya! verás, esto que te cuesta tanto, que te hace sufrir, para ella no será nada... Muy contenta y satisfecha pasará mañana por tu lado, *importándole un ¡bledo* haya envenenado tu sangre.

Dejala Alberto, deja que viva la Ernestina, Clelia ya que ella ha dado en llamarse así... Clelia! esa será como en las mujeres de vida airada, *su nombre de guerra*, ya que le gusta tanto cambiarlo.

Oh! el mundo te ha de vengar, y bueno es ignore Ernestina lo que en él existe; vá

perdida por ese camino, *ya pagará las hechas y por hacer* el día que se la anden arrebatando los unos á los otros.

Causábame pena verte hacer la vida que llevabas y espero que con lo sucedido cambiarás para tu dicha.

— Voy á vivir tan poco, murmuró Roquer.

— Lo sé: no te cuidas, basta verte... has envejecido en tres años, pero el crimen que ha cometido Ernestina lo ha de pagar con creces, porque ninguna loca tiene derecho de jugar impunemente con la vida de un hombre... la ley de las compensaciones se cumple en la vida y á ella no ha de escapar.

Yo me reservo la dicha de verla arrasarse todavía, y eso tiene forzosamente que sucederle hasta que le llegue el día que sus pasiones se amortigüen, que no tenga sangre en las venas y vaya humillada, corrida por la vergüenza á implorar el perdón de Dios, á besar los pisos de los templos, y entonces, si Dios es Dios, dirá—só pena de permitir se convierta este mundo en Manicomio:—nó, ahora ya es tarde!

Yo puedo hablar así Alberto, tengo derecho á decirte estas cosas á tí que por ella has envejecido ; que te he visto llegar despues de tus trasnochadas empapado ó transido de frio, cuando ella muy contenta de su suerte estaba abrigada muy confortablemente entre sus cobertores, mientras que tú en la calle, matándote lentamente te helabas de frio y todo ¿para qué? para verla asomar, cuando asomaba, tras los cristales, lo que no deja de ser una tontera ó crimen, del que te se pedirá cuenta algun dia.

Te encuentras enfermo, no sirviéndote para nada tu fortuna; la vida no la vas á recuperar con ella... Si, debo hablarte en este sentido, porque tú no ignoras que yo tambien he pasado por momentos idénticos... digo mal, ¡peores!

Déjala... ninguno vá á guardarla la misma consecuencia... los hombres van á vengarte, y si la quieres tanto para mayor dolor todavía, has de ver su nombre comentado por la crónica escandalosa, por esas lenguas que sienten hambre de devorar la conducta

de la mujer, y que se ceban sin piedad, cuando comentan un suceso como el que te acontece.

El mundo es grande; goza, aprovecha de él, y si te queda algun cariño que juzgo imposible dado lo que te acontece, no sigas así, errando el camino, busca mas bien á la mujer para unirte á ella, para casarte y cuidala, cuidala!... ¡ch! cuidado no te vayan á medir con la misma vara, que aqui en esta sociedad como en todas, hay muchos Roquer y guay! de tí, si te toca una Ernestina.

Hay tanta muchacha interesante, jóven, inocente, llena de ilusiones, y mas que todo pura; existen para tanto imbécil como conozco, ¿por qué ha de faltar para tí? únete á ella, cástate... trata de formar un hogar y conocerás la diferencia enorme entre una vida y otra.

Si quieres vivir como yo, andando de agregado en todas partes, para que la gente suponga te dá por enamorar casadas; porque así se habla cuando se calumnia y no se conoce la virtud de callarse ó ser prudente,

hazlo tambien y verás que cuando una de estas Sofias ó Clelias te viene á hablar de amor y llora, experimentas un placer infinito, indecible, te vengas en su dolor de los sufrimientos antes pasados, y ries, porque ves que sus lágrimas están muy cerca de la mentira, me equivoco — corren unidas con ella.

Creo Alberto, haberte hablado bastante... supongo tambien no te habré convencido... no está tu espiritu para escuchar razones en este momento, el golpe ha sido demasiado récio, pero si no desaparece del todo, con el tiempo la impresion ha de disminuir en intensidad; no siempre puede tenerse el arco tirante.

— ¡ Ah ! Horacio, ya se arrepentirá, ha de sentir vergüenza de la accion que ha cometido.

— ¡ Iluso, arrepentirse ella !... sentir vergüenza ! Phsit !... pero si esta clase de mujeres no conocen la vergüenza, no seas torpe, atribuyéndoles virtudes de que carecen... No ves que hoy te echa porque como Sofia no quiere tener testigos importunos.

Déjala con sus farsas y accidentes de melodrama, mañana cuando otro hombre que no seas tú, la vea tan grotesca, ha de tener inteligencia bastante para decirlo: no sea *tipo*, no sea zonza, déjese de farsas.

— ¡¡ Otro!! decis Horacio.

— ¡Claro! hombre, otro, quizá sea un Cua-simodo, una vulgaridad de esas que manifiestan á todos sus conquistas, ciertas y mentidas. — Si eso tiene que venir... eso vá á ser su condena, ó acaso imaginas vá á guardarte fidelidad, ni pensarlo, — á ser como tu perro Leal, que cuando te vé vuélvese loco, te aturde á cariños, ó se lo pasa triste si te ausentas. Muy léjos de eso Alberto... muy léjos de eso, ella no es capaz de sentir así, porque carece de inteligencia y no tiene corazon: llena de perfidia, es tan coqueta como falsa.

Ven ahora, vamos á salir... el *coupé* está á la puerta... acompáñame, necesitas distraerte, y diciendo estas palabras, púsole el sombrero á Roquer y salió con éste, que lo seguía maquinalmente.



IV

El profundo desaliento de Roquer, la necesidad que tenia de aquel amor, le mostraban con pena lo que habia perdido.

Supuso en un principio, que aquello le abandonaria, que ese ardor iba á desaparecer, á medida avanzára el tiempo, y hacia tendiesen todos sus actos al olvido de su passion ; queria aparecer hombre á los ojos de su amigo Ortiz, que le reprendia severamente su conducta.

Pero aquellos momentos eran instantáneos, tanto era el dolor, que su razón no ejercia en él imperio.

Miraba el pasado y le sucedian dias de agitacion, que lo llevaban de un lado hácia otro, sin atinar ni saber cual era el camino á

seguir ; le venía en seguida un momento de calma, y entónces sereno pensaba en el tiempo perdido, en el trabajo abandonado, en sus libros.

Veía á sus amigos y camaradas de Universidad, ocupando altos puestos, posiciones espectables, en las cámaras, en la cátedra, en la diplomacia, en el foro ; todos lucian menos él, que se habia quedado á retaguardia, cuando se sentia con inteligencia bastante para marchar al frente, á disputar el premio al mas fuerte y creyendo que aun estaba en tiempo volvía á los libros, pero era tarde, ya no podia recuperar la juventud perdida.

Se veía solo, sin hogar, sin padres, y pensaba en la madre y la buscaba, pero la madre no existia, aquel consuelo tambien habia huido — y entónces sintiendo un dolor desgarrador decia con profunda misantropía en la desesperacion : solo!... solo!

Se le acumulaban luego todos esos recuerdos y se desesperaba, imploraba, acosado por la pena, acabase todo pronto, ó se atur-

dia ; no queria oir los gritos de su conciencia, que le censuraban su proceder como un eterno reproche.

A veces pensaba en el suicidio, para él aquella era una manera de acelerar la vida como otra cualquiera, con una ventaja, la consideraba la mas rápida de todas ; la madre habia muerto, ¿ qué lo detenia ?

Habia leído en Silvio Pellico, á propósito del suicidio, la historia de un General, que desesperado de la vida, quitósela despues de reflexionar, que si en lo eterno le preguntaban el motivo de haber violado su destino, contestaria : que al proceder contra sí mismo, lo hizo porque el rol que le habian dado, la situacion en que lo habian colocado los hombres y las cosas, hicieron imposible su desempeño.

Matarme, decia... ¿ y despues?... ¿ qué hay mas allá de la tumba?... ¿ y si violando la ley natural es menester volver á empezar una vida mas horrible, espantosa y desesperante que la sufrida?... ¿ O es que no hay nada?... que Dios no existe, y es solo una ridicula

invencion de nosotros mismos, para buscar consuelo á nuestras debilidades.

Y estas ideas que se le revolvian en su inteligencia aniquilándola, le manifestaban su estado enfermizo y le espantaban causándole frio.

Preocupado con ellas le encontró Ortiz un dia que volvía á la casa.

— Ahí encontré á esa *joya*, le dijo refiriéndose á Ernestina, á quien viera momentos antes.—Iba muy tranquila de su suerte, con unos tipos que no conozco...tú...¿qué haces?

— Pienso

— En volverte loco.

— Es que á veces danme ganas de matarme.

— ¡Muy bien!... hombre... muy bien!— Ese seria un modo de acabar con la vida al uso del dia. — Ernestina tendria sus amores sobre tu cadáver tibio, que no seria la primera que tal cosa hiciera... Mátate, que si haces tal cosa, tal vez te sigo en el ejemplo... haríamos un suicidio en compañía... no siempre ha de matarse uno solo.

Lo que sí digo és, que á ser posible pedir algo en la otra vida, rogaría se me concediese permiso en cambio de cualquier ventaja, para ver desde ultra-tumba los comentarios referentes á nuestra muerte... ¡Oh! tengo seguro, habria noticias veridicas y claras, que como ésta compendiaría á todos :

“ Suicidios. — En el dia de ayer han puesto fin á su existencia los jóvenes Alberto Roquer y Horacio Ortiz. — Felicítamos á la sociedad y principalmente á los amigos y relaciones por la satisfactoria pérdida de este par de locos ”.

— ¿Qué te parece Alberto?

Como Roquer callara, Ortiz preguntóle :

— ¿Y cuando me llevas á la quinta famosa de las citas? á conocer aquello, á mirar los bonitos muebles en cuya compra te acompañé.

— Iremos mañana, si gustas, contestó Roquer.

— Mañana temprano, entiendes, porque con este calor, valiente es el que se atreve á salir á medio dia.

— Sí, iremos temprano.



V

A las ocho de la mañana del siguiente día el carruaje de Ortiz, avanzaba por la calle de Santa Fé, en dirección á Palermo.

Era uno de esos días de Diciembre, de calor insoportable, en que cayendo los rayos solares de plano sobre el meridiano y abrazando la tierra, respirase una atmósfera de fuego.

Tardaba el arribo al punto donde se dirigian y Ortiz desesperado por el calor : dijo á Roquer.

—¿Cuándo llegamos?... aquí hay un colchon de polvo, en que el carruaje se hunde.

— Si no van corridos quince minutos : ya vamos á llegar Horacio... espera... ten paciencia.

— Bueno, esperaré, contestó Ortiz y asomó la cabeza por la ventanilla para respirar un poco de aire, pero tuvo que cerrarla, iban envueltos en una nube de polvo.

El coche siguió adelante, torció hácia la izquierda y tomó una calle, á las cinco cuerdas se detuvo ; habian llegado.

— Al fin... al fin llegamos, exclamó Ortiz, saltando del coche... ¿es aquí Alberto?

— Aquí Horacio, ven y sigueme.

Se acercaron los amigos al porton, golpeó las manos Roquer, y Ramon un muchacho, paisano que este habia traído de Catamarca y que le servia de mucamo, acudió á abrirlo.

Luego que saludó, Roquer le preguntó:

— Hicistes lo que te ordené.

— Si señor, contestó... el peon me ha ayudado.

— Está bien, entremos Horacio.

Cuando Ortiz y Roquer salvaron la entrada, el primero se espresó así :

— Sabes que habia sido lindo esto, Alberto. — Arboles, flores, soledad — y horquillas, dijo, levantando una que encontró en el corredor, dejada allí por Ernestina, en las tantas veces que habia acudido — aquí altas barrancas por todas partes y allá, el Bajo, el rio, Palermo, donde se agita el gentio, yendo de un lado para otro la ola humana de la aristocracia argentina revolviéndose en la zonzera de siempre.

La vida así debe haberte sido halagüeña... Cuán diferente habrian sido esas horas á amar á una mujer seria... Esto no podia durar mucho... y dad las gracias que has gozado que no es para todos la cosa, por rápida que sea.

— Solos y léjos del mundo, aquí vivia Horacio... Hoy esto no es lo que fué... no está cuidado... no me he ocupado de nada... no he vuelto, no estando ella para qué... Antes Ernestina misma daba sus órdenes como que se la obedecia en todo... ni esto ha aceptado.

Y mientras Roquer hacia esas reflexiones, Ortiz decia.

— ¡Qué jazmines!... ¡qué madreSelva!... cómo huele este perfume... dejadme gozar Alberto... dejadme gozar, y Ortiz aspiraba con placer aquel aroma y llamándole la atención un humo que iba llenando el jardín preguntó.

— ¿Y este humo de donde viene?... ¿existe alguna fábrica cerca?

— Ignoro, contestó Roquer.

— Lo que si, que en cuanto al edificio este no llama la atención... debe ser antiguo, contemporáneo de la Colonia por lo ménos, á juzgar por las apariencias.

— Si, es viejo.

Cuando Ramon trajo las llaves, abrió la puerta del centro y Roquer y Ortiz penetraron en las habitaciones.

Al verlas vacias, Ortiz miró con estrañeza y preguntó á Roquer :

— ¡Pero!... aquí no hay muebles.. ¿y los que comprastes?

— ¡Ah! los muebles... ven á verlos y

tomando Roquer á Ortiz del brazo, lo llevó á la última habitacion, abrió la puerta y dijo: ¡Mira!

— ¡Los muebles! exclamó asombrado Ortiz ante lo que veía.

— Sí, los muebles: los que no se han roto, los quemo... ves... ¡los quemo! no quiero de esto, ni el menor recuerdo.

Los muebles se quemaban efectivamente: un inmenso monton formado por el lecho y las sillas convertidas en astillas, un confuso hacinamiento de madera en que se veían marcos hechos pedazos, tiras de colgaduras y retazos de cenefas, ardían.

— Ortiz no pudo ménos de mirar con lástima aquella escena y recapacitando dijo á Alberto.

— Niño, soñador, de qué te ha servido tu educacion inglesa, las enseñanzas de ese pueblo especulativo, de qué te sirve tu talento, tonto, fantasista... *corazon de palma*... ¡quemar los muebles!

— ¿Tú no hubieras hecho eso, verdad?

— ¡Yo!... ¡Yo!... habria convertido la

cama que está ardiendo en potro para domar á las otras... que mas querrá ella, que estos procederes tuyos... aunque es muy torpe, no los comprenderia si los viera... Mas este olor, de donde viene preguntó Horacio sintiendo un perfume, que no se esplicaba.

Es una mesa de zándalo que envió... tambien se quema; como ese ruido que oyes es un juego de cristal bacarat que ella me regalara... ¿No sientes?... está reventando al contacto de la llama.

— Ahora que ya conoces la causa del humo, has visto la quinta y la fábrica... ¿quieres que partamos? Y contestando Ortiz afirmativamente, los dos amigos subieron á la volante, volviendo á la casa sin cambiar palabra.



VI

Pocos dias despues del viaje á la quinta, preguntaba Roquer á Ortiz :

— ¿Es á las siete la hora de la comida ?

— A las siete en punto, contestó aquel ; cuidado con faltar ó llevar cara sèria : mira que los muchachos dicen que con el ceño adusto que has dado en llevar, descompones las reuniones.

— Pierde cuidado... sabré disimular Horacio.

-- Hasta luego.

— Hasta luego.

*
* *

A las siete de la noche del dia veinte y cuatro de Diciembre del año de mil ocho-

cientos setenta y nueve, encontrábanse reunidos en un gabinete del café de Paris, Alberto Roquer, Horacio Ortiz y otros amigos, á la espera de Manuel Martinez que no obstante saber la hora convenida, no llegaba.

Tenia por objeto esa reunion juntar en una comida de confianza, á esos amigos la noche de Navidad, para gozar en el seno de la amistad íntima, de un rato de expansion.

Los convidados estaban impacientes de la tardanza de Martinez cuando este se presentó.

— Siempre te has de hacer esperar, cabeza parlante, siempre! dijo Ortiz á Martinez asi que entró.

— Si no he podido venir antes... tuve que ver un enfermo, contestó Martinez.

— Qué enfermo ni que berengenas : cuando uno promete una cosa la cumple como un inglés... que á los enfermos los cure la familia, ó vayan al Hospital, y golpeando las manos y llamando al mozo, dijo Ortiz : la comida que me muero de hambre!

Sentados á la mesa y despues de tomar la última cucharada de sopa y apurar una copa de Jerez, decia Martinez á los comensales.

¿ Han visto las vidrieras de la calle Florida, lo de Burgos, Manigot, Lacoste, Jacob, cómo están llenas de regalos? ¡cuánta cosa! les aseguro que á tener dinero no me artaria á compras... No hay nada para mí como gastar en cosas de arte, soy de aquellos que gustan del arte por el arte; me place, lo admiro porque lo siento... se me espande el espíritu al ver tanto bueno... es cosa séria no tener dinero, mis amigos.

— Y tus enfermos no te dan nada? preguntó Ortiz.

— Los enfermos!... si, á veces, no pagan y como á mas recien me he recibido... no trabajo bastante.

— No trabajas por tu propia culpa, dijo Horacio.

— ¿Cómo por mi propia culpa?

— Natural: si te hubieras casado, muy diferente habria sido tu suerte, á tu edad

un Médico está en la obligacion de casarse ;
cásate... cástate, y veras como mejoras ; que
así te llamarán muchas jóvenes. Viéndote
soltero, resistirás su pudor á que acerques
la cabeza, en un reconocimiento, á sus deli-
cados pechos.

— Si no tengo dinero, cómo pretendes me
case... Estoy recien tratando de levantarme ;
casarme ahora y en tales circunstancias seria
disparate ; son muy dificiles los tiempos...
Para pagar alquileres no mas es menester
hacer un sacrificio, porque la locacion de
casas sube cada dia más, sin tenerse en
cuenta que no siempre se gana á medida
de lo que es menester gastar... reflexiones
que no se las hace en Buenos Aires el pro-
prietario que á veces no pasa de un usurero
ó un Turcaret.

Para él no hay consideracion, ó se le paga
ó váse á la calle y ocurre un lanzamiento ;
no escucha y poco le da tropiece el inquilino
con una dificultad... El propietario no espera.

¿ Es que la demanda, como la poblacion
crece con rapidez, aumenta y es muy supe-

rior á la oferta, ó es que el propietario lo que busca es tener á alto interés su dinero?... No sé, ni puedo estudiarlo, pero es el caso que esta es cuestion social que debia preocupar á nuestros estadistas.

— Lo tendré presente cuando me hagan Ministro de... *Hacienda*; formularé una ley reglamentando los alquileres, que aconsejaré al Congreso... por el momento tambien me dedico al estudio de los grandes problemas... Tienes razon, cabeza parlante, es esa una grave cuestion, le observó Ortiz y agregó: Gravaré tambien la renta, sin imponer impuestos al consumo, disminuiré el sueldo á los empleados; para salvar al país rebajaré el Presupuesto y con esa retasa, aumentaré el pago de los intereses de la deuda esterna en fin así haré, hasta la vida barata... tienes razon ya no se puede vivir así...

Mas lo que afirmas no quita nada á mi consejo: debes de casarte y vivir modestamente, que no se exige arrastren todos lujo... Casaté á ver si te acontece el siguiente caso que un amigo tendero me contaba... Habia

puesto á la venta unas riquísimas camisas, al precio de setenta fuertes docena, y eran tan ricas como raras, pues prendian á sus mangas unas hebillas que apretándose dejaban caer la camisa, de las que la usaban, quedando la mujer como al nacer.

No faltó como es natural, señora, que viéndolas le gustasen y comprára, so pretexto de que eran fantásticas, advirtiéndole al tendero que cuando pasara la cuenta al marido, pusiera los setenta fuertes como precio de cinco docenas de camisas generales, para que este — que era un pobre corredor, que recorría las calles de sol á sol con el fin de ganarse una ínfima comision — no tuviera motivo de enojo.

Ya ves Manuel el ejemplo que te presento... Cásate á ver si das con alguna fantástica, como la dama de las camisas susodichas.

O si eso te parece peligroso, cástate con alguna ricacha ó rica heredera, está de moda... yo sé de crápulas que casados con

éstas y despues de befarlas é insultarlas, viven cómodamente á la sombra de sus pesos ó vánse por esas calles á darse aires con la fortuna de las mujeres que los adoran, no obstante el pésimo trato que les darí, ó cuando mas, las obsequian, las pagan palco, volanta, joyas y otras cosas... con la misma plata de ellas.

— Casarme ahora seria para que á los pocos dias de la boda, sucediese se viera á la puerta de casa un carro fúnebre y dos atahudes.

— ¿Y eso que quiere decir? preguntó un amigo.

— Quiere decir, que ambos contrayentes, marido y mujer, habian muerto de hambre.

Aquella ocurrencia de Martinez causó la hilaridad de los amigos.

— Sin embargo, quien viera como vistes, usando una joyeria en cada mano, te tomaría por capitalista ó algo parecido, dijo Ortiz.

— Es la moda, Horacio.

— ¿Y qué entiendes tu de modas?

— ¿Qué entiendo de modas?... Voy á explicarme.

— ¡Atencion, Señores! exclamó Ortiz: Martinez vá á explicarse, tienes la palabra ¡oh! tú cabeza parlante, en cuyo cérebro hormiguean monton de cosas inéditas.

Martinez, habló.

— Sabrán Vdes. que tengo predileccion por los suburbios de la Ciudad; gusto admirar, los árboles, las quintas, el *rancho* y el cerco, la vida de antaño, nuestras costumbres primitivas, que van desapareciendo, espulsadas por el progreso y el confort que imitamos de la vida europea que todo lo invade.

Sucedió pues, que yendo cierto dia de paseo por los alrededores de Belgrano, encontré á Gerónima. Pero... ¿Quién es Gerónima? preguntarán Vdes., van á saberlo:

Es la Gerónima de que hablo, una criolla que rayará en los treinta y cinco años, lo que significa mis amigos que está ya algo pasada... De ojos negros y hermosos, constitucion fuerte, otros dirian gruesa ó

gorda de cuerpo, aunque admirablemente repartida, á juzgar por las formas, estatura regular, cabello negro, tez morena, boca ni muy grande, ni muy chica y labios rojos, gruesos y voluptuosos, Gerónima, como Vdes. lo ven, es pasable... puede decirse mas, que es toda una buena moza.

En lo tocante á su modo de emperifollar-se, diré, que si no viste con elegancia, como aún no ha perdido la gracia y desenvoltura de sus juveniles años, obliga al pasante, cuando la encuentra, á volverle los ojos.

Ejemplo: vestía el dia que últimamente la ví un vestido de terzo-pelo, color verde-botella, bien ceñido al talle, tanto, que parecia fuera á reventar; colossal sombrero de castor negro, de ala volcada á los ojos, y de cuyo dobléz salía una descomunal pluma blanca que rodeándole la cabeza; caía haciendo curvas, vueltas y revueltas bajo del hombro izquierdo... sombrero guarango, al fin.

Dejo aparte sus flores y cintas, porque sobre todas esas cosas, llevaba Gerónima

un significativo adorno que la hubiera particularizado entre mil.

¿Qué creen ó suponen Vdes., era lo que colgaba del cuello de Gerónima ese día?

Los invitados callaron, hasta que Ortiz rompió el silencio exclamando :

— La respuesta es difícil, pero supongo no sería una salchicha, cual esta que me engullo... ó algo parecido.

Aquella exclamacion de Ortiz, la manera como la pronunció y su ademán, hicieron estallar en carcajadas á los circunstantes.

— Nada ménos, dijo Martinez, que una flamante dragona de hilo de oro, era lo que habiase colgado, producto sin duda de sus amores con algun guapo capitancito.

Y así cual la pinto la ví, lo mas contenta de su suerte, dirigiéndose probablemente á casa de alguna amiga, á hacer sociedad, tomando el *mate*.

Pero, dejemos á Gerónima, para ir directamente á mi objeto.

Lo que pasa con ella acontece con otras :

las demás salvo excepciones felices, siguiendo la moda, en sus variadas cambiantes, buscan siempre la novedad, sujétanse risueñas á todos sus caprichos y ridiculeces.

Si echamos la vista en derredor vemos, que en esto que á moda se refiere, el galon de oro por ejemplo, está á la alza por el momento.

Nuestras bellas lo usan en los vestidos, batas, sacos, zapatos, sombreros, abanicos, sombrillas, en todo en fin.

Acomodan el hilo de oro á la manera de los galones que usan los militares, y así existen varias que llevan uno como los alferes; otras dos, como los tenientes; aquella tres, como los capitanes — á esta categoria pertenecía Gerónima — y así sucesivamente en aumento, hasta ver algunas que usan en los cuellos, entorchado como militares de alta graduacion, ó los conspicuos representantes del Cuerpo Diplomático.

— Eso de *conspicuos* representantes del Cuerpo Diplomático hasta por ahí no más, cabeza parlante, dijo Ortiz.

Martinez no hizo caso de la observacion y continuó.

¿Hacen bien?... ¿hacen mal?... todo cabe en lo posible; mas por hermoso y elegante que sea, que no lo es, disgusta ver á las compatriotas en el camino de la exageracion en cuestion de modas... Sé de algunas de ellas que usan fraquesitos cuajados de oro, y que se asemejan á los gallitos de papel que para entretenimiento fabrican los muchachos.

A veces dá el fuerte en diversas faces del vestir, citaré uno al caso: ejemplo... el tontillo... Dicese de él, que es muy *chic*, pues hace elegante á la mujer, por detras, que es muy arrogante, y allá se largan por esas calles lo mas satisfechas, á manera de las volantas antiguas de zopanda.

He visto á algunas que lo usaban tales, que deveras daba ganas de darles un saltito y sentárseles encima para recostarse muellemente, á ver si nos conducian como á los viajeros que hacen sus travesías por ciertos parajes en sillas llevadas á espaldas del conductor.

Hubo tiempo en que el sombrero llamado torero usóse mucho, á éste seguía el saco corto, y así tomando una cosa hoy, mañana otra, se apropian esta moda, despojan al torero de ese su uso en el vestir, exclusivamente propio y característico.

Ha sucedido también llevar en la cabeza y particularmente en la gorra y el sombrero, adornos consistentes en flores, frutas, y pájaros; en cuanto puede afirmarse que la mujer entre nosotros en los últimos diez años transcurridos ha llevado toda la zoología en la cabeza.

Recuerdo una tarde... estaba parado en la puerta del Club, cuando acertó á pasar una maritornes que avanzó arrogante y cruzó ante mí como diciendo mírame: ¿estoy bien?

En efecto, iba admirable; se había colocado en el sombrero y en actitud gallarda una verde lora, cuyo animal resaltando sobre las amarillas álas de su sombrero de paja, causaba la hilaridad de todos los que la veían, y así como ella, he visto otras que

llevaban, ya una golondrina, ya una paloma, ya una gallina echada, á la que solo faltaban los pollos.

En cuanto á los hombres, de estos no hablemos: en estío ropa ligera y muy justa con sacos de dimensiones homeopáticas, es decir indecentes; en invierno largos levitones hasta tocar el suelo, ni más ni ménos que una pollera, adornados con pieles, mucha piel sobre todo, abrigo aparente como para un clima como el de Rusia, lo que haría se le confundiese al verlo pasar por nuestras calles con un habitante de la Laponia ó del imperio Moscovita de paso por aquí; con uno de esos Nihilistas de carácter de acero, que se preocupan ó de conquistar libertades en su patria, ó de hacer volar por medio de la dinamita el trono de los Romanoff.

Esto en cuanto á la moda en la calle... En lo referente al baile, allí ya la cosa varia, el traje es sencillo, pero es menester hacerlo resaltar, y entónces se apela á algo que llame la atencion, mucha atencion; un botón

ó solitario, una piedra de dimensiones colosales, rodeada de un cintillo y colocada en el centro de la blanca y tersa pechera de la camisa á manera de una gran constelacion... la cadena, entre el bolsillo del pantalon para advertir que el del chaleco está demas, un jardin en el ojal del frac, un cuello muy alto, como para ahogarse, y unos zapatos medievales, largos y puntiagudos como espolón de navio, para disimular, gracias á la moda, el *piecito* de todos los individuos que conocen la distancia que existe de aquí á la Pata-gonia, y que tiene derecho de ser criticados cuando como yo se lleva un pié precioso.

Señores: Viva la modestia!!, exclamó Ortiz, y Martinez continuó:

Reasumamos y concluyo.

La propiedad en el vestir es cosa que no debemos echar en saco roto, pues de lo sério á lo grotesco no hay mas que un paso, ésta es una verdad de buen sentido que no admite demostracion.

Las gracias de la mujer argentina, son

proverbiales, he aquí otra verdad, y si es así, no se vaya hasta la exageración, cual aquellos que en lo tocante á modas ostentan todos los colores del iris, asemejándose á esas máscaras, que se aparecen en el Carnaval á celebrar la fiesta antes de tiempo, incomodando al transeunte con la pregunta de ley: ¿me conoces *ché?*... adios *ché?*... sin que á uno le importe quiénes son ó adónde van.

— Basta de modas y de cháchara, cabeza parlante, dijo Ortiz, á otro tema, pues ese lo has gastado, dilucidándolo con brillo, dirán unos, tontamente afirmaré yo y no correponde á la *saison*, pues deben saber Vds. señores que ya no se dice estación, la *pavada* ha introducido ese nuevo barbarismo en el lenguaje, esta sociedad *drôle*, que así clasificaremos, ya que le gusta tanto mezclar el francés al español, y que le dá fuerte por hablar con elegancia cuando á fuerza de quererlo ser es ridícula, porque también han de saber Vds. que en la misma sociedad, los abogados, los hombres de letras y foro, se tratan nada ménos que de *com-*

pañeros, lo que es como para decirles: pero no sea zonzo vaya á tratar así á su abuelito.

— Es verdad Horacio, creo que es preferible dejarlo.

— Trabaja Manuel, trabaja, que si por el momento, no encuentras clientela entre la *high-life*, dia llegará en que las familias que rematan alto en la esfera social te busquen... Al presente no tienes tan cerrado tu campo de accion... existe tanto conventillo en la ciudad... á ellos.

— No creas alma, glacial, esté tan abandonado... tengo tambien, aunque escasa, clientela en la *high-life*.

— ¿Y quién la forma?

— ¿Quién?

— Si... ¿quién es la victima?

— Una conocida de todos nosotros... Ernestina Márquez.

Al oír aquel nombre Alberto Roquer, se estremeció.

— Ernestina Márquez! murmuró Ortiz, lamentando haber provocado aquella conversacion.

— Si; Ernestina Roldriguer de Márquez para ser claro, y vaya un hecho sobre el particular que voy á narrarles, escuchen :

Los tertulianos prestaron atencion, mientras que Ortiz daba un puntapié en señal de advertencia á Martinez, que éste no comprendió, y principió á hablar.

— Sucede en determinados casos que á los Médicos acusásenos de errar el diagnóstico de una enfermedad, no saber aplicar el remedio preciso á la dolencia, ó descuidar el estado de los pacientes... Eso y mucho más dicese de nosotros, puesto que como es notorio la crítica es cosa que está al alcance de todos.

Se olvida que muchas veces luchamos contra la ignorancia de los mismos enfermos, los que por lo general no atinan á esplicarnos el mal que en realidad sufren, por lo que siempre aplaudiré la enseñanza elemental que hoy se aplica al conocimiento de las nociones de la Fisiología, que así serán ménos los errores.

En el caso de Ernestina Márquez suce-

díame algo muy particular, pero que á Dios gracias, ya llegué á comprender.

Llamado últimamente á atenderla, reemplazé al Doctor Nerquis en la asistencia, quien me entregó la enferma, en un estado grave.

Preguntando á Marquez qué razones existían, para despedir á Nerquis — no quería indisponerme con mi cólega que goza como médico de una justa celebridad — contestó, que Ernestina habia decidido llamarme porque siendo su amigo le inspiraba mas confianza.

Hecho cargo de ella estudié la enfermedad y despues de meditado exámen, conocí que tenia muy poco que hacer, con una enferma de tisis pulmonar, la que se ha desarrollado á pasos rapidísimos, porque en ella ya casi no existen pulmones, no hay aire y la toz seca y continúa que la consume, no le deja momento de reposo.

¿Pueden obrar en ella los medicamentos?... hasta cierto punto si, pero al solo objeto de detener la muerte y ésto por cortísimo

tiempo, pues ese será el desenlace... Medicamentos y método; método mas que todo, es para ella lo imprescindible y esto es precisamente lo que todos los dias y con una paciencia digna de Job, le aconsejo.

¿Por contado que Vds. creerán sin duda que mi enferma sigue las órdenes?... ni por un momento, mis amigos... La digo; ruégole, en todos los tonos se cuide, y ¿saben lo que contesta?—No... ¿para qué? si no tengo remedio, si conozco que muero, y para vivir tísica, es preferible dejar pasar, es mejor morirse.

Y así con esa conducta no hay poder humano que la haga variar una línea y solo yo á quien inspira profunda lástima, puedo seguir atendiéndola.

La aconsejo me escuche, sea razonable, digole que su enfermedad no es en realidad grave como supone; que puede vivir mucho... y le hablo... le hablo ¡oh! á mi no me faltan palabras, pero... nada; me mira, sonrie tristemente y termina con el estribillo

de siempre... para qué?... para qué?... no tengo ni hijos, ¿para qué vivir?

Háblole de la madre, de sus amigos y entónces se encierra en un mutismo absoluto.

Y despues de todo; tiene dias que está tan linda, que voy á la casa mas que á curarla, á admirarme de su belleza, es divina.

Las tísicas son así, cuando poseen ojos tan hermosos como los de Ernestina, llegan á adquirir un brillo particular, que les dá á su espresion una dulzura infinita.

El otro dia estábamos sólos... Ella... hablaba con esa facilidad y elegancia asombrosa con que se espresa, cuando de pronto le vino un espantoso acceso de toz... su rostro pálido pusosele negro, creí se ahogaba; llamé á la madre y la recostamos en el lecho... de repente se levantó miróse al espejo y lanzando un profundo suspiro, exclamó: ¡ Ah!... ya pasó... me siento bien... Vamos á la sala Martinez. Y como no se le puede contradecir, accedi al pedido.

¿Qué os imagináis hizo?... pusóse á tocar en el arpa unas variaciones de Aida, tocaba y tocaba, se habia quedado extasiada pensando quien sabe en que, cuando de pronto lanza un grito y cae sobre el tapiz.

Yo me asusté y dije: ésto es lo último.

La recojimos volviéndola al lecho y salí corriendo en busca del marido, á quien encontré, é iba á decir Martinez dónde, cuando recapacitando, agregó: la aconsejé en seguida un calmante pero, no lo tomó, pues suponiendo que iba beberlo se lo alcancé con ese objeto, cuando rechazándolo dijo: esto no sirve, quema!... quema Martinez... ¡Oh! nó, nó... no hay vida... es inútil... tranquilidad Dios mio, tranquilidad!

Ahora pregunto yo: ¿qué puede hacer un médico en caso semejante, cuando una enferma como Ernestina se empeña en decir, que se muere y no hay poder humano que la haga tomar medicamentos?

Diganme si no es para desesperarse... Todavía no ha de faltar alguno que me eche la culpa de su muerte.

La relacion de Martinez habia concluido por trastornar á Roquer, y como no quisiera significar ante los amigos, lo que por él pasaba, empezó á beber copa tras copa, para que el vino lo mareara, lo que no tardó en suceder.

¡Pero, qué tiene Roquer! exclamó, al mirarlo uno de los amigos.

Qué ha de tener dijo disgustado Ortiz... le hace mal el vino y ha estado bebiendo Sauternes, Borgoña, Champagne, mezclándolos, y ya ven, le han hecho daño como es natural.

No es exacto Horacio, lo que afirmas. Yo no me embriago jamás... Estoy bien... perfectamente mis amigos; tan es así... tan... que voy á brindar exclamó Roquer levantándose con una copa de Champagne en la mano.

Roquer hizo un esfuerzo y habló:

— Los alemanes, los pueblos de las orillas del Rhin, brindan en la Noche de Navidad, en copas de colores verdes como homenaje á la amistad nunca desmentida...

porque cumplen así una tradición de...

Felices de nosotros que en noche como ésta podemos... aquí... en el seno de la amistad mas íntima, de la... confianza... parodiar ese brindis... hacer que la amistad sea una realidad en el presente... y... aún mas allá... en el porvenir...

A veces, uno no tiene la culpa de perder el rumbo en el viaje de la vida que todos seguimos... por ello en momentos como éste, es... consolador encontrar una voz amiga, que nos advierta erramos... que nos estimule...

Por ello alzo la copa... y brindo... brindo... brindo... á la amistad... por...

Y no pudiendo continuar, se dejó caer sobre la silla, oprimiéndose la cabeza y exclamando: No... nó puedo continuar... siento aquí, en el cérebro algo que me abraza, parece que se fuera á reventar el cráneo... ¡ah!... qué dolor!

Decia la verdad; al escuchar á Martinez habia empezado á beber para aturdirse, para no oirlo, y mezclando los vinos, el alcohol, lo habia trastornado.

Inter unos atendian á Roquer y otros esperaban pasara la sobreexcitacion, Ortiz aprovechando aquellos momentos, se acercó á Martinez y le preguntó.

— Cuando hacias la descripcion de la enfermedad de Ernestina, dijiste que la noche que le aconteció el síncope, te asustaste creyendo se moría y fuiste en procura del crápula, de Márquez... habiendo recapitado, no quisiste decir donde estaba... dímeló aquí á solas... tengo que saber eso.

— No hay inconveniente contestó Martinez; estaba en casa de la bailarina.

— ¿Y Ernestina, sigue muy grave Manuel?...

— Pch!... alargando no más... el dia ménos pensado, se vá.

— ¡Qué enigma!... qué enigma de mujer, murmuró Ortiz, retirándose.

Martinez que lo habia oído, paró la atencion en las palabras de Ortiz y lo preocuparon un momento aquellas reflexiones, apartándolo de ellas, la conversacion general.

Era la una de la mañana cuando terminó

la comida y los amigos dejaron el café.

La algazara que formaba el grupo en la calle, despertó á algunos vecinos y entre éstos á una anciana, que acercóse á una ventana y preguntó lo que acontecía:

— Poca cosa buena mujer... un incidente nocturno ; dijo Martinez.

Y como la señora exclamára al ver á Roquer, que beodo se bamboleaba en la vereda: un jóven de frac borracho!! incomodado Ortiz con esa palabra contestó:

— Si señora; un jóven de frac *ébrio*; pues sepa Vd. que en la tierra, hay momentos en que se *emborracha* todo el mundo... hasta las viejas.

Cuando Martinez llegó á su casa, tendióse sobre el sofá, y encendiendo un cigarro, dejó escapar estas palabras:

— Pero Señor... ¡qué misterio!.. ¡qué demonios!... envuelve todo ésto de la enfermedad de Ernestina, que no comprendo!

Esas preguntas tan llenas de interés de Horacio... ¿qué significan?.. aquella palabra enigma!... enigma!... ¿qué quiere decir?... y

despues de reflexionar un momento, golpeóse la frente y se dijo con aire de profunda conviccion :

— ¡ Oh ! tú lo sabras Manuel... ya lo creo que lo sabrás !



VI

A la mañana siguiente del día en que tuvo lugar la comida, Ortiz hacia á Roquer las siguientes confidencias.

— Francamente Alberto, no comprendo qué clase de mujer es Ernestina, mejor dicho, no sé nada... no me esplico el carácter de la mujer... son de esas cosas destinadas á estudiarse siempre... á no comprenderse jamás.

Esas noticias dadas por Manuel me confunden á ser verdad; me pierdo en cavilaciones inútiles, no arribo á nada; y temiendo Ortiz que esta vez se había equivocado en sus juicios sobre Ernestina empezaba á arrepentirse, diciéndose en sus adentros:

voy viendo que no paso de ser un gran bárbaro con este maldito escepticismo.

— ¿Y yo qué hago?... ¿qué hago; decía desesperado Roquer?

— ¡Y cómo quieres Alberto te enseñe un camino, cuando todos están cerrados!

— Pero tú, Horacio, puedes ir á su casa... traerme noticias... mi situacion es horrible... considera que no puedo verla... y se vá á morir y no voy á estar cerca de ella, á su lado, y diciendo estas palabras Roquer lloraba como un niño y volvía á hablar.

¡Ah!... vida... vida... no ha sido bastante todo lo que he sufrido... es necesario ahora que ella venga á morirse... Nó... nó..., mil veces nó!!... que se salve, lo doy todo en cambio... si es necesario que yo perezca lo acepto, bien está... Pero esa pobre niña por qué ha de morir si tiene derecho á la vida, si Dios no puede permitir eso y recapacitando volvía á exclamar:

Dios!... Dios!... si, Dios no puede mezclarse en estas cosas, sería bárbaro... cruel... no puede morirse... tiene que vivir.

¡La sociedad! confuso monton de hipócritas y egoistas que alardean virtudes que no tienen, sentimientos de que carecen... gente que con la vista fija siempre en sus semejantes censuran, condenan todo, traicionan hasta el amigo... La critica maldita que tiene hambre, que no se harta jamás... ella es al fin quien me la ha quitado... ¡oh! despreciable mundo, qué asco profundo me inspira... y pronunciando palabras sin sentido, cual si fueran el monólogo de un loco, cayó desplomado, exánime sobre el lecho.



VII

La salud de Ernestina que se agravaba cada dia mas, determinó á Martinez llegado el mes de Marzo á aconsejar un viaje al campo.

Creía en su opinion, que el cambio de vida, el aire de la campaña, podría sino mejorar á la enferma, atajar por un tiempo la muerte.

Era un paliativo, nada mas, el que buscaba. Médico esperto, conocia que la ciencia era inútil alli y que el desenlace se aproximaba tanto mas, cuanto la enferma, firme en su propósito de no tomar medicamentos, los rechazaba.

Cuando Ernestina supo querian llevarla al campo, negóse firmemente á aceptar esa

medida, pero los ruegos y lágrimas de la madre, hiciéronla ceder muy contra su pesar, y la trasladaron á fines de Marzo á la estancia de Márquez.

Dos meses escasos duró su estadia en el campo, pues viendo la familia que la gravedad de la enfermedad aumentaba rápidamente, la volvieron á la ciudad.

Una mañana, que como de costumbre, fué Martinez á hacerle la visita, Ernestina lo detuvo mas de lo acostumbrado, y á pesar de las tentativas de retirarse que hizo, rogóle la acompañara unos momentos y como estuviera en presencia de la madre, dijo :

— No estrañe mi buen amigo le ruegue se demore un momento... lo hago así por que Vd. sabrá por esperiencia, que nosotras las enfermas, siempre encontramos un consuelo en tener al médico al lado.

En seguida cambió una mirada significativa con la madre y esta se retiró.

Cuando estuvo segura de que nadie la oía: indicó á Martinez una silla, hizo que se acercara al lecho y dijo:

Martinez : Vds. los médicos al recibirse, prestan un juramento, de guardar secreto fiel á todo lo que oyesen y ser ciegos para todo lo que vieren... ¿no es cierto?

— Es verdad, señora... pero qué quiere Vd. decirme, dijo confuso Martinez.

— Un momento mas y lo sabrá, contestó Ernestina.

— Martinez esperó y ella, haciendo una pausa continuó.

— Existe en mi vida un secreto, que una persona sola — al ménos que yo sepa — conoce en el mundo, mi madre: ese secreto, Martinez, hoy tambien va á saberlo Vd. á quien desde un principio llamé con esa intencion, porque tengo necesidad de decirselo... no puedo ocultarlo ya; y haciendo un esfuerzo como quien va á manifestar una revelacion, agregó :

Yo he tenido amores Martinez, con Alberto Roquer... He faltado á la fé que como esposa siempre debí guardarle á mi marido, á la consecuencia que toda mujer casada se debe... á los juramentos que prometi

cumplir y que he violado, porque á veces hay fuerzas poderosas que arrastran á la mujer contra su voluntad, á entregarse á un hombre.

No crea, sin embargo, que al hablar así lo hago arrepentida, ¡no!... lo amé desde un principio, desde antes de ser mi amigo, como lo amo ahora. No voy á implorar indulgencia para mi falta ó mi crimen, ni á culpar á Márquez por la indiferencia con que siempre me trató; nada de eso.

Le digo estas cosas, callando como es natural los incidentes de esos amores que serian largos de explicar é impropios comunicarlos... Le hago esta confesion para que no estrañe le pregunte por Roquer, quien tal vez me acusa... Quiero saber cuál es su vida... qué hace... hábleme la verdad... no tema me haga daño... al contrario el saber de él, me hará vivir!

— Confundido ante aquella declaracion y asombrado de la fisonomia de Ernestina que parecia iluminada, Martinez que veía en ese momento los motivos de las pregun-

tas que cinco meses antes le hiciera Horacio Ortiz, contestó.

— Roquer está alistado en uno de los batallones de la Defensa... es oficial... Vive encerrado... Lo he visto y le aseguro que á juzgar por su fisonomía, parece que lo combate una constante preocupacion; se le pregunta, inténtasele distraer; le dan consejos, pero... no contesta; mutismo absoluto; ahora comprendo la causa.

— No quiero saber mas... gracias... gracias, mi querido Martinez, dijo Ernestina con efusion y estendiendo sus pálidas manos oprimió las del médico, mientras que dos lágrimas se desprendian de sus ojos, resbalando por sus secas y descoloridas mejillas.

— ¡Es oficial!... ¿sabe si está contento?... tiene salud tan delicada...

Intentó seguir con la palabra, pero un violento acceso de toz se la quitó.

— Ahí tiene las consecuencias, dijo Martinez, había prometido estar tranquila y ya vé, no cumple la palabra.

— Si no es nada ha... pasado, contestó Ernestina, esforzándose por reponerse.

En aquel momento entró la madre, pero á una nueva indicacion volvió á retirarse é incorporándose Ernestina en el lecho, continuó :

— Al principio de esta confidencia le preguntaba, Martinez, si Vds. los Médicos cumplian el juramento de ser fieles á los secretos que se les confiasen... Cuando eso le decia, era porque como lo ha visto, yo tambien tenia mis reservas y al decir estas palabras una triste sonrisa asomó á los lábios de Ernestina y despues de una pausa continuó... ¿Guardará Vd. siempre esta confesion, Martinez?... ¿lo jura?

— Lo juro! afirmó Martinez.

— Si Vd. lo guardará siempre... sentirá lástima, piedad, del pedido de esta moribunda... ¿no es así?

— Lo juro!... lo juro! por los dias de mi madre, señora.

— Lo creo, Martinez, dijo Ernestina. Ahora, como conozco que muero, y sus

ojos hundidos se llenaron de lágrimas, voy á hacer á Vd. entrega de mi secreto.

Conmovido Martinez ante aquella escena, le dijo al mirar sus lágrimas.

— ¿Quién le ha dicho que se vá morir señora?... tiene que vivir mucho aún,... no tema.

— Pobre Martinez, trata Vd. de consolarme: cree que lloro por abandonar la vida. ¡Nó!, ni suponerlo... esas lágrimas son consagradas al recuerdo, nada mas... En lo tocante á la vida, si Vd. me cree inteligente no crea puedo engañarme; conozco que ésto termina ¿á qué detenerlo?... Deje... deje correr mis lágrimas, Martinez.

Y pronunciando esas palabras, desprendió la funda del almohadon y entregò al médico un sobre, diciéndole:

El secreto que deseaba confiarle es éste. Despues que muera, solo entónces! oye; solo entónces! entregará Vd. esa carta y el manuscrito adjunto á Alberto; es un favor el que hará Vd. que unirá mi gratitud hasta mas allá de la vida, créalo.

Ahora que he terminado, no quiero incomodarlo mas, le ruego solo no olvide el pedido y despidiéndose de Martinez á quien la emocion conmovia, se recostó en el lecho.

Momentos despues entraba la madre y sentándose al lado de la hija, guardaba silencio, el dolor la embargaba, la pobre anciana no podía articular palabra; pero mirándola hizo un esfuerzo y preguntó:

— ¿Le entregaste la carta, Ernestina?

— Si, ahí la lleva... ya ves mamá; tu que nada ignoras... ya ves el triste fin de tu hija...

La madre no contestó: lloraba.

De pronto Ernestina se incorporó y pidió de beber; la madre le alcanzó el agua, pero ella tendiendo los brazos, le dijo:

— Acércate... acércate mas... tengo necesidad de estar junto á ti... muy junto, mamá.

Luego intentó tomar el agua, mas le fué imposible.

Tengo algo aquí, dijo, oprimiéndose el pecho, que me ahoga, siento un fuego que

me quema... no puedo beber... me muero!... me muero, mamá!

La madre que notó la crisis porque pasaba la hija, corrió en busca de Márquez, exclamando ¡¡el médico!!... ¡¡el médico!! mi hija se muere.

Cuando Marquez oyó esas exclamaciones adelantose al dormitorio de Ernestina y viéndola en una horrible convulsion corrió en busca de Martinez.

La convulsion seguía, y la madre fro-tándole las sienes y haciéndole viento se desesperaba, viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles.

Hubo un momento de tregua en que el acceso pareció disminuir y entónces, Ernestina habló :

Morir así... lejos de Alberto... que me cree culpable... que vive desesperado... ¡oh! qué dolor!... que venga mamá... que venga!... yo lo llamo; y como sintiera que las fuerzas se le iban, dando vueltas el cuello, opri-miéndose, dijo : ¡oh! esto mas... ya es inútil, que me perdone... que me perdone...

me muero!... me muero!... no puedo mas, y juntando las manos, reclinó el rostro en los hombros de la madre, estendió los brazos, se le comprimieron las facciones y espiró dejando caer la cabeza como un pesado plomo en el seno de la madre, que se habia abandonado, deshecha en lágrimas, vencida por el dolor.

Cuando Martinez entró, viendo que su mision habia terminado se retiró.

Entónces Marquez se acercó al lecho, besó la frente de su esposa muerta y pidió ropas.

— ¿Qué va Vd. á hacer? le preguntó la madre.

— Voy á amortajarla, señora.

— Para amortajarla me basto yó, contestó aquella, con un ademan lleno de dignidad, que apartó por un momento el dolor de su espíritu.

— Soy su esposo.

— ¡Su esposo! dijo la madre con repugnancia, y reprimiéndose, exclamó:

¡¡Soy la madre!! Yo la llevé en mi seno; yo

la nutrí, yo, que siempre supe ser madre oídlo bien.—Permitidme pues, sea yo y nadie mas que yo quien la amortaje, repito, permitidlo, porque sinó lucharé, no me la quitareis.

El acento de firmeza, la entonacion que la anciana habia impreso sus palabras, contuvieron á Márquez, que se retiró.



IX

Pocos momentos despues del fallecimiento de Ernestina, llegaba Manuel Martinez á casa de Alberto Roquer, deseaba, fiel á la palabra empeñada con la moribunda, cumplir la promesa que le hiciera.

Preguntó por Roquer, y le contestaron que habia partido para el Cuartel.

Salió entónces en direccion alli y le dijeron, que estaba con su compañía en servicio de avanzada.

Reflexionando que no era aquel, momento oportuno para entregar la carta, volvió sobre sus pasos y esperó el dia siguiente, en el que fué á casa de Roquer.

— El patron, dijo el mucamo al ver á

Martinez, está impaciente por hablarlo, entre Doctor.

— ¿Y... qué hay Manuel? he sabido que ayer estuviste en el Cuartel... estaba de servicio, no podía verte... Ahora dime: ¿qué sucede?... hace una hora que estoy desesperado... ¿cómo sigue Ernestina? cómo...

El silencio que desde el primer momento guardó Martinez, hizo comprender á Roquer, que algo muy grave acontecia.

— Pero no me contestas, ¿por qué? inquirió Roquer.

— Es que Ernestina ha muerto, dijo Martinez, despues de un momento de trepidacion.

— ¡¡ Muerta !!... exclamó Roquer, dejándose caer sobre un sillón.

— Muerta... no ha querido vivir... se ha dejado morir, Alberto.

Roquer, no oia ya á su amigo; lloraba como un niño; todas las palabras de Martinez, todos los consejos, eran inútiles.

— Animo... valor amigo... valor... estas son las cosas de la vida, hay que tomarlas como vienen, Alberto.

— Morir así... tu no comprendes Manuel que es espantoso...

Y no te admire mi dolor, yo la amaba, la amaba con idolatria, hubiera dado mil vidas por salvarla, porque no obstante todo lo que he sufrido, ¡ah!... yo la quería... la quería; sabelo al fin ¿para qué ocultarlo?

—No ignoraba esa pasión Alberto; la había adivinado de poco tiempo á esta parte... ella misma me hizo confesión de ella pocas horas antes de espirar... me preguntó, si te cuidabas... lo qué hacías... tantas cosas.

— ¡Ah! te ha preguntado por mí, no me engañaba entonces... no había olvidado...

— Ha muerto con tu nombre en los labios, Alberto... hizo **mas**; me entregó en guarda de fiel secreto este sobre para tí, para que te lo diese solo despues que hubiese muerto.

— Sobre, dices!... lo tienes ahí... dadmelo!... dadmelo!

Tomadlo y adios Alberto, dijo Martinez, comprendiendo que era discreto, dejar solo á su amigo.

Cuando aquel se retiró, Roquer, ávido, abrió la carta y leyó :

“ *Roquer :*

“ *Van para seis meses, que no nos vemos, y al recibo de estas líneas ménos podrás verme, porque yá no existiré, pero antes de morir, quiero si dejarte en éstas páginas, una pintura, aunque pálida, de la vida que he llevado, si vida puede llamarse, el largo martirio que he sufrido.*

¿ Creerás á tu Clelia ?

Pienso que sí, porque en éstas líneas no vas á ver otra cosa que la confesion que hace la mujer que tanto te ha querido, en los momentos próximos, muy próximos de abandonar la vida : á dos líneas de la tumba no se puede ya fingir Alberto, se dice la verdad, como si se estuviera en presencia de Dios.

Por eso, aunque tarde, voy á esplicar mi conducta; puede me hagas justicia, digo mal, la harás, porque eres bueno y sabes sentir.

*Si empezara á explicarte cómo principia-
ron estos amores á nacer en mi, seria largo,
inútil, está demás el decirlo.*

*Solo quiero, aunque el estilo se resista,
pintarte mi conducta Alberto, esa conducta
mia que tantas veces te hiciera dudar y abri-
gar celos de una mujer que te ha sido fiel
desde el primer dia que aceptó tu amor, y á
quien desesperaba la separacion, porque
Alberto, para mi, la vida era imposible, en-
tiende bien, imposible, sin tí.*

*Y digo asi, puesto que unida contra mi vo-
luntad á un hombre que no amaba, quien
nunca supo mostrarse digno á mis ojos, no
podia quererlo, no podia engañarlo. Tú sa-
bes que he sido demasiado altiva para usar
de ese doblez, por lo que comprenderás que
la influencia de Márquez mal podia arreba-
tarte este amor, no existiendo vinculo algu-
no entre los dos.*

*Fué con este motivo que acepté y corri
contigo peligros, aventurándome hasta mas
allá de donde puede y debe ir una mujer, que
no es descocada, liviana, coqueta, como te lo*

decia en la tertulia de disfraz, ¿ recuerdas? agregaré mas: te hubiera seguido á todas partes.

Amándote mucho, reflexioné sin embargo que si emprendia esa determinacion, te perdía y no me salvabas. Para qué entónces tomar ese camino, del cual algun dia podias, sinó arrepentirte, cansarte, pues era una enferma, una tísica, la que llevabas, nada más.

Con ésta reflexiones, viéndote apasionado, nunca te hice la injuria de no creerte, de dudar de ti; al contrario, conocia tu cariño, abrigaba por él una conviccion profunda, pero entendia, que siendo hombre, podrias con el tiempo sinó cambiar y cansarte como lo digo anteriormente perderte, comprometerte, á dar un escándalo sin resultado, desde que mis dias estaban contados, y eso me hacia sufrir.

Volviendo sobre mis afirmaciones diré: — tal vez tú no puedes afirmar otro tanto — te he visto dudar muchas veces, y no te reconvengo ahora como no te acusé entónces: siempre se tiene derecho de dudar de la mu-

jer que dá un paso como el mio, y mucho mas si se atiende á un hombre que como tú, pasabas por un estado escepcional, debido á lo mucho que me amabas sin duda.

Te seguí sin embargo hasta donde fué posible, unida á tí por dos vinculos poderosos como era capáz de sentirlos yo: la gratitud y el amor.

Vinieron despues las dudas y cabilaciones, de Márquez, sus celos brutales, esa guerra cruel de todos los dias, á la que ninguna mujer puede escapar, cuando vive bajo un mismo techo con el esposo.

Desesperada de mi situacion — no me habrás oido jamás una palabra de queja — nunca pronuncié un reproche, no queria afligirte Alberto: sufrí y callé, era mi deber.

Como esa situacion espantosa seguia, busqué pretextos para dejarte, para aparecer antipática á tu vista. Era mi propósito cayera toda la culpa sobre mí.

Fingí primero ser coqueta, en seguida frívola, y aquí viene el caso de decirte, que si coqueta habia sido alguna vez, tambien fui

susceptible de corregirme, porque tú me enseñastes á proceder con seriedad, á medir todos mis actos.

No pudiendo conseguir nada por ese medio, quise aparecerte mala; te hacia infeliz y pensaba que al asirme de ese medio, acabarias por abandonarme.

¡ Ah! tu no te imaginarás jamás lo que yo experimentaba, cuando me decias no fuera mala... ¡ mala yo! Si no puedo, no sabria pintarte, las sensaciones, el dolor que sufría, cuando te provocaba á que me dieras esa clasificacion.

Si esas paredes de la quinta hablasen, qué cosas te dirtan; tenia el alma enferma Alberto, no podia resistir mas y fué en esa constante lucha, que volvi á sentir la enfermedad que de niña habia padecido.

Me sentia mal, faltábanle aire á mis pulmones, se me iban las fuerzas, y empezé luego á conocer para mi dicha, que la enfermedad se presentaba, con un aspecto que hubiera alarmado á otra persona que no fuera yo.

Principió esta toz seca, que hacíame es-

tremecer, que me ahogaba; la toz que tanta veces me decias curase y que yo mala no queria atenderme: ¿recuerdas querido?

Segui asi, hasta que conociendo que mi mal no tenia cura, vi era llegado el momento de proceder y te escribí la carta en que decia: me separaba de ti, porque era menester volviera al cariño de mi marido, — ¡qué insensatez! ¡qué contrasentido! No me esplico como lo creiste — que no queria continuar engañándolo, que me olvidaras, que no podíamos vernos más!

Entendia que de ese modo te sublerarias y era eso precisamente lo que buscaba. Apelando á ese recurso, al de tu odio, suponía que la ruptura te seria ménos dolorosa y me culparias causándote asco — esta es la palabra — la conducta de tu Clelia, por haberte engañado de una manera tan infame: ved pues que en esto procedia sinó con abnegacion, con cierta generosidad al ménos.

Mal podia por otra parte viviendo tú, volver al amor de mi esposo; al cariño de Marquez.

¡¡ Mi marido !!... Si supieras cómo he dis-

frazado mi dolor ; si llegáras á imaginarte un instante nó más, cómo he disimulado en todas partes, y durante ocho años, que no son un dia, la profunda repugnancia que ese hombre sin delicadeza me causaba, y lo muy alto que te ponía á ti sobre él, te convencerías que á veces tuve necesidad de recurrir á todas mis fuerzas para contenerme y no dar un escándalo ; lo lejos que estuve de tenerle lástima, como algunas vez te lo dije, para ver el efecto que mi reflexion te causaba : lástima á él, que jamás la sintió para conmigo!

Tan es cierto lo que afirmo; que hoy, Alberto, que me siento morir, no puedo perdonarle su traicion, y me duele mas ésto, cuando todavía, ahora, es necesario siga mintiendo á todo el mundo, para desahogarme solo con mi pobre madre, que lo sabe todo, porque era menester que si alguna persona no lo ignorase fuese ella ; ella que es madre y que no me esplico cómo ha resistido.

Dado un estado semejante, mi enfermedad tenía que hacer progresos dia por dia y pedi cambiar de médico: llamé á Manuel Marti-

nez, sabia la intimidación que entre él y tú existía y envié en su busca.

Supondrás que al tomar esa determinación, procedía con la intención de que me atendiera la enfermedad, preguntásele, habládle de ello, y vendrá día que sabrás el caso que hacía de los medicamentos, no tomé ninguno: ¡oh! y no me pesa.

No he cedido ni ante las lágrimas de mi madre... nada han podido los consejos de la religión... ¿Pudieron las palabras de mi tío con tu amor? — Ved si me vencerían ahora.

Solo me animaba una idea. — Quería tener alientos para escribirte á ratos estas líneas; cuando no me viesen, á solas! aquí ó en la estancia; eso me bastaba para mi dicha, pues que en estas líneas va consignado el testimonio mas fiel y puro de mi cariño.

Debia de morir uno de los dos, Alberto, y es felizmente á mi á quien toca partir primero. ¡Loado sea Dios! que así lo permite.— Ya no me censurarán más, ¡no! si es que alguno sabe la triste historia de mis amores.

El día que muera respetarán mi nombre,

porque una muerta tiene que inspirar sinó respeto, lástima, y no supongo á la sociedad tan mala para que me persiga cuando ya no exista; para que se ensañe en mi memoria.

Creo al contrario que ante la tumba de tu Clelia han de callar los lábios, pues fui una pobre mujer, en quien cretas ver dos, cuando en verdad no habia mas que una, que te amó siempre y que precisamente por el cariño que supistes inspirarle, nunca pudo serte infiel.

Guarda el retrato adjunto, en el que van escritas las estrofas que tanto te gustaban y ese manuscrito; pertenece á una poetiza que vivió desconocida. Cuando mires ese rostro que hasta hoy se animó, verás que tu pobre Clelia no existe, porque le fué menester pagar prematuramente el tributo que todos debemos á la naturaleza, y que deseaba verte feliz, muy feliz, por lo que muere bendiciéndote.

Cuidate mucho. — Cuidado con imitar á Larra! ¡eh! nunca hagas eso, mira que eres

jóven y que aunque sufras por mi muerte, podrás al ménos distraerte ó aturdirte como acostumbrabas á decir.

Con matarte nada conseguirás é impedirias hasta verme en el futuro: pues ¿por qué no decirlo? — muero con la conviccion, y esto es un consuelo, que volveré á verte; es una voz que viene del cielo, la que lo dice.

Piensa tambien que si atentas á tu vida, existe algo despues de todo esto donde está presente Dios...¿ qué respuesta vas á darle? Si te matas, qué le dirás? No... no lo harás porque Clelia te lo ruega.

Cuando vayas á la quinta, tendrás un recuerdo para mí, ¿no es cierto? Si, lo sentirás y pensarás: que es á veces muy triste este mundo donde las mejores cosas tienen el peor destino, y que en amores como los nuestros debiera hacerse lo que con la lectura de ciertos romances: cerrar el libro antes de conocer el epilogo,

Guarda la carta, el retrato y el manuscrito, ya que es eso, lo único que puedo dejarte. ¿Cuándo en el porvenir los recuerdos te agiten

la memoria, pensarás siempre en mi cariño? — Pienso que sí, porque sentirás en la tarjeta la carta y esas páginas el perfume de otros días.

.

Siento que mis fuerzas me abandonan. Voy á despojarme de la vestidura humana que he llevado en la tierra durante veinte y cinco años; voy á presentarme ante la Divinidad. He pecado... ¿Cuál es mi defensa?... ¿Qué diré? Que la mujer como yo, pudo pecar una vez por amor, pero nada más que una vez, para atender á un hombre que como tu, merecía ser correspondido.

A no ser esta mancha, iría pura, y ha sido menester me acompañe, porque como mortal fui imperfecta.

Una idea: Dios en la mente; esa fué la virtud que me agitó.

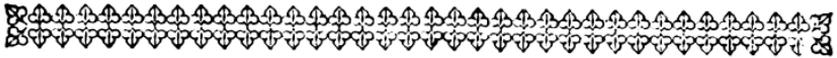
Un sentimiento: el amor, Roquer en el corazón; esa es mi falta. Ha haber pertenecido á otro hombre, sería un crimen. Falté á mi esposo... ¡¡ Fui adúltera!!... ¿Gocé? ¡No!...

¿Sufrió?... ¡Si! Vos lo sabeis Señor; condenad.

.

Adios Alberto... adios otra vez".

CLELIA.



X

Desde las tres de la mañana del día veinte y uno de Junio del año de mil ochocientos ochenta, la población de la ciudad de Buenos Aires, sentía el ruido del cañon, á cuyos estampidos habia despertado.

Las azoteas y principalmente las de las casas del barrio del Sur, estaban coronadas de gente, que ávida de saber el resultado de una batalla que se daba á las puertas de la ciudad, miraba ansiosa á todas partes ó subia á los edificios mas altos, tratando de distinguir aquel espectáculo.

Sorprendidas á las tres de la mañana de ese día, las avanzadas de la defensa que estaban acampadas al oeste del Riachuelo por la vanguardia enemiga, cuya tropa avanzó

sin disparar un tiro, mucha parte de aquella gente cayó prisionera, teniendo su jefe con los pocos soldados que le quedaban que asotarse al agua para no correr igual suerte. La retaguardia de esta misma tropa que ignoraba hubiese soldados amigos del otro lado del rio, hubo de recibirla á balazos. Principiaba el desórden.

Para el jefe del Ejército Nacional, el éxito de la batalla pendía ante todo de la toma del Puente Alsina, que daba abceso á la ciudad y fué por ese lado que ordenó comenzara el combate.

Formaba cabeza de la columna que atacaba, el batallon Guardia Provincial de Santa Fé, el que principió á ascender el puente, en cumplimiento de las órdenes dadas.

Dió la casualidad, que se perdiera de sus camaradas, un soldado del batallon Guardia Provincial de Buenos Aires, que debido á la confusion que la sorpresa causara, se habia apartado de los suyos, yendo á dar entre los soldados santafecinos, cuyo jefe

como le viera en el képi punzó, las iniciales G. P. distintivo del batallon á que pertenecía, preguntóle si era efectivamente del Guardia Provincial.

Contestada afirmativamente la pregunta por el soldado y mientras el jefe con profunda satisfaccion decia : que era esa precisamente á la gente que queria pelear, sorprendiólo una descarga cerrada, que hizo dar vuelta caras al batallon santafecino que fué contenida por uno de cívicos de Córdoba, formado á retaguardia. A aquella descarga siguióse otra y despues otra. — Era el fuego graneado que hacia el batallon de Buenos Aires, que tendido al costado del puente, le hubiera indicado al jefe que estaban mas cerca de lo que suponía, á no haberlo tendido muerto sobre el mismo puente un casco de metralla.

Despues, aunque se peleaba entre las sombras de la noche, el estampido del cañon, los fuegos de fusilería que se hacian en todo el campo, anunciaron que la batalla se hacia general, distinguiéndose á medida que

aclaraba la posición estratégica elegida por el jefe nacional y que el combate se llevaba á efecto por el centro y flanco izquierdo de las tropas de la defensa.

La artillería que colocada en las alturas, sobre las barrancas que circundan el bañado de Flores, dominaba el campo y las guerrillas que lo ocupaban, dirigian sus fuegos avanzando en dirección al este, hácia el bajo de los Corrales, en el que estaban formadas las tropas de Buenos Aires, y donde diseñábase una larga línea roja formada por los kepies punzó de las policías rurales de la Provincia de Buenos Aires, que contestaban aquel fuego, con descargas cerradas que no cesaron durante tres horas.

A intervalos, aquel ruido de fusilería era interrumpido por exclamaciones, que se repetian de uno al otro extremo de los escuadrones, eran los ¡ Vivas á Buenos Aires ! que entusiasmaban á aquellas masas de paisanos, que se batian con una constancia y valor digno del mejor éxito, pues que la disciplina, el número y la abundancia de

municiones que poseían los contrarios, las iban disminuyendo sensiblemente, no obstante hacer esfuerzos heróicos para impedir que las tropas nacionales quedaran dueñas del campo, circunstancia que hacia creer tendria aquella batalla resultados indecisos.

Retirada esta masa de caballería del campo, hubo un momento en que se sintió en el extremo izquierdo un continuo y nutrido fuego: era la brillante salida que hacían las tropas del centro, mandadas por su valiente y esperto jefe y que ocupando la meseta de los Corrales, contestaban los fuegos enemigos auxiliadas por el batallón Guardia Provincial, que se había corrido hácia ese punto.

Estas tropas que coronaban la meseta, podían pelear sin temor al Ejército Nacional; aquí la disciplina, el valor y la munición eran equivalentes, y aunque la batalla quedaba entregada al rol que iban á jugar las infanterías, pues aquello no era mas que un simple combate de guerrillas; las tropas de la Nación no habían de conseguir por gran-

des esfuerzos que hicieran avanzar un paso.

Allí se sostuvo el combate hasta las once de la mañana, próximamente, sin que pudiera afirmarse hasta ese momento que hubiese vencedores ó vencidos.

Todo creíase terminado y solo se oía uno que otro tiro que se cambiaban las tropas en retirada, cuando los batallones que estaban situados en la Avenida Santa Lucia, y se estendian hasta el puente del ferrocarril del Sur, donde se divisaban las banderolas rojas de las caballerías de los Partidos del Azul y Tandil, recibieron orden de dirigirse sin pérdida de tiempo al interior de trincheras, para reconcentrarse con toda la tropa en la Plaza Constitucion.

Se daba esa orden, temiéndose un ataque que se esperaba, por ese lado, y se quería salvar de una derrota segura, á aquella caballería mal armada.

En cuanto á la caballería, la orden era lógica, pero en lo que se refería á las infanterías, la idea no podía ser mas torpe. Retirar los batallones y las dos piezas de artillería

del puente, única parte por donde se penetraba á la ciudad, al ménos por ese lado, era dejarla deguarneada, y vadearle el camino al enemigo para que entrara como mejor le pareciera.

Inter esa tropa cumplía las órdenes dadas, corriéndose á guarecerse en los puntos indicados, se oyó el grito de: ¡La locomotora!... ¡La locomotora!

Era efectivamente una locomotora del ferro-carril del Sur, que arrastraba el convoy que conducía la tropa, que se había batido el día anterior allí mismo y que volvía, reforzada con tres batallones, que habían sido enviados de Belgrano para incorporarse al jefe superior á quien encontró en el pueblo de las *Lomas de Zamora*.

Con aquel refuerzo pensó este jefe, podría seguro volver á emprender otra tentativa de ataque, á lo que efectivamente se decidió.

Los gritos, las órdenes impartidas en todas direcciones, decían de lo inesperado de la sorpresa, pues hubo momento que no se

sabía en realidad á quien habia de obedecerse.

Los wagones avanzaron y deteniéndose cerca de las barrancas del Asilo de las Mercedes, bajó la tropa que conducía, ascendieron las alturas y tendieron las guerrillas.

El fuego era certero, porque tirando sobre el monton de tropas que se retiraban, los disparos daban resultados precisos, matando é hiriendo á discrecion.

Se moría sin gloria, sin ganar un palmo de tierra, retirándose siempre porque todas las ventajas estaban en el ejército atacante; las tropas de Buenos Aires no podian contestar al fuego; su valor era inútil, pues cuando no acontecia que los batallones carecian de la municion necesaria, sucedia que habia jefes que á pesar de su valor, eran tan ineptos que avanzaban con sus batallones formados en columna cerrada, haciendo matar torpemente á los soldados por un enemigo que solo le presentaba guerrillas admirablemente distribuidas.

La caballería estaba demás; no podía lle-

var un ataque á la tropa veterana, desalojarla de sus posiciones, pues estaba mal pertrechada : su armamento consistia en cañas tacuaras rematadas en hojas de tijera. Así, aquel fuego duró tres horas siendo debilmente contestado por uno que otro batallón, que lleno de zaña, veía que la imprevision de los que dirigian el movimiento revolucionario, malograba sus esfuerzos.

Las tropas atacantes siguieron avanzando á medida que las revolucionarias se retiraban y llegaron á penetrar por las calles de la Armonia, Caseros y Brasil ; ya el tirotéo hacíase de esquina á esquina y de azotea á azotea, y esto no en todas, porque si bien el dia anterior, los vecinos y propietarios alardeaban de valor y echaban baladronadas prometiendo iban á ceder sus casas para cantones si llegaba un momento preciso, cuando éste sucedió, atrancaron las puertas y obedeciendo á su instinto de conservacion contestaron al pedido de los jefes, diciendo : entiéndanselas en las calles como puedan.

Que la batalla había terminado favorecien-

do á las tropas de la Nacion, lo decia la actitud de éstas, que se paseaban hasta en el interior de la Plaza Constitucion con toda tranquilidad, como en un salon.

Abandonados los sitios de los dos combates por las tropas de Buenos Aires, despues de once horas de pelea, el Ejército Nacional avanzó, tendiendo sus líneas de la Boca hácia Barracas y de este punto prolongándose hácia el norte en direccion á Almagro y Arroyo de Maldonado, quedando la Ciudad sitiada por tierra con el ejército y por agua con la armada: tocaba asediarla para tomarla por hambre, como previósese sucedería.

*
* *

Eran las tres de la tarde cuando uno de los batallones que había pelcado este dia, retirábase hecho peloton, en direccion al interior de trincheras.

El fuego que desde sus posiciones hacia la tropa de linea consiguió voltear algunos soldados, y entre estos á un oficial que al sen-

tirse herido en el cuello, dió vuelta para ver de donde dirígian los fuegos y recibió una segunda bala en la sien izquierda, cayendo muerto instantáneamente.

— Hay ha caido el capitan Roquer, teniente; advirtió un soldado á Horacio Ortiz, que iba en el mismo batallon.

— ¡¡ El capitan, dices !!.. ¿dónde?.. ¿dónde?, exclamó sorprendido Ortiz.

Y así que el soldado indicó el sitio donde habia caído Roquer, corrió Ortiz en socorro del amigo, no atendiendo la voz de mando del Comandante que le ordenaba seguir al batallon.

Corriendo, llegó Ortiz hasta donde habia caído Roquer, lo alzó en sus brazos, lo reconoció: estaba muerto.

Desesperado por el dolor, lloraba, reconocia al amigo, creyendo que las heridas no eran mortales, aplicaba el oído al corazon, pero ni un latido se sentia, la muerte habia sido instantánea.

Iba á levantarse para cargar con él y salvarlo, pero mirando en todas direcciones,

sorprendióse, al ver que se encontraba solo, y no podía salvar sin caer prisionero, los doscientos metros que lo separaban de las líneas de defensa.

Firme en el propósito de librar el cuerpo de su amigo, y á pesar de encontrarse completamente cortado entre las líneas y decidido á no abandonarse al dolor, determinó esperar allí hasta que llegara la noche que se aproximaba, en la creencia de que podría escapar ileso con aquellos restos.

Habria transcurrido una hora, cuando notó que las descubiertas que recorrían el campo, iban á verlo, si permanecía en ese sitio, y entónces corriéndose unos metros se escurrió con el cadáver de Roquer á una zanja llena de juncos que cruzaba el campo.

Anochece, cuando asomándose entre los juncos, vió unas luces que recorrían el campo, ya inclinándose ya levantándose y como no se explicara aquello, paró la atención un momento en una de las luces que parecía avanzar hácia él, y se asustó creyéndose descubierto; felizmente para él, la

luz varió de direccion y recién pudo cerciorarse, que eran los faroles de los miembros de la Cruz-Roja, que sepultaban á los muertos ó conducian los heridos á los Hospitales.

Despues todo fué quedando en silencio y la oscuridad de la noche siguió tendiéndose siendo interrumpida por la luz de los relámpagos que alumbraban el campo, á los que se unia el ruido de los truenos, precursores de la tempestad que desde temprano se anunciaba.

Los ayes de los heridos, el alerta de los centinelas, cuya voz cortaba el espacio de una línea á la otra, el aspecto del cielo, el cuerpo de Roquer muerto, llenaban de turbacion el espiritu de Ortiz, temiendo caer en poder de las tropas nacionales, sin conseguir salvar como deseaba aquellos despojos.

La lluvia que preveía no se hizo esperar; los relámpagos y truenos que se multiplicaban, y la pesantez de la atmósfera desencadenaron un aguacero tan copioso que caía á torrentes.

Habia llegado para Ortiz el momento de escapar, el aguacero podia tal vez no ser continuo; era necesario tomar una determinacion rápida y decidido á afrontar el peligro, empezó á moverse, alentándolo la corta distancia á recorrer.

Tendiéndose por el suelo, mirando en todas direcciones, resbalando aquí, irguiéndose mas allá, Ortiz avanzaba combatido por la emocion, empapado, cubierto de barro, sintiendo que el corazon le latia violento.

Así arrastróse durante treinta minutos, hasta que al volver á levantarse, lo contuvo el: ¡quién vive! de un centinela avanzada de las tropas de Buenos Aires.

Luego que dió un inmenso suspiro, hasta allí mal comprimido y que le manifestaba estar salvo, contestó Ortiz:

— Oficial de la Defensa.

Llamó el centinela, al cabo de guardia y éste se acercó acompañado de cuatro soldados.

Reconocido, fué conducido al Retén y pre-

guntándole el jefe de dónde venía á esa hora y cómo se habia salvado con aquel cuerpo, Ortiz narró las peripecias de esa noche ante un grupo de oficiales, autorizándosele en seguida para conducir el cadáver de Roquer á su casa, como lo deseaba.



XI

La luz amarillenta de los cirios que alumbran el atahud de Alberto Roquer, el silencio de la casa, los amigos allí reunidos, imprimían á ese cuadro el aspecto triste, que presenta un fallecimiento, contristando el espíritu de los presentes.

Y la tristeza de aquella escena se aumentaba con la actitud del perro Leal: tendido á los piés del féretro, ya ocultaba la cabeza, ya parándose estiraba sus manos y aullaba de dolor; en seguida, desesperado, saltaba sobre la mesa, acercaba el hocico al rostro de Roquer, golpeaba los aldabones del cajon y miraba á todos lados; el pobre animal se imaginaba poderlo despertar así, hasta que

convencido que Roquer no se levantaría, volvía á echarse y permanecía mudo.

Daban las dos de la mañana cuando el criado de Roquer, Ramon, beodo, llegaba á la casa, y preguntándole el mucamo de dónde venia tan tarde, contestó.

— Si casi me toman prisionero los del Gobierno... *me les escapé con el hilo en una pata...* Luego, *ayasito* no mas me *ensimó* un *mussiú*, entramos á un *comistrage* y me *maché*, si todavia... ; é iba á continuar su explicacion cuando hizo una pausa y preguntó, aludiendo á Roquer.

— ¿Dónde está el niño?

— El niño, repuso el mucamo, y pasaba á relatarle la muerte de Roquer, cuando apareció en el patio Ortiz.

— ¿Qué le pasa teniente que está llorando?... preguntó agitado Ramon, y presintiendo alguna desgracia, agregó: ¿dónde está el capítan... el niño?

— ¿Dónde está? contestó: ven á verlo, y llevándolo Ortiz hasta la sala, le indicó á Roquer diciéndole: ahí está, míralo.

La vista del cadáver de Roquer, su muerte, la que menos imaginaba Ramon, lo dejaron mudo como una estatua, en la puerta de la sala. •

Despues vaciló un momento, se tomó el cabello y sufriendo esa lucha cruel que trababan en su cérebro los vapores del alcohol y la impresion recibida, permaneció sufriendo hasta que avanzó resuelto, jadeante, con los ojos desmesuradamente abiertos y estirando los brazos cayó sobre el ataud, desahogando su dolor, ahogado por los sollozos y llamando á Roquer.

*
* *

— Muerto!... y en guerra civil, sin gloria, en una lucha torpe, vergonzosa, de ódios del hermano contra hermano, decía Horacio Ortiz á los amigos que velaban el cadáver de Roquer, y entre quienes estaba Augusto Márquez que había ofrecido su sepulcro á solicitud de Ortiz para que depositasen los restos.

— Vaya una situación aquella, continuó Ortiz, en la que los partidos dicen : agotan todos los recursos, apuran todos los medios, y toman las armas tratando de dilucidar en el periodo mas solemne de la lucha, no la aplicación de los principios que la misma Constitución señala para la renovación de los poderes; teorías que los mismos partidos son los primeros en violar, apelando al fraude, al cohecho y la violencia ó estableciendo como hemos visto, un mandato imperativo para sus subordinados, á quienes dicen los mismos mandatarios :

“ Inter esteis bajo mis órdenes, no teneis derecho á pensar libremente: estais aquí si bien para servir al pais, tambien para obedecerme á mí, que para eso os pago. — Para que me sigais en la política que inaugure por mala que fuere, sean cualesquiera vuestras creencias ó ideas, que no tengo á qué consultar, pues me suponen bien poco. ”

Así, con ese plan se buscan hombres, ya que no prosélitos, se encuentran votos, se

adquieren simpatías forzosas, partidarios obligados, para llevarlos á las urnas.

¡Las urnas! — He visto una vez, ¿para qué dos? lo que es una eleccion en nuestro país, lo que se hace en un Comicio, nunca presencié nada mas irritante, mas criminal.

Se echaba el voto en la urna, por los mismos escrutadores y con los mismos nombres de las personas inscriptas en el Registro Cívico, quienes no habian ni pensado ocurrir á sufragar. Se hacia votar á un mismo individuo todas las veces que se tenia tiempo para ello, cambiándoles las ropas, disfrazándolo, allí en plena calle, á la vista de quien quería presenciar aquella vergüenza; se consentian todo género de arbitrariedades, y lo que hacia la mesa perteneciente al partido A tambien lo verificaba la que habia conseguido formarse para el partido N.

Una y otra hacian gala, festejaban como una gracia, cuál falsificaba con mejor éxito boletas y aquello terminaba por hacerse bochornoso á los ojos del patriota, del ciudadano honrado.

Concluida la eleccion, sonaban las acusaciones, aparecian las clasificaciones groseras; unos y otros tenian la razon, el adversario es siempre el culpable, y con éstas palabras por base de los discursos y peroraciones políticas, nuestros oradores de meetings y comités defendian los unos y acusaban los otros al Gobierno, usando de la facilidad de la palabra, para pronunciar los discursos ridiculos é incendiarios de la comedia política que representa y cubrirse de lodo amontonando insultos.

Cuando se toma este camino se vá lejos; créese pasado el momento de pensar, no se quiere oír la razon, por alto que ésta nos hable, por imperioso que sea el escucharla, y se precipitan todos á la obra de una reconstruccion que suponen imprescindiblemente necesaria, porque á no llevarse á efecto, traeria el desquicio de la nacionalidad, una honda division social, segun dicen.

¡La nacionalidad!... es ese el primer pretexto que sacan al frente para paliar todos los atropellos, cuando todo ello es mentira,

porque la nacionalidad es un hecho que no se discute, pues lo que en realidad peligra no es la nacionalidad, sinó las instituciones que vemos vacilar todos los dias.

Y, á veces, van mas lejos los hombres que están á la cabeza de los partidos. Lo que buscan las pretensiones de los unos, la cavilosity de los otros, lo que tratan en efecto, es de alejar todo beneficio de paz, todo motivo de conciliacion, y creen mas rápido y ventajoso para dilucidar estas situaciones de fuerza, apelar al recurso de las armas.

La consecuencia de ellas es natural, precisa, lógica: cuando las ambiciones hablan los razonamientos callan. — Por eso, hemos visto que en la entrevista que precedió á estos sucesos, y á pesar de todos los ofrecimientos que hacia uno de los candidatos; las garantías que prometia á fin de evitar el derramamiento de sangre, fueron rechazadas por el otro, se estrellaron en su ódio, su envidia ó cavilosity.

Ahora tarde ya, nos hemos de arrepentir, porque aparte de los que han muerto,

que no son pocos, tal vez lo perdamos todo.

No sé, no me esplico, como en los períodos difíciles de la vida republicana, son tan escasos los hombres que tienen la claridad de vistas precisas para salvar al país del peligro y apartarle de los escollos donde se estrella.

¿Será porque en los países nuevos como el nuestro, hay escasez de hombres, ó se sienten incapaces de contener en sus impacencias al pueblo? ¿ó es porque la pasión política, el exclusivismo, ciega, aturde, en estas épocas, á esos mismos hombres cuyos antecedentes, dicen bastante en pró de su competencia y que no obstante, cometen las mas chocantes aberraciones? — Dilucidén Vds. este problema. De la poca fé é idoneidad de la preparacion de esos hombres, ha nacido la larga lista de caudillos de vergonzosa memoria, que alzándose con el poder, ensangrentaron los pueblos, porque mas audaces, han reido de la candidez de los que se decian gobernantes y carecian de carácter para afrontar una situación difícil.

¡ Gobernantes ! ¡ já ! ¡ já ! ¡ já ! personalidades de carton, á quienes derrumba el menor soplo de viento, á quienes he visto en el poder hinchados por la vanidad é inflados como pavo-real, profiriendo un dia amenazas, palabras de protesta, para tartamudear despues, frases de escusa.

Y tan cierto es lo que afirmo, que esos hombres no existen, que no hemos encontrado uno con la autoridad bastante para hacerse oír y salvar al país del descrédito que es la consecuencia precisa de una Revolucion, cuando como ésta, solo vése una lucha sin bandera, en que los principios son sustituidos por nombres de personas, cuyos antecedentes cuando no son relativos, no siempre arguyen en su favor como para llevarlo á la representacion mas alta.

Y lo que digo de mi país lo aplico á la América del Sur, en general, donde segun se vé, parece que la forma republicana de gobierno está destinada á vivir en perpétua gestacion.

En todas partes aparecen luchas de círculos, de intereses egoístas, que mal pueden servir de ejemplo, cuando amontonan paulatinamente el descrédito del país, al tratar de renovar sus poderes, de ensayar la bondad del sistema de gobierno, poniendo á todos los gobiernos fuera de ley, y encendiendo guerras de odios, donde triunfa el mas fuerte, no el derecho.

Podria tomar para prueba cualquier República, la que alardee de mas órden, Chile, por ejemplo. — Allí la aristocracia; las familias que rematan alto en la esfera social, se han apoderado del Gobierno, lo dirigen todo, obstruyendo el acceso del pueblo al poder.

En Chile, el *roto*, ese pobre paria que se arroja de todas partes, á quien se hunde en la miseria y la desesperacion, no sufraga porque carece de renta, á pesar que en aquel país, desde el gobierno de Mont hasta el presente, estén los políticos y los partidos positivista y liberal, democrático, conservador y radical como allí se designan, de-

fendiendo el libre y universal sufragio en todos los tonos.

Ultimamente presenciaba en la capital de ese país, una lucha ó verdadera batalla, entre el pueblo, los *rotos* y la tropa de línea. Un personaje chileno que me acompañaba, condenaba aquel proceder, exclamando: observe, mire, si hay algo mas irritante que la conducta de esa canalla, que intenta asaltar tiendas y joyerías para ir derecho al robo.

¿Y cómo no quereis, contestéle, que asalte, mate, robe y que luche contra la tropa, oponiendo sus desnudos cuerpos como muralla á las bayonetas ; cómo pretendéis, renuncie á esa medida, si les cerrais todos los caminos para su mejora, si la matais de hambre y de frio en las calles de Santiago?

En la República Oriental, Vds. no tienen necesidad de hacer grandes esfuerzos, para ver como juegan las instituciones. Allí, los gobernantes sustituyéndose en el poder, por medio de motines de cuartel, lo han corrompido todo ; la anarquía, el escándalo

todo lo que contribuye á la ruina de una nacion, ha excedido la medida.

En ese país, de diez años á la fecha el motin de cuartel, ha elevado ó bajado á los mandatarios del poder.

Son las clases militares de ese pueblo en otro tiempo heróico, las que han dado origen á ese estado enfermizo de su vida pública. Son ellos que envileciéndolo todo, con una espada á la vista, pero con un puñal al cinto, han tendido á las víctimas de la dictadura en las calles de Montevideo, ó las han hecho desaparecer misteriosamente, en cuarteles de fama siniestra como el del Quinto de Cazadores.

Es á esos soldados á lo cuales la patria confió las armas para algo mas noble que para hacer el papel de verdugos, á quienes la familias orientales, la clase culta, han tenido que detenerlos en la puerta del hogar, pues esos hombres degradan todo aquello á que se acercan.

¡Cuántas veces me he detenido en la Plaza de la Matriz y, al leer en el edificio del ca-

bildo, estas palabras: *Representacion Nacional*, me he puesto á reir!

Representacion de si mismos, debiera escribirse ahi, exclamé y como despues leyera los diarios y viera que los llamados representantes, salvándolo todo, censuraban á los que en su sentir pisoteaban la Constitucion, me he admirado tanto mas de ese cinismo, cuanto es notorio que esos hombres que á todo se prestan con tal de tener contento á un dictador, patalean esa misma Constitucion todos los dias.

Y al hacerme esas reflexiones he pensado: ¿por qué, antes de perderlo todo, no iba ese pueblo á pedir consejo, á beber inspiracion, virtudes cívicas, en las tumbas de Melchor Pacheco y Obes y de Joaquin Suarez?

De Venezuela, del Perú, de Bolivia, del Ecuador, no hablemos... República de esas existe, que en un periodo de veinte años ha visto desaparecer del escenario politico á sus presidentes por medio de muerte violenta, es decir, debido al puñal.

Aceptando la Revolucion como un dere-

cho, puede decirse, que los pueblos que pierden la vergüenza son indignos de la consideracion y homenaje de la humanidad y tienen los gobiernos que merecen.

En la América del Sur, desde el Plata al Orinoco, la Democracia es una vergüenza, porque es una mentira; si se quiere saber lo que constituye el Gobierno, no habria que fatigarse en buscar la prueba, basta que se exhiban, sus nueve Repúblicas anárquicas y su Imperio esclavócrata.

Las ambiciones para los unos, la palabra empeñada para los otros, para muy pocos el patriotismo; la necesidad, el sostén del hogar, el pan de los hijos para los mas, amontonaron en el dia de hoy como se ha visto, la gente que componía el ejército en los Corrales y Barracas... ¿para qué?... para pelear. Efectivamente eso parecía ó debía ser el motivo; pero Vds. lo saben, las cosas preparadas á la aventura, tomadas todas las medidas, supimos tarde que en realidad no poseíamos nada, carecíamos de todo, se nos habia engañado al fin.

Se nos iba á vencer, y tenia que suceder así. La imprevision ha llegado, hasta enviar á los cuerpos sin municiones. ¿Qué se figuraron los que daban tales órdenes?... ¿cómo querian que peleáramos?...¿ con qué?

Resultado: de dos mil quinientos á tres mil hombres fuera de combate, entre quienes los muertos no se levantarán ya de la tumba, aunque se hagan todas las conciliaciones posibles, aunque se sancionen todas las leyes de olvido y aunque el Presidente electo pueda ser bastante noble para olvidar los odios y tender generosa la mano á sus mismos enemigos.

El porvenir del país comprometido; la autonomía de las Provincias convertida en una entidad negativa y el sistema electoral muerto, con los últimos tiros de la batalla de éste dia, para renacer... ¿cuándo? quién sabe!

Hé ahí el epilogo de una Revolucion, en la que se ha andado trepidando, con miedo, tarmudeando ya frases de amenazas, ya palabras de arreglo; que hubiera tenido

éxito á aceptar el plan que desde un momento se ideó, segun dicen, aunque yo creo, y no equivoco, que eso hubiera sido encender por largos años la guerra civil en toda la República, porque es un axioma que las revoluciones, no hay para qué andarlas anunciando, es menester al contrario, que sean movimientos instantáneos, que no den tiempo á contenerlas, que estallen súbitas como el rayo: lo demas es idealizar. El tirano Rosas al cual se ha pretendido rezar hasta funerales, para valerme de la frase de un personaje de los tiempos de la Confederacion y á quien sobran, no obstante sus bárbaros crímenes, lábios que endiosen: consiguió apartar estos pueblos del camino recto, y ha de pasar un siglo, para que se levanten á la altura que merecen.

Y mañana han de volver los adoradores del trapo rojo de la *mazorca*, que los hay, y han de correr á hacer corte, allí, á la casa, de donde salian las múltiples órdenes de degüello y fusilamientos.

¡ Ah ! nuestra sociedad, política y civilmente considerada, sufre el régimen de la mentira, calumnia al inocente y premia al malvado, porque la verdad no tiene imperio.

Agotando ese tema, tocando otros, los amigos de Roquer velaron el cadáver, hasta que llegó la mañana, se pasó el día y dieron las cinco, hora en que arribó el convoy fúnebre y puesto en movimiento dirigióse al Cementerio.

Era una ceremonia triste y conmovedora, la que presentaba aquel grupo de amigos, despidiéndose para siempre, de un jóven que horas antes vieron lleno de vida y al que perdían de una manera inesperada.

Colocado el atahud en el sepulcro, los amigos se despidieron de Ortiz, que á pretexto de acomodar las coronas rogó á los acompañantes lo dejaran solo.

Cuando estuvo convencido de que nadie lo importunaría ; cuando conoció que los carruajes se alejaban, bajó á la cripta, se cercioró del sitio que ocupaba el féretro de

Ernestina llamó á los peones y ordenó colocar el de Roquer á su lado.

Terminada esa operacion, Ortiz quedó sólo, y aquel hombre hasta allí todo escepticismo, cuya vida se arrastraba entre el aturdimiento maldiciendo todo para distraerse de la impresion que el dolor de una pasion desgraciada había vertido en su espíritu, dobló la rodilla diciendo:

Cuadro sublime del amor, en dos existencias nacidas para complementarse, de dos espíritus jóvenes que ideaban un porvenir, tegido de ventura, queriendo dorar con la palabra, una vida que en manera alguna podía realizarse, porque allá arriba del terreno en que se cernían sus imaginaciones, estaban las vallas sociales y las leyes que se oponian á esa felicidad, por grande fuese la pasion en ellos.

Amor nacido en la niñez, en los dinteles de la vida, y destinado á epilogarse en algo mas que el dolor, en la muerte temprana de los dos.

Naturalezas delicadas rotas ante el con-

tacto del mundo, era demasiado esquisito el vaso que os contenía, para poder vivir.

Ibáis en pos de lo bello, de un sueño, que en vida no habíais de realizar, y teníais que sucumbir.

Quién sabe... quién sabe, si en los misterios de la tumba, llegáis á hacer revivir ese sueño de amor á cuyo contacto os habeis dormido, quien sabe si ahora fuera del mundo, libres de la envoltura terrena, gozais de ese placer infinito y grande como la pasión que sentisteis.

Ernestina; yo te he visto cruzar nuestros salones, con tu belleza deslumbradora, pero había algo mas en tí, que la belleza de que la naturaleza os dotara, eran vuestros sentimientos, era el alma pura, que os hacía el tipo de la noble perfecta que muere con una protesta en los labios para el mundo y una bendición para el que amó.

Y tú Alberto, cuya vida, yo mejor que nadie puedo apreciar, yo que tantas veces os viera agitaros por las sensaciones de un amor que llegó á compendiar placeres y

dolores como erais capáz de sentirlos tú no más; duerme...dormid, los dos; adios!

Poco despues, Ortiz, pálido y conmovido, salia del Cementerio, subía en el coupé, y éste tomaba el camino del Bajo en direccion á Palermo, perdiéndose entre las sombras de la noche.

FIN

